

La Casa Real de Niroli

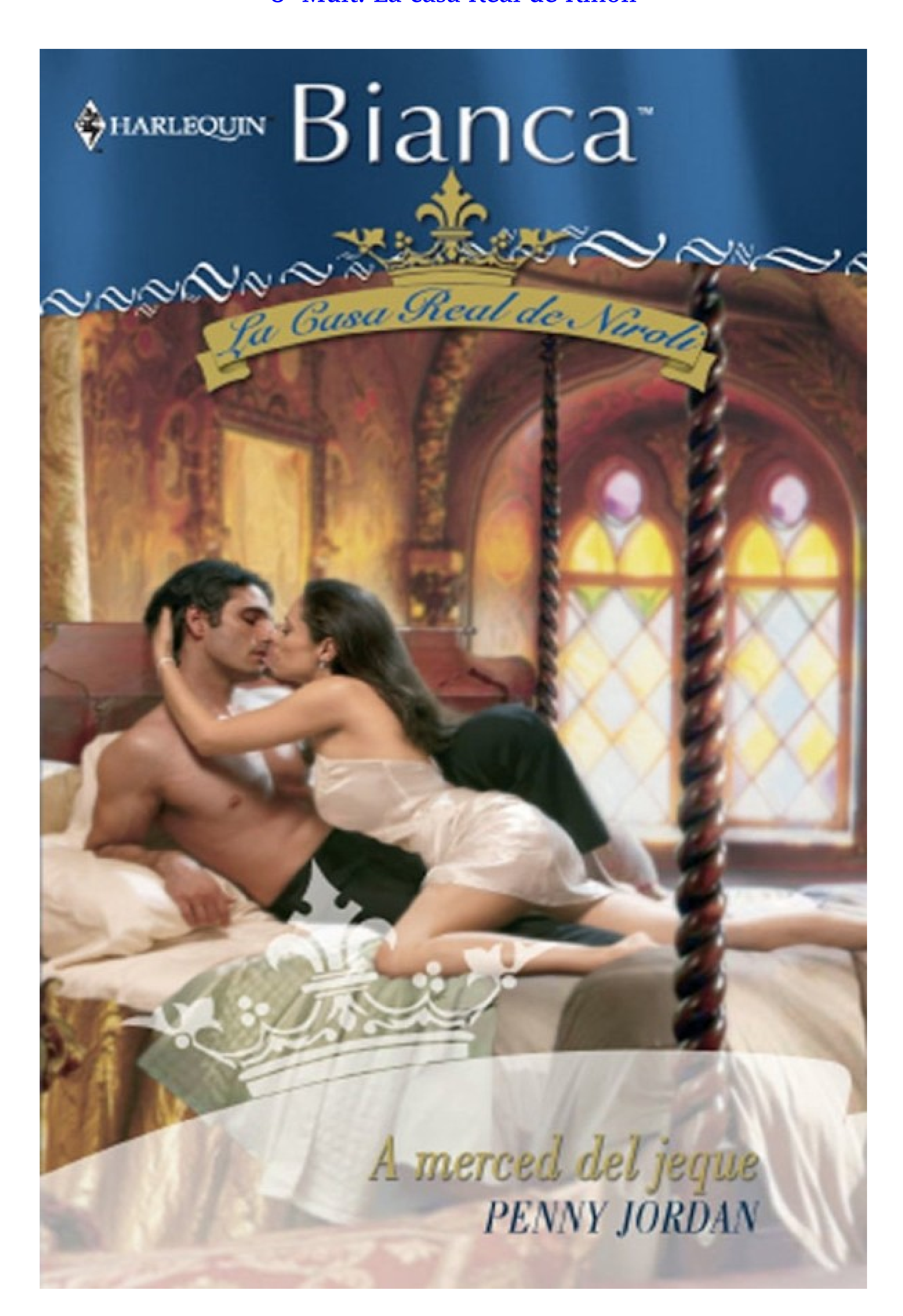
A merced del jeque

PENNY JORDAN

A merced del Jeque

Penny Jordan

8° Mult. La casa Real de Rinoli



A merced del Jeque (2008)

Título Original: A royal bride at the Sheikh's command (2007)
Serie: 8° Mult. La casa Real de Rinoli
Editorial: Harlequin Ibérica, S.A.
Sello / Colección: Bianca La casa Real de Rinoli 8
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Kadir y Natalia Carini

Argumento:

La línea sucesoria al trono de Niroli parecía agotada… hasta que un príncipe del desierto exigió lo que era suyo.

El jeque Kadir era el príncipe de un reino oriental, pero también el último heredero al trono de Niroli; y debía encontrar una reina.

Natalia Carini amaba Niroli con todo su corazón. En su opinión, el nuevo soberano era un invasor… que además la reclamaba como esposa. Sin embargo, la idea de compartir la cama de aquel bárbaro le provocaba una excitación completamente nueva para ella.

Familia Fierezza

c. 1942

Rey Giorgio

n. 1917

Sophia

n. 1924
m. 1943

c. 1944

Eva

n. 1924

c. 1970

Francesca

n. 1948
m. 2005

Antonio

n. 1943
m. 2005

Paulo

n. 1945
m. 2005

c. 1967

Laura

n. 1952

Luca

n. 1972

Max

n. 1976

Nico

n. 1974

Rosa

n. 1986

Isabella

n. 1977

Alex

n. 1969

Marco

n. 1969

Laura
n. 1952

REGLAS DE LA CASA REAL DE NIROLI

Regla 1ª: El soberano debe ser un líder moral. Si el pretendiente al trono cometiera un acto que fuera en menoscabo de la buena fama de la Casa Real, será apartado de la línea sucesoria.

Regla 2ª: Ningún miembro de la Casa Real podrá contraer matrimonio sin el consentimiento del soberano. Si lo hiciera, será desposeído de honores y privilegios, y excluido de la familia real.

Regla 3ª: No se autorizarán los matrimonios que vayan en detrimento de los intereses de Niroli.

Regla 4ª: El soberano no podrá contraer matrimonio con una persona divorciada.

Regla 5ª: Queda prohibido que miembros de la Casa Real con relación de consanguinidad contraigan matrimonio entre ellos.

Regla 6ª: El soberano dirigirá la educación de todos los miembros de la Casa Real, si bien el cuidado general de los niños corresponde a los padres.

Regla 7ª: Ningún miembro de la Casa Real podrá contraer deudas que superen sus posibilidades de pago sin el previo conocimiento y aprobación del soberano.

Regla 8ª: Ningún miembro de la Casa Real podrá aceptar donaciones ni herencias sin el previo conocimiento y aprobación del soberano.

Regla 9ª: El soberano deberá dedicar su vida al reino de Niroli. Por lo tanto, no le estará permitido el ejercicio de ninguna profesión.

Regla 10ª: Los miembros de la Casa Real deberán residir en Niroli o en un país que el soberano apruebe. El monarca tiene la obligación de vivir en Niroli.

Prólogo

Estaba completamente atónita.

Necesitaba sentarse desesperadamente, pero, por supuesto, no podía hacerlo. Para empezar, porque seguía en la Cámara Real y estaba en presencia del rey de Niroli.

Además, sabía que al Rey no le iba a gustar ver signos de debilidad en la mujer que había elegido como esposa para el nuevo heredero, recién descubierto. De hecho, hacía tan poco que lo había descubierto que ella, la futura esposa en cuestión, había tenido que jurar que mantendría la más absoluta reserva sobre el asunto.

Efectivamente, se trataba de una noticia que atraería a los *paparazzi* como la sangre atrae a los tiburones en alta mar y, además, podía resultar de sumo interés para cualquiera que se opusiera a los planes del rey Giorgio. Acababa de enterarse de que esos planes la incluían a ella y que, como fiel súbdita, debía casarse con el príncipe Kadir Zafar hijo ilegítimo y hasta ese momento secreto del Rey, por el bien de la isla a la que tanto amaba.

Uno

Venecia

Tal vez amara Niroli con toda su alma, pero no había duda de que Venecia ocupaba un lugar muy especial en su corazón. Natalia tenía que reconocerlo. Levantó una mano para tratar de evitar que la brisa le revolviera los rizos de su melena oscura mientras esperaba la lancha-taxi que iba a llevarla a su destino. No era en absoluto consciente de las miradas de admiración que despertaba entre los hombres. Cuando uno de ellos fue lo bastante atrevido para murmurar «*Bella, bella*» con voz aterciopelada mientras se detenía para mirarla descaradamente, ella no pudo evitar echarse a reír. Los ojos, tan azules como el mar bajo la luz del sol, se le iluminaron durante un instante. Borrar su sombrío estado de ánimo, aunque sólo fuera unos instantes, era precisamente el alivio que necesitaba en aquellos momentos.

Se pasaba las noches en vela y había adelgazado bastantes kilos. Se cuestionaba lo acertado de su decisión, aunque lo que realmente debería hacer era preguntarse por qué había accedido a algo así en un principio.

Por fin llegó su taxi. Natalia tomó la pequeña maleta que contenía sus cosas y saltó dentro de la lancha con facilidad y elegancia a pesar de su altura, que se acercaba al metro ochenta.

—Vía Venetii. Buchesetti Spa Hotel –dijo al conductor.

—De acuerdo —respondió él, con la admiración reflejada en la mirada.

El tranquilo trayecto hacia su destino hizo que Natalia reflexionara tristemente sobre la velocidad con la que su vida había cambiado repentinamente de rumbo. ¿Por qué había accedido a algo así? Después de todo, nadie la había obligado.

¿No? Cuando un rey apelaba personalmente a una mujer para que lo ayudara a salvar el futuro de un país, un país al que esa mujer amaba, una no podía darse la vuelta y seguir su camino. Al menos, si se era una Carini.

El problema era que, desde el momento en el que había aceptado, la lista de razones por las que debería haberse negado había ido creciendo considerablemente día a día.

—Vía Venetii —anunció el conductor del taxi interrumpiendo sus pensamientos—. El hotel no está lejos. Es un hotel muy hermoso, ¿ha estado allí antes?

—Sí —respondió Natalia.

Por la expresión que se reflejó en el rostro del taxista, comprendió que su respuesta había sonado más brusca de lo que ella se proponía. Sin embargo, ¿cómo podía explicarle a aquel hombre que se había visto obligada a vender su adorado hotel-balneario en Niroli al Buchesetti de Venecia?

Era cierto que había tenido la última palabra sobre a quién se lo vendía y que sabía que los nuevos dueños, Maya y Howard, mantendrían el nivel que ella había alcanzado, pero eso no significaba que no pudiera lamentarse de su pérdida.

¿Por qué había accedido a venderlo? ¿Por qué había renunciado a la vida por la que tan duro había trabajado… para participar en un matrimonio concertado de Estado? ¿Para poder ser princesa? Natalia estuvo a punto de soltar una carcajada.

A sus veintinueve años, estaba más que acostumbrada a atraer la atención del sexo opuesto, pero jamás se había enamorado. Al acceder a casarse con el recién descubierto heredero al trono de Niroli, estaba renunciando a la oportunidad de hacerlo en el futuro. No era tan necia como para pensar que un matrimonio concertado entre dos desconocidos por un rey cuyo único objetivo era asegurarse el futuro del reino pudiera convertirse milagrosamente en una historia de amor apasionada e intensa que durara toda una vida. No cuando jamás se había enamorado y cuando su única razón para acceder a aquel matrimonio había sido su amor apasionado, no por un hombre, sino por un país, su país, al igual que el deseo de su futuro esposo se dirigía no hacía ella, sino hacia el trono de Niroli. ¿Podría funcionar una relación así? ¿Estaba tan loca como había empezado a pensar por haber accedido a casarse con el príncipe Kadir para asegurarse de que él gobernaría su adorado país con sabiduría y amor? Ojala pudiera pedir consejo a alguien…, pero el Rey le había prohibido terminantemente hablar del tema. Hasta que su futuro esposo fuera proclamado heredero, todo debía hacerse con la máxima discreción.

El elegante y exclusivo hotel-balneario al que se dirigía tenía su propio embarcadero. Al ver que se acercaban, se giró para tomar su maleta. Al hacerlo, vio a un hombre que caminaba desde el embarcadero hacia el lateral del hotel con paso impaciente. El hombre, entre otras razones, le llamó la atención por su altura. Como Natalia medía casi un metro ochenta, se fijaba mucho en los hombres

que eran más altos que ella y aquél ciertamente lo era. Muy alto y de hombros anchos, con un físico muy atlético para un hombre que parecía estar más cerca de los cuarenta que de los treinta. El espeso cabello negro, que rozaba suavemente el cuello de su chaqueta, brillaba bajo el sol. Su piel tenía un color cetrino muy cálido y, aunque estaba demasiado lejos para que ella pudiera distinguir del color de sus ojos, vio que su rostro tenía una perfecta estructura ósea, con pómulos altos y mandíbula fuerte. «Todo un hombre», admitió.

Como por arte de magia, él pareció presentir el interés de Natalia, porque se detuvo y giró la cabeza para mirarla directamente. Natalia comprobó que su rostro era mucho más hermoso de frente de lo que le había parecido de perfil. Entonces, con cierto alivio, vio que él se volvía a girar y que seguía avanzando. Mientras el taxi se detenía frente al embarcadero, admitió que su breve interés por aquel hombre no era muy adecuado en una mujer que estaba a punto de contraer matrimonio. ¿Cómo iba a poder casarse si estaba experimentando deseo sexual por otro hombre en aquellos momentos? ¿Deseo sexual? Ridículo. Sólo lo había estado mirando. Nada más. Además, el individuo en cuestión se había marchado y era poco probable que volviera a verlo… ¿O no?

Cuando llegó al vestíbulo, Maya salió inmediatamente a saludarla. La abrazó efusivamente.

—Te agradezco mucho que hayas venido para ayudarnos con el cambio de titularidad. Queremos que el traspaso se realice sin incidentes y aún tenemos muchas cosas que aprender sobre tu hotel. Ni siquiera nos habíamos atrevido a pensar que serías tan generosa como para regresar a Venecia tan rápidamente.

Natalia abrazó a Maya con una cierta sensación de culpabilidad. Por supuesto, le resultaba imposible decirle que la verdadera razón por la que estaba en Venecia era porque el rey Giorgio deseaba que estuviera fuera del país hasta que el heredero al trono de Niroli hubiera llegado a la isla. Entonces a ella se le permitiría regresar y se los presentaría a ambos, con toda la pompa necesaria, al pueblo de Niroli, para anunciar inmediatamente su matrimonio.

—¿Por qué no puedo permanecer aquí? —le había preguntado Natalia al Rey—. Después de todo, tengo que realizar gestiones para asegurar el futuro de mi negocio.

—Eres una mujer y no puedo permitir que permanezcas aquí y te sientas tentada de romper el voto de silencio que te he impuesto.

Por supuesto, Natalia había sentido la tentación de protestar por lo de «eres una mujer», pero, conociendo al rey Giorgio como lo

conocía, decidió que no le iba a servir de nada. Entonces recibió la sugerencia de regresar a Venecia para reunirse con Maya y Howard y tratar la venta de su negocio. Éstos habían expresado su deseo de comprar algunas de las formulas magistrales de los aceites que ella utilizaba.

La verdad era que, por mucho que la enfurecieran las actitudes algo trasnochadas del Monarca, en realidad, había experimentado una cierta pena por el Rey cuando se acercó a ella con aquella proposición tan inesperada. Había examinado a todos y a cada uno de sus potenciales herederos y se había visto obligado a rechazarlos. Por el amor que le tenía a Niroli, ella comprendía perfectamente los sentimientos encontrados del Rey: de alegría al descubrir que "había engendrado un hijo durante la breve aventura que tuvo cuarenta años atrás con una princesa árabe, y de ansiedad por ofrecerle el trono a ese príncipe, por si su educación árabe no encajaba con el modo en el que él creía que Niroli debía gobernarse. Si era sincera consigo misma, tenía que admitir que se había sentido halagada cuando el Rey la había elegido a ella entre todas sus súbditas solteras para que se convirtiera en la esposa del futuro rey de Niroli, porque había visto en ella ciertas virtudes que le recordaban a su adorada esposa, la reina Sophia.

Todos los habitantes de Niroli adoraban y reverenciaban a la primera esposa del rey Giorgio, y sabían lo mucho que ésta había hecho por Niroli. De niña, Natalia siempre la había admirado y, con su decisión, el Rey le daba la oportunidad de continuar el trabajo que la reina Sophia había iniciado. Su euforia le había impedido considerar que el matrimonio con un desconocido era un precio demasiado alto. Después de todo, no había estado nunca enamorada ni pensaba estarlo. Le gustaba considerarse una mujer práctica y le había agradado la idea de un matrimonio entre dos personas que tienen un fin común. Por supuesto, también había tenido dudas. Casarse con un futuro rey significaba darle una descendencia, un heredero, y eso, por supuesto, implicaba mantener relaciones sexuales con él. Afortunadamente, el rey Giorgio se había tomado la molestia de mencionar que el heredero se parecía mucho a él, y, dado que el Rey, incluso a su avanzada edad, era un hombre muy guapo, Natalia había dado por sentado que, al menos, su futuro esposo sería un hombre razonablemente atractivo.

La preocupaba más su personalidad. ¿Y si no era la clase de hombre al que pudiera apreciar o respetar? Tendría que hacer todo lo que pudiera para, como esposa, obviar sus defectos. Los que la conocían como empresaria de opto se quedarían, por supuesto, completamente atónitos e incrédulos al conocer la noticia y,

seguramente, se preguntarían por qué no se había negado inmediatamente a participar en el plan del Rey…

Sin embargo, ése era precisamente el problema. Aunque en apariencia ella pudiera parecer una mujer moderna, dentro de ella había algo más. Ese «algo más» era el profundo y apasionado amor que sentía por su país, su pasado, su presente y, sobre todo, su futuro. O, mejor dicho, el futuro que el país pudiera tener en las manos adecuadas.

Niroli, como el resto del mundo, estaba sufriendo una crisis de los valores tradicionales, que contrastaban profundamente con la modernidad. Ambos puntos de vista se encontraban representados en la isla. Estaban los que, como ella, querían ver que Niroli se dirigía hacia un futuro que salvaguardaba y protegía su identidad y su belleza geográfica frente a los que no veían problema alguno en desperdiciar la belleza natural de Niroli o incluso los que querían despojar a la isla de sus tradiciones únicas en nombre del progreso y convertirla en un foco de atracción turística. Natalia estaba a favor de hacer aquello de una manera ecológica y natural, que conservara lo mejor de las tradiciones locales y que los impulsara a la vez hacia un futuro próspero. Jamás había mantenido en secreto sus sentimientos al respecto. Su compromiso con los aceites esenciales y los tratamientos naturales de su *spa* era más que conocido. Sin embargo, en tanto que Natalia Carini, su esfera de influencia se veía limitada a los que compartían sus puntos de vista. En el papel de reina de Niroli, estaría en posición de realizar cambios más importantes y significativos, ciertamente mucho más que si trataba de realizarlos en tanto que la nieta del viticultor más experimentado de la isla.

—Estaría encantada de concederte derechos exclusivos sobre algunas de las recetas de mis aceites —dijo a Maya, volviendo a la conversación.

—Hemos estado utilizando las muestras que fuiste tan amable de facilitarnos durante las negociaciones para la compra de tu hotel —replicó la dulce italiana—, y nuestros clientes han hablado maravillas de ellos. El que has creado para deportistas es uno de los favoritos y tenemos una creciente lista de deportistas entre nuestros clientes: esquiadores, futbolistas, jugadores de polo… Howard se estaba temiendo que nos fuéramos a quedar sin aceite.

Natalia se echó a reír.

—En ese caso, me alegro de haber captado la indirecta de Howard cuando me llamó la semana pasada y os he traído más.

Aunque sabía que, en tanto que esposa del príncipe Kadir y

futura reina de Niroli no podría continuar su faceta de mujer de negocios, sí tenía la intención de seguir trabajando como perfumista, no para crear nuevos perfumes, sino para utilizar los ingredientes que los formaban de un modo más terapéutico. Su sueño era crear una línea de esencias que pudiera sanar el cuerpo y la mente y, como reina de Niroli, podría crear una fundación que los distribuyera entre los más desfavorecidos.

—Espero que esta noche cenes con nosotros, dado que creemos que te gustaría tener un poco de tiempo libre para disfrutar Venecia antes de sentarnos para charlar sobre la venta de tus fórmulas magistrales.

—Me parece perfecto —confirmó Natalia. Se echó a reír cuando Maya volvió a abrazarla.

—Oh, Natalia —dijo muy emocionada—. ¡Me alegra tanto que estés dispuesta a hacer esto por nosotros…!

Mientras Natalia abrazaba también efusivamente a Maya, reconoció que, en efecto, había esperado disfrutar de un rato a solas porque había un lugar en particular al que tenía muchas ganas de acudir.

La bruma de las últimas horas de aquella tarde otoñal flotaba sobre los canales y envolvía calles y plazas, creando un ambiente muy especial que, a pesar de ocultar la ciudad en el sentido material; la revelaba en el más emocional. La bruma creaba una sensación sombría y melancólica que a Natalia le parecía que reflejaba sinceramente el verdadero corazón oculto de la ciudad, despojándola de la máscara de carnaval con la que se cubría para los que no querían conocer sus secretos. Natalia había ido a Venecia en muchas ocasiones y conocía perfectamente el camino a la pequeña fábrica de cristal que había descubierto hacía años, en su primera visita. Se había quedado asombrada por la belleza de los frascos de perfume que allí se soplaban y, cada vez que iba a la ciudad, acudía a la fábrica y adquiría un frasco que, de algún modo, reflejara los sentimientos que había producido en ella aquella visita. ¿Qué le llamaría la atención en aquella ocasión?

Mientras cruzaba la plaza, se dio cuenta de que estaba siguiendo los mismos pasos del hombre que había visto al llegar al hotel desde la lancha. ¿Por qué había tenido que volver a pensar en él? ¿Acaso deseaba volver a verlo cuando estaba a punto de casarse con otro hombre? Había sido una locura fantasear sobre un desconocido, algo que ni siquiera había hecho en su adolescencia. ¿Por qué volvía a hacerlo?

El embrujo de Venecia. La ciudad provocaba extraños efectos en la imaginación y en la visión.

—*Signorina*, es usted… Está más guapa en cada visita.

El viejo Mario, el cabeza de familia, le dedicó una cordial sonrisa al darle la bienvenida.

—Y tú cada vez eres más zalamero, Mario —replicó ella. Sin poder evitarlo, dirigió la mirada hacia la pequeña habitación en la que se guardaban las creaciones únicas, como si fuera una niña contemplando los regalos de Navidad.

Mario se había dado la vuelta y, cuando Natalia se disponía a seguirlo, el hijo del anciano se lo impidió.

—En esta ocasión tenemos algo muy especial para usted. Lo ha hecho mi padre. Me dijo que pensó en usted y que, de algún modo, sintió que debía hacer esto…

Natalia trató de no parecer desilusionada. Le gustaba elegir ella misma lo que iba a comprar, pero decidió no decir nada para no ofender a Mario.

El hombre había desaparecido en la trastienda y regresó al cabo de lo que pareció una eternidad con una raída caja de cartón entre las manos

—Tenga —dijo entregándole la caja.

Natalia forzó una sonrisa y abrió la caja. Tras retirar el papel de seda, Natalia vio un frasquito que parecía reflejar todos los colores del arco iris, salpicado de oro, plata y de matices de todos los colores que el ojo humano era capaz de imaginar. Le resultó imposible definir el verdadero color del cristal.

—Levántelo en la mano —dijo el anciano. Natalia obedeció—. Ahora, mire.

Natalia contuvo el aliento al mirar la botella. Parecía brillar y relucir como si aún el cristal estuviera líquido, como si tuviera una vida propia que vibrara dentro de ella.

—¿Qué… qué es? —preguntó, asombrada.

—Es diamante líquido, una receta muy antigua y muy especial que no utilizamos ya porque cuesta mucho encontrar los ingredientes. Además, hay que molerlos y calentarlos de un modo que hace que resulte peligroso para el creador y para la creación. La leyenda dice que sólo el Dux podía poseer esta clase de cristal, cuya receta fue

robada a uno de los grandes califas de Oriente —explicó el hijo de Mario.

—Es precioso…

—Es único, posiblemente el último de su clase que se ha hecho, y mi padre lo ha realizado para usted. Se dice que cuando los puros de corazón sujetan el cristal, éste reluce como lo ha hecho para usted, pero cuando lo hacen personas oscuras y malvadas, el cristal pierde su brillo y sus colores se desvanecen —comentó el muchacho, riendo—. Todavía no hemos podido confirmar si esto es cierto, aunque mi padre jura que así es.

El anciano dijo algo en veneciano que el hijo se apresuró a traducir a Natalia, aunque ella lo comprendió perfectamente.

—Mi padre dice que, cuando usted toque este frasco, se le recordará la pureza de su corazón y la verdadera belleza que procede del interior. Que alegre su ánimo y caliente su corazón a lo largo de toda su vida.

Los ojos de Natalia se llenaron de lágrimas. Cada vez le preocupaba más que fuera a necesitar ayuda para poder soportar su matrimonio y, una vez más, se preguntó si la decisión que había tomado era la correcta.

Se marchó de la pequeña fábrica más tarde de lo que había planeado. Al mirar el reloj, se dio cuenta de que iba a llegar al hotel con el tiempo justo para tomar la copa de antes de la cena a la que Maya y Howard la habían invitado.

Sin embargo, en cuando entró en la suite privada de sus anfitriones, se dio cuenta de que estos tenían otras preocupaciones. Maya estaba sentada en uno de los tres sofás de cuero color crema, con el brazo derecho en cabestrillo.

—Se ha caído y se ha cortado la mano con el bol de cristal que llevaba —explicó Howard.

—Y ahora nos encontramos en una situación muy delicada —suspiró Maya llena de ocupación—. Antes de caerme, recibimos una llamada de teléfono de un cliente inesperado que quería reservar sólo una noche, dado que se encuentra en Venecia para hacer escala entre dos vuelos. Juega al polo y tiene una vieja lesión que le molesta mucho en ocasiones. Ha pedido el masaje que me enseñaste, Natalia, el masaje que diseñaste para lesiones deportivas.

Natalia asintió. El masaje en cuestión era una de sus especialidades.

—Cuando este hombre estuvo aquí el mes pasado, se lo recomendé —prosiguió Maya—, y me ha dicho que le ha beneficiado mucho. Aparentemente, hoy en día se pasa más tiempo detrás de un escritorio que en el campo de polo y, por eso, la lesión le molesta más. Naturalmente, acepté la reserva y este huésped espera su masaje dentro de media hora. Ha reservado nuestra mejor suite, así que se trata de un cliente al que no podemos desairar. Yo no puedo darle el masaje y Gina, que es la única masajista capaz de darlo, está de vacaciones. No te imaginas lo enojada que estoy conmigo misma por haber dejado caer ese bol…

Natalia la comprendía perfectamente.

—¿Quieres que le dé a ese cliente el masaje? —se ofreció, sin pensarlo.

—¿Lo harías? —replicó Maya, profundamente aliviada—. En realidad, esperábamos que te ofrecieras a hacerlo —admitió—. Ay, Natalia, ¿estás segura de que no quieres ser nuestra socia?

«No me tientes», pensó. Entonces, con una sonrisa en los labios, negó con la cabeza. La explicación que le había dado a la pareja era que quería centrarse en desarrollar sus habilidades como perfumista. Otra mentira necesaria, según el rey Giorgio.

—¿Para qué hora ha reservado el masaje? —preguntó a Maya.

—Te quedan veinte minutos para prepararte. He hecho que te suban un uniforme. El cliente se llama León Pérez, debe de ser sudamericano. Ha pedido que el masaje se le dé en su suite, pero no hay nada particular al respecto porque, como ya sabes, ofrecemos esta clase de servicios. No obstante, si por cualquier razón su comportamiento resultara inaceptable, no dudes en apretar la alarma que hay junto a la cama.

Las hemos instalado en todas las habitaciones por si acaso. Tenemos intención de realizar una lista de todos los clientes que confundan nuestros servicios con otra cosa para asegurarnos de que no repiten su error.

—Una precaución muy acertada —afirmó Natalia—. Yo hice lo mismo y, afortunadamente, nadie ha tenido que utilizarlas todavía.

—Cuando termines, tomaremos la copa y la cena que te habíamos prometido para continuar con nuestras negociaciones —dijo Maya mientras le entregaba el uniforme.

Era un sencillo vestido recto, de color blanco, con cuello alto y mangas de farol. La tela, una mezcla de liño, era gruesa e impedía que se transparentara lo que se llevara debajo. Natalia aprobaba aquella

decisión. Le gustaba que Maya respetara a sus empleadas lo suficiente como para no darles un uniforme que pudiera resultar provocativo. Le quedaba el tiempo justo para irse a su suite, ducharse, trenzarse el cabello y ponerse el uniforme. A ella le quedaba más corto de lo que hubiera deseado, y algo más ceñido debido a su estatura y a su voluptuosa figura. Preparó todo lo que iba a necesitar y se dirigió hacia la suite que Maya le había indicado.

Natalia había dado masajes a sus clientes en muchas ocasiones, así que no había razón alguna para que experimentara la extraña sensación que le recorrió todo el cuerpo cuando tocó el timbre de la suite.

Cuando la puerta se abrió, en el umbral apareció un hombre ataviado con el albornoz del hotel.

Al mirarlo, Natalia comenzó a parpadear con incredulidad, del mismo modo que le había ocurrido al contemplar el frasco que había comprado aquella tarde. Era él. León Pérez era el hombre al que había visto desde el taxi al llegar al hotel. No cabía duda. La situación era horrible. Todo lo que se había repetido para tranquilizarse antes de llamar al timbre de la suite quedó anulado por una única mirada de aquellos ojos de color verde jade e increíbles pestañas.

El corazón le golpeaba desenfrenadamente el pecho. Luego fue como si se detuviera en seco. Sus ojos se estaban ahogando en las profundidades de los de él. Se sentía como si una poderosa y sensual comente la estuviera arrastrando para poseerla. A través del clamoroso tumulto de sus sentidos, pudo elaborar un único pensamiento: lo mucho y lo desesperadamente que deseaba a aquel hombre.

Dos

¿Qué era aquel… aquel dardo de puro deseo sexual que, rápido como el rayo, atravesaba su cuerpo hasta abrir de par en par las puertas, cerradas ya hacía mucho tiempo, de su propia contención y las deshacía hasta convertirlas en nada?

Una vez interior le decía que debía marcharse, la exhortaba a hacerlo. No podía permitirse algo así. Sería mejor que se diera la vuelta y se marchara. Si no lo hacía…

—¿Ha reservado un masaje?

Demasiado tarde. ¿Por qué no había hecho lo que su voz interior le indicaba? Al entrar en el vestíbulo de la suite, tenuemente iluminado, su nariz captó una oleada de olores que la envolvieron inmediatamente. El olor de la suite recién decorada, el de los lirios que adornaban la entrada… Este último se mezclaba con el perfume que la propia

Natalia había creado para sí, una receta especial de rosas, almizcle y uvas. Normalmente su perfume la tranquilizaba y la agradaba, pero en aquellos momentos la fragancia se había distorsionado por el olor de su propio miedo.

No obstante, el aroma más poderos era el de él. Contenía algo extraño y desconocido, la esencia del poder masculino tanto físico como mental, una vitalidad y una energía que se convertían en algo tan íntimo que a Natalia le parecía que la había aprisionado físicamente. Le estaba ocurriendo algo peligroso y poco deseado

—Por aquí.

Con un tremendo esfuerzo, Natalia se obligó a hacer oídos sordos a lo que estaba sintiendo. Durante un instante lo había deseado. ¿Y qué? Probablemente se trataba de una reacción primitiva ante el hecho de saber que los años de celibato estaban a punto de terminar por su matrimonio.

Levantó el rostro para mirar al desconocido. ¿Cuánto mediría?

El rey Giorgio no le había ofrecido información sobre el aspecto físico de su hijo ilegítimo, a excepción de la exclamación de orgullo con la que le había dicho que era su hijo. Lo único que Natalia sabía de él era que tenía unos cuarenta años, que jamás se había casado y que había sido educado como jeque. Sin embargo, cuando se le ofreció el trono de Niroli, había entregado el gobierno de Hadiya a su medio hermano, algo menor.

Habían pasado días desde que ella accediera a la proposición del Rey. Le había resultado difícil no imaginarse a alguien de baja estatura, regordete y sobrecargado de oro, en especial en los dientes, a pesar de la evidente admiración que el rey Giorgio sentía hacia él.

Por el contrario, aquel desconocido medía casi un metro noventa, con poderosos músculos y sin un gramo de sobrepeso. Sería maravilloso poder bailar con un hombre cuya altura había sido diseñada tan perfectamente por la naturaleza para encajar con la de ella. Bailar y… Tensó el cuerpo al percatarse de lo que estaba pensando.

Para ser un hombre tan alto y poderoso, se movía con una extraordinaria agilidad.

Caminaba delante de ella, emanando seguridad, dejando que ella lo siguiera como si fuera un miembro de su harén… ¿De dónde había salido aquella idea? Maya le había dicho que era sudamericano.

Maya y Howard habían renovado el interior del pequeño *palazzo* que habían elegido para su hotel spa con un estilo naturalista y minimalista. El lujoso confort de las habitaciones y de la decoración provenía de la calidad de los materiales y los muebles que habían utilizado. Aquella suite, la más exclusiva de todas, tenía las paredes pintadas de blanco, lo cual hacía resaltar los suelos de mármol. Todas las habitaciones tenían mesa de masaje especialmente diseñadas, además de enormes camas.

—Usted ha pedido el masaje especial de cuello y espalda —comprobó Natalia mientras se acercaban a la mesa.

—Sí, y déjeme que le advierta que es mejor que sepa lo que está haciendo.

Su voz sonaba bastante desconfiada y retadora, algo a lo que Natalia no estaba acostumbrada, ni como mujer ni como profesional. De algún modo, en vez de aplacar la febril intensidad de su reacción hacia él, pareció inflamarla aún más. ¿De verdad era tan inmadura? ¿Desear lo que no podía tener precisamente porque no podía tenerlo? Era ridículo, ella no era esa clase de persona.

Tal vez ése no fuera el momento de decirle que ella era la creadora del masaje en cuestión, aunque la actitud de aquel desconocido se mereciera un comentario así. Sabía, sin vanidad, que era una excelente masajista, que tenía el don y el poder, prácticamente desde la infancia, de calmar y curar con las manos. Si fuera a realizar aquel masaje en su propio hotel, habría comenzado a hablar con los clientes para conocerlos un poco y saber cuál de los aceites era el que mejor convenía a sus necesidades. No tenía

intención de hacer nada semejante con aquel hombre. No sabía por qué, pero sentía un deseo instintivo de protegerse de él.

«¿No lo sabes?», se dijo. «Míralo bien. Ahí deberías encontrar la respuesta». Ninguna mujer con sangre en las venas podía dejar de verse trastornada por aquel arrebato de masculinidad, y mucho menos una que había accedido a un matrimonio concertado sin pasión.

¿Sería eso? ¿Aquella inesperada reacción sería su manera de rebelarse contra su propia decisión, un recordatorio inconsciente por parte de sus sentidos de lo que iba a perderse? Jamás había sido una mujer promiscua, ¿por qué iba a sentir atracción física por un desconocido en aquellos momentos? Decidió controlarse. Había ido allí a trabajar, a nada más. Sólo a trabajar.

Él se había colocado de espaldas y se estaba quitando el albornoz. Dejó que éste cayera al suelo. Natalia contuvo el aliento. Afortunadamente, no estaba completamente desnudo debajo. No sabía si sentirse aliviada o desilusionada por el hecho de que llevara una pequeña toalla sobre las caderas. Desde el punto de vista de una masajista, era mucho mejor que la ropa interior, lo cual demostraba que aquella experiencia no era nueva para él. ¿Cuántas otras infelices se habrían sentido como se sentía ella en aquellos instantes? ¿Las habría mirado con indiferencia como la estaba mirando a ella o habrían reflejado deseo aquellos ojos verdes al contemplarlas? Inesperadamente, con la fuerza de un tornado, los celos se apoderaron de ella. Lo extraño de su reacción hizo que las manos se le pusieran a temblar mientras esperaba que él se tumbara encima de la mesa.

Descubrió que estaba conteniendo el aliento. No era de extrañar. Aquellos músculos perfectamente esculpidos, definidos con pura fuerza masculina… Sí. Resultaba evidente que montaba a caballo por los poderosos muslos. Contaba con la musculatura necesaria y la riqueza que solía acompañar a los que practicaban el polo, a juzgar por la marca del reloj que llevaba en la muñeca y al hecho de que se encontraba en la suite más cara del hotel. La piel le brillaba como si fuera de bronce. Se movía como si fuera un guepardo, ligero de pies, silencioso y mortal. Si no hubiera sabido que era sudamericano, habría creído que era italiano, aunque había algo en él que indicaba un legado cultural que no era capaz de definir, algo extraño, desconocido, un desafío para ella como mujer.

Se dijo que debía sobreponerse. Trató de centrarse en otros aspectos de su cliente. Sus modales eran ciertamente europeos, aunque había algo que no lo era. Se sentía como si aquel «algo» estuviera tratando de revelarle un secreto, aunque no sabía cuál. Mientras él se acomodaba sobre la mesa, se dio la vuelta por costumbre.

Una parte muy importante de aquella clase de masaje era la música y la iluminación que lo acompañaban. Maya le había indicado cómo poner la música y la luz que necesitaba.

A continuación, vertió un poco de aceite en un bol y lo calentó a la luz de una vela. Después, derramó una pequeña cantidad sobre la palma de su mano.

—Este masaje está diseñado para aliviar las tensiones y los nudos que bloquean la estructura muscular profunda —explicó—. Podría ocurrir que provocara movimientos incontrolados de otros músculos, dependiendo del grado de estrés al que estén sometidos, pero se trata de algo completamente normal.

El suspiro que él exhaló trasmitió su impaciencia más eficazmente que si lo hubiera hecho con palabras. Resultaba evidente que no tenía deseo alguno de hablar con ella. Ningún problema.

Comenzó a deslizar las manos sobre la piel y los músculos de la espalda, respirando suavemente para dejarse llevar por completo por el placer de su trabajo. Había tantas cosas que era capaz de aprender sólo con aquella comunicación silenciosa… En algún momento de su vida, se había caído sobre la cadera izquierda, posiblemente de un caballo. No había daño evidente, pero sentía que el músculo le susurraba su dolencia secreta. Automáticamente, ella respondió a su necesidad, acariciándolo suavemente primero para luego masajearlo más en profundidad.

El cabello de su cliente era más oscuro que el de la propia Natalia, y le rozaba suavemente las yemas de los dedos mientras ella le recoma la espalda y buscaba tensiones en los músculos del cuello. Llevaba trabajando casi quince minutos y sus propios músculos estaban empezando a dolerle. Debajo del vestido sólo llevaba unas braguitas. En su momento, le había parecido una decisión práctica, pero, en aquellos instantes, se estaba arrepintiendo. Los movimientos que requería aquella clase de masaje le habían puesto en contacto sus pezones con la tela ¿el vestido y los había estimulado hasta el punto de henchirlos y ponerlos erectos. Al menos, ella había dado por sentado que se trataba de la tela del uniforme.

Jamás había visto, y mucho menos tocado, un hombre con un cuerpo tan perfecto. Le habría gustado seguir acariciándolo eternamente. Las sensaciones la embriagaban mientras de su piel brotaba un aroma que era una mezcla de sensualidad, sexo y aceite aromático: una destilación perfecta. Le poseía el olfato tan física y completamente como si él la estuviera poseyendo, provocándole un debilitamiento de sus propios músculos y un profundo anhelo en el

vientre, una mezcla de calor y de necesidad que se estaba apoderando por completo de ella, trastornándola como el alcohol podría hacerlo con un bebedor, deshaciendo por completo sus inhibiciones y apartándola sin remedio de su habilidad para tomar decisiones racionales o para pensar.

Los dedos comenzaron a trazar la larga longitud de la espina dorsal, dibujando delicadamente cada vértebra. Había llegado al borde de la toalla. Dado que él había pedido un masaje de cuello y de la parte superior de la espalda, no había razón alguna para que ella estuviera tocando aquella parte de su cuerpo, más que el propio deseo de Natalia de hacerlo. Aquel cuerpo estaba tan perfectamente formado que el placer de tocarlo actuaba sobre ella como si fuera una droga. Automáticamente, deslizó los dedos por debajo de la toalla y buscó los pequeños hoyuelos que había a ambos lado de la espina dorsal, por encima de los glúteos. Respiró profundamente y cerró los ojos, acariciando y realizando círculos, saboreando el placer que se había apoderado de ella mientras lo acariciaba…

—¿Qué diablos…?

La furia con la que él reaccionó ante aquella intimidad hizo que Natalia diera un paso atrás y que el rostro le ardiera por su falta de profesionalidad. Entonces se quedó completamente inmóvil al contemplar lo que tenía ante sus ojos. Él se había girado ligeramente para poder darse la vuelta. Al hacerlo, la toalla se le había caído para dejar al descubierto que, por muy enojado que estuviera, el verdadero efecto de las caricias de Natalia había quedado al descubierto en la forma de una gruesa y potente erección que, sin querer, había dejado al descubierto.

Natalia no podía apartar los ojos de ella. No era el primer cliente al que había visto con una erección. Por supuesto, se trataba de una reacción natural y automática ante las caricias de una mujer. Sin embargo, sí era la primera vez que ella reaccionaba de aquella manera ante un cliente. El masaje era una forma de terapia y curación, Natalia no lo utilizaba para excitarse. Sabía que debía disculparse, pero, ¿qué podía decir al respecto? Nada.

Se inclinó con la intención de recoger el albornoz para dárselo. De soslayo, vio que él se estaba levantando de la mesa de masaje. ¿Iría a quejarse a Maya y a Howard?

Eso sería muy humillante, dada la naturaleza de la relación que Natalia tenía con la pareja. Le ofreció el albornoz, decidida a no mirarlo, pero un poder mucho más fuerte que ella se apoderó de su persona y, contra toda lógica, extendió la mano y deslizó la yema de

un dedo sobre la oscura línea de vello que sólo podía llevarla en una dirección.

Sintió que él contraía los músculos del abdomen.

—Mire, no quiero… —dijo él, mordazmente. Entonces, de repente, se puso de pie y la agarró con un único movimiento.

Natalia se quedó atónita al sentir las manos de aquel desconocido sobre la carne que quedaba oculta bajo el vestido y que, a continuación, se deslizaban por los muslos desnudos y más arriba, hasta que los dedos pudieron masajear las redondeadas curvas del trasero bajo la ropa interior. La sensación se apoderó de ella y la hizo temblar de placer. Podía sentir y oler su propia excitación, acompañada de la cálida humedad y de la carne suavemente henchida. Había creído que había alcanzado ya el control de sus deseos y que se encontraba en un momento de su vida en el que era capaz de controlar su propia abstinencia sexual, un estado en el que no experimentar deseo era lo que prefería y aceptaba. Sin embargo, en aquellos momentos…

Se estaba esforzando mucho por controlar y suprimir un deseo inaceptable, pero ya estaba experimentando la ligera tensión que precedía al orgasmo. Como por arte de magia, había dejado de ser la sensata y respetable Natalia Carini, futura esposa del príncipe Kadir para convertirse en una Natalia mucho más pagana, una mujer hedonista y mucho más sensual.

Trató de controlar la respuesta de su cuerpo, no para rechazar el orgasmo, sino con el fin de prolongar cada minuto de placer todo lo que fuera posible. León Pérez parecía dominar por completo sus sentidos, de un modo que superaba con facilidad sus defensas. No podía controlar lo que estaba sintiendo en aquellos momentos porque, simplemente, jamás se había sentido así antes. Ansiaba no sólo tocarlo, sino saborearlo, escuchar el sonido de su respiración en los últimos segundos antes de perder el control, desgarrado y torturado por su necesidad de poseerla. Deseaba oler la fragancia cálida y excitada de la piel masculina mezclándose con la suya, creando un nuevo olor que fuera único para ellos, tan potente y vivo a su modo como si, entre ambos, hubieran creado una nueva vida.

Sin embargo, más que nada, ansiaba tenerlo dentro de ella, acogiéndolo entre su carne y uniéndose a él del modo más íntimo. Esto la sorprendía mucho, dado que ella, que se enorgullecía de su madurez a la hora de contenerse, no sólo fuera capaz de sentir la profundidad de aquella pasión, sino también gozar cediendo ante ella. ¿La razón? ¿Tal vez porque se iba a casar o porque hacía mucho

tiempo desde la última vez que había mantenido relaciones sexuales? ¿Tal vez por él, por el hombre que tenía ante ella?

—¿Quién eres? ¿Qué estás…? —le preguntó él mientras le quitaba el vestido—. ¿Acaso necesito preguntar? No, no me lo digas. Los dos conocemos la respuesta. Eres lo que las de tu sexo saben ser tan bien. Seres engañosos, llenos de promesas y de trucos —comentó, lleno de desprecio.

El tono de sus palabras pasó completamente desapercibido para Natalia. Se había extraviado en las sensaciones que estaba experimentando. Estaban allí, de pie, cuerpo contra cuerpo, mientras que la presión que Natalia tenía entre las piernas se iba haciendo cada vez más apremiante. Se inclinó hacia delante, aspirando el aroma que emanaba de la piel de aquel desconocido y luego colocó los labios sobre ella mientras lo acariciaba con las manos.

—¡No!

La dureza de la voz de él la sorprendió. Los latidos del corazón se le aceleraron.

—Tal vez a otros hombres con los que hayas compartido tú cuerpo les hayas robado su derecho a controlar tu placer, pero no será así conmigo —le advirtió—. En el lugar del que yo vengo, es el hombre quien lleva la voz cantante y la mujer quien lo sigue, no al revés. El hombre es el que toma y la mujer la que da —afirmó, acariciándola hacia arriba, hacia los pechos.

Estos se habían henchido de tal manera que el dolor que Natalia estaba experimentando en los pezones resultaba casi insoportable. Cuando él le tocó uno, cubriéndole el seno con la mano y frotándole el pezón con la yema de un dedo, ella gritó de pura necesidad.

—Tu carne es del color de la leche de almendras, aliñada con oro y con los colores del ocaso. Requiere el homenaje que pueden darle las caricias de un hombre y busca hacerlo su esclavo. Sin embargo, yo no lo consentiré.

Natalia apenas podía centrarse en aquellas palabras tan poéticas. Estaba ardiendo con la intensidad de su propia necesidad. Levantó las manos y le enmarcó el rostro con ellas, atrayéndolo hacia ella, anhelando sentir el contacto de aquellos labios sobre su piel y anticipando su desilusión cuando él la rechazara.

No obstante, para sorpresa suya, él hizo algo que Natalia jamás habría imaginado que ningún hombre pudiera hacer. La tomó en brazos y la llevó hacia la cama. Teniendo en cuenta su altura y sus voluptuosas curvas, la sorprendió que él la sostuviera como si pesara

menos que una pluma. Resultaba ridículo sentirse tan emocionada por una demostración tan básica de masculinidad, pero sin embargo lo estaba.

—Ahora —le dijo él mientras la colocaba sobre el colchón y se inclinaba sobre ella—, voy a tomar de ti lo que tú estás tan dispuesta entregarme, aunque mi intelecto me dice que es un ofrecimiento sin valor alguno por la cantidad de hombres que te han poseído antes.

La estaba insultando, pero Natalia estaba demasiado excitada como para replicar y espetarle que estaba segura de que él había tenido muchos más encuentros sexuales que ella. Después de todo, era un hombre adulto, muy sexual y cuya edad rondaba los cuarenta años. Ella, por su parte, llevaba célibe demasiado tiempo. En vez de responder, se arqueó obedientemente bajo el tacto de las manos que le estaban dando forma, aprendiéndola, acariciándola y abriendo lugares secretos dentro de su sexo con el arte de un hábil perfumista que estuviera a punto de extraer la esencia más preciosa del corazón de una rosa, con la maestría de un sensual alquimista que estuviera utilizando el oscuro poder de su sensualidad para transformarla y poseerla por completo. Natalia sabía que no lo hubiera preferido de otro modo. Sus sentidos gozaban con cada matiz de su propia excitación. Los labios de su sexo se henchían y se abrían, ansiosos por entregarle la húmeda dulzura de su placer. Con el solo contacto de un dedo, él la rescató de la agonía y le proporcionó el éxtasis que había tratado de contener unos minutos antes.

—No —ordenó él—. No cierres los ojos.

Obedientemente, ella le dio el contacto visual que exigía. Se abrió hacia él y compartió con un desconocido todo lo que estaba experimentando en aquellos momentos. Jamás había experimentado una sensación tan fuerte de sentirse poseída: la consumía por completo, vaciándola por dentro.

Sintiendo que el placer embargaba su mirada, vio cómo él le separaba las piernas y se colocaba entre ellas. Sin saber de dónde, el desconocido había sacado un preservativo. —El crujido del envoltorio del paquete la tranquilizó un poco.

Desde el momento en el que se hundió en ella, Natalia supo lo que no se había permitido imaginar: que aquel hombre estaba tan perfectamente formado físicamente para ella que cada centímetro de su ser respondía a esa certeza. Su cuerpo se abrió suavemente para él, aún sintiendo el placer que él acababa de darle, aferrándose a la masculina carne y gozando con el tamaño y la fuerza él le estaba proporcionando. Enseguida, empezó a experimentar las primeras

sensaciones que anunciaban un nuevo orgasmo. Levantó las caderas y le rodeó con sus tonificadas piernas, anhelando que él pudiera entrar en ella por completo. Escuchó el rugido de sus corazones, el temblor que se había apoderado de sus cuerpos. Con cada arremetida él se hundía más en ella y acrecentaba su placer. Con cada movimiento, ella lo animaba a seguir hasta que los dos llegaron a la cima y, de un salto, se lanzaron juntos a la mismísima eternidad.

Natalia contuvo el aliento. Se sentía presa del asombro y de la incredulidad. Desde el cuarto de baño, se escuchaba el sonido de la ducha. Se levantó de la cama y se vistió con torpes movimientos. ¿Qué era lo que había hecho? Nadie debía saber lo ocurrido, nadie.

La ira contra sí misma se apoderó de ella. ¿Cómo podía haber sido tan necia? ¿Cómo podía haberse acostado con un desconocido? Todo parecía tan sórdido…

La ducha seguía funcionando. Natalia decidió que debía salir de allí antes de que él terminara y regresara al dormitorio. Ya estaba vestida y no tenía razón alguna para quedarse, pero… ¿por qué no se marchaba?

Sabía que debía irse antes de que él regresara y la humillara un poco más. ¿Más aún? ¿Acaso podía haber mayor humillación que las palabras que le había dicho cuando ella estaba experimentando los últimos coletazos de placer?

—Bien —le había espetado secamente mientras se apartaba de ella y se levantaba de la cama—. Ya tienes lo que querías. Ahora, vete.

¿Lo que ella había querido? Él también lo había deseado, ¿o no? Por supuesto que sí. Sin embargo, ella lo había iniciado y ciertamente aquello era algo que jamás había hecho antes.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Comprobó con alivio que estaba vacío. Entonces, con paso rápido, se dirigió hacia el ascensor que la llevaría hacia su propia suite, en el piso de abajo. Afortunadamente, Maya había dicho que aquel hombre se iba a marchar primera hora de la mañana. Lo que había ocurrido entre ellos era un secreto que guardaría para sí el resto de su vida, por su propio bien y por el de Niroli.

¿Cómo no iba a sentirse culpable por lo ocurrido? Lo que acababa de hacer no sólo iba en contra de su propio código moral, sino que también iba en contra de la responsabilidad del papel que estaba a punto de asumir como esposa del futuro rey de Niroli. Como futura esposa del príncipe Kadir, era de suma importancia que su

comportamiento fuera intachable. Sabía que, sin duda, el rey Giorgio habría investigado su pasado sexual y que seguramente se habría sentido muy tranquilizado por el largo período de celibato que ella había tenido antes de aquella noche.

Decidió que lo mejor era no volver a pensar en lo ocurrido. Olvidarlo en aquel mismo instante. O eso… o ir a ver al rey Giorgio y decirle que no podía casarse con el príncipe Kadir. Los sentimientos que se apoderaron de ella en aquel instante la abrumaron. ¿Y si quedaba libre? Eso no significaba que él… que León Pérez la deseara de nuevo. No. Lo que estaba pensando era una locura, tanto que la asustaba. Además, tenía que pensar en su deber, en el compromiso adquirido. Su futuro ya estaba decidido y no tendría nada que ver con el deseo por un hombre que ya sabía perfectamente lo que pensaba sobre ella.

Como quien teme ahogarse, se aferró al hecho de que estaba comprometida para casarse con el príncipe Kadir. Lo que acababa de hacer era algo horrible, imperdonable e inaceptable…, una locura. Debía aprender a aceptarlo y a olvidarlo como si se tratara de una cierta clase de miedo escénico previo a la boda que la esperaba. Lo que acababa de ocurrir pertenecía al pasado y quedaba completamente atrás, y ella debía centrarse en el futuro que la aguardaba, un futuro planeado hasta sus últimos detalles.

Tres

Kadir miró con tristeza a su alrededor. La habitación se encontraba completamente vacía. Ella se había marchado. Mejor. La música que aún resonaba en la estancia y las tenues luces evocaban demasiado claramente lo que acababa de ocurrir allí, pero nada resultaba más sugerente que el aroma de aquella mujer, que aún parecía emanar de su piel a pesar de la ducha que acababa de darse.

¿Por qué perdía el tiempo pensando en ella? Aquella mujer no significaba nada para él. Nada. Tan sólo se trataba de una oportunista sexual. No se habría acercado a ella si no hubiera sido por el hecho de que su madre, en el lecho de muerte, le había arrancado la promesa de terminar la relación que mantenía con su amante. Dicha promesa había tenido como resultado un período de celibato mucho más prolongado de lo que era habitual en él. Ésa era la única razón de lo ocurrido, la única explicación plausible.

Después de todo, no encajaba en absoluto con los papeles que estaba a punto de aceptar, tanto de príncipe heredero como de hombre casado, mantener relaciones sexuales con una desconocida. Con una masajista, por el amor de Dios. ¿Qué le había ocurrido a su autocontrol? Normalmente le resultaba muy fácil ponerle riendas a su apetito sexual. De hecho, aquella mujer ni siquiera era su tipo. Él prefería las mujeres menudas. Nada de sensuales amazonas con sugerentes curvas y exigente apetito sexual. Sin embargo, había permitido que el deseo gobernara su voluntad.

No volvería a ocurrir. Con ninguna mujer.

Kadir no tenía intención alguna de convertirse en uno de esos dirigentes que fingen tener un cierto carácter moral en público mientras que, en privado, se dejan llevar por los hábitos más decadentes. La promiscuidad sexual Jamás le había atraído, en ningún momento de su vida. Por supuesto, había habido mujeres, en especial durante sus años en el circuito profesional de polo, pero de eso hacia ya mucho tiempo. En los últimos años, las únicas mujeres que habían compartido su cama habían sido discretas amantes, de las que Zahra era la última.

Hacía muchos años que la conocía, pero sólo se habían hecho amantes tras la muerte del esposo de ella. Desde el punto de vista de Kadir, la relación había sido muy conveniente y práctica. A él le gustaba así. No le agradaba que las emociones pasaran a formar parte de sus relaciones, y una amante sentimental era lo último que quería. O lo que había querido. En aquellos momentos, lo último que deseaba

era una esposa demasiado emocional.

El asunto que lo había llevado a Venecia estaba relacionado con la herencia de su madre y se alegraba de haberse registrado en el hotel con el nombre falso que tanto le gustaba utilizar en sus años de polista.

Por lo que sabía de su padre, al rey Giorgio le disgustaba que los miembros de su familia no fueran estrictos en su conducta, en especial su heredero, a pesar de que él mismo había disfrutado de una vida sexual bastante variada.

Kadir frunció el ceño. Si aquella mujer descubría quién era y trataba de utilizar esa información, tal vez se viera obligado a defenderse delante de su padre, algo que le resultaba completamente impensable. ¿Cómo podía haberse puesto en tal situación? Y con aquella masajista, la antítesis de todo lo que, personalmente, apreciaba en una mujer, en especial en la que compartía su cama.

Había sido una suerte que, por lo menos, tuviera preservativos a mano. De otro modo… De otro modo se hubiera detenido. No había duda al respecto. Después de todo, tenía una responsabilidad, no sólo consigo mismo sino con la mujer con la que estaba comprometido en matrimonio. ¿De verdad estaba tan seguro de que hubiera podido parar? Lanzó una maldición mientras trataba de acallar la voz que hablaba desde su interior.

Era demasiado tarde para desear no haber ido a Venecia. A su madre le encantaba la ciudad.

—Para nosotros, los que hemos nacido en el desierto, es un milagro contemplar una ciudad construida sobre el agua —había dicho ella en una ocasión.

Kadir torció la boca lleno de amargura. Había creído que conocía a su madre. Había pensado que compartía una intimidad muy especial con ella, pero se había estado engañando a si mismo igual que ella lo había estado engañando a él. Lo último que esperaba en los días finales, antes de que sucumbiera por fin a la enfermedad fatal que llevaba todo el verano torturándola, era escuchar cómo le contaba que el hombre al que Kadir siempre había considerado su padre no lo era y que, en realidad, él era el resultado de una aventura de juventud con un europeo. Además, no se trataba de un europeo cualquiera, sino del rey Giorgio de Niroli, la cabeza visible de la que se consideraba la familia real más rica de toda Europa. En realidad, el dinero no le preocupaba lo más mínimo. Kadir había convertido la herencia de millones que había recibido de su abuelo materno en un imperio multimillonario antes de alcanzar la edad de treinta años gracias a sus

habilidades financieras y empresariales. No. No tenía necesidad alguna de la riqueza del rey Giorgio ni tampoco del título que iba a heredar de él. Sin embargo, lo que sí necesitaba era descubrir si la nueva identidad que las revelaciones de su madre le habían proporcionado le hacía sentirse más cómodo que la que había tenido anteriormente. ¿Y si no era así? ¿Qué ocurriría si se sentía tan apartado de los cortesanos del rey Giorgio como de los del jeque de Hadiya? Simplemente tendría que vivir con ello. Tenía ya cuarenta años. No se trataba de un muchacho sin experiencia que no supiera nada de sí mismo. Niroli le daría la oportunidad de desarrollarse, de demostrarse en muchos sentidos lo que podía ser, más que en Hadiya. Además, era demasiado tarde para cambiar de opinión. Le había dado su apoyo a su hermano Ahmed para que se convirtiera en el nuevo jeque de Hadiya y también se había comprometido con su padre biológico a convertirse en el próximo rey de Niroli.

No obstante, se sentía traicionado por su madre. No podía asimilar el hecho de que su progenitora hubiera podido ocultarle algo tan importante.

Ella le había suplicado que la comprendiera y perdonara. Le había explicado que ya se había prometido en matrimonio cuando conoció al rey Giorgio. Había hecho escala en Niroli de camino a Hadiya. Según ella su aventura había sido muy apasionada e igualmente breve. La boda con su esposo había tenido lugar antes de que ella se diera cuenta de que estaba embarazada del rey Giorgio.

—¿Por qué me lo cuentas ahora, cuando antes no viste motivo para hacerlo? —había preguntado Kadir a su madre.

—Antes tenía miedo por ti —había respondido ella—. Todo el mundo daba por sentado que eras el heredero legítimo y que debías ser el jeque de Hadiya, y no quería ser la responsable de que se te privara de ello, pero ahora… Estoy a puntó de morir, hijo mío, y te he observado durante las semanas. Aunque sé que estás completamente preparado para asumir tus responsabilidades al frente de Hadiya, veo que no tienes corazón para hacerlo. Siempre has anhelado verte libre de las restricciones de nuestro pequeño reino, en cambio tu hermano disfruta con la vida aquí. Hay algo que me gustaría que hicieras por mí, Kadir.

En aquel momento, su madre sacó un pequeño amuleto de oro. Estaba muy desgastado y tenía inscripciones de una lengua antigua.

—El rey Giorgio me dio esto. Quiero que se lo devuelvas en mi nombre… y en persona. A lo largo de los años, he mantenido un interés constante por su mundo y sé que está desesperado porque no

tiene un heredero directo que pueda sucederle en el trono. Tú eres su hijo, Kadir. Tu legítimo lugar se encuentra en el trono de Niroli, no aquí en Hadiya, donde siempre he sabido que no te encontrabas a gusto. Sé que te has esforzado, pero he visto la impaciencia en tus ojos y el deseo que tenías de llevar una vida completamente diferente. Has aprendido las sutilezas del modo en el que hacemos negocios aquí en Oriente, pero he visto en tus ojos que anhelas el modo más directo que te piden tus genes europeos.

—Si con eso te refieres al hecho de que me molesta que se paguen grandes sumas de dinero a hombres muy ricos cuando los más pobres de nuestro mundo viven sin nada, sí, anhelo un modo diferente.

Su madre murió tres días después de realizar aquella confesión. Kadir se enteró de que su hermano pequeño se había escandalizado mucho al saber que no había podido derramar ni una sola lágrima por ella.

¡Mujeres! ¿Qué hombre en su sano juicio confiaría en una? Había aprendido de muy joven la duplicidad del sexo débil. Sólo tenía dieciocho años cuando descubrió que la novia que su familia había escogido para él estaba muy lejos de ser la dulce e inocente virgen que se suponía que era y que, en realidad, vivía una aventura con un primo casado desde hacía más de un año. No sería sincero si dijera que aquello le había partido el corazón. Había dado al traste con los planes de boda, eso sí, y le había enseñado a desconfiar del sexo opuesto. Las mujeres mentían cuando les convenía hacerlo, sobre todo en lo que se refería a su fidelidad, lo había aprendido a fuerza de desengaños. Lo que más le enojaba era que, sabiendo lo que ya sabía, aún se había entregado demasiado fácilmente a la mujer que se acababa de marchar de su suite. ¿Por qué? Porque la necesidad que había sentido de poseerla había sido más fuerte que nada.

Tonterías. Después de todo, ella había sido la que se le había insinuado en primer lugar. Sin embargo, él la había poseído. Un instante de debilidad, nada más. Algo que debía olvidarse y borrarse de su memoria como si jamás hubiera sucedido. ,

Observó el amuleto que tenía entre las manos. Cuando su madre se lo había entregado, aún conservaba el calor de su cuerpo y a veces, cuando lo tenía entre las manos, le parecía que retenía un poco de la calidez de la piel de su progenitora. De niño siempre había creído que su madre era la mujer más hermosa y maravillosa del mundo, y ella lo adoraba. Lo adoraba, pero le había ocultado la verdad sobre su padre biológico.

Cuando ella le dio el amuleto, Kadir inició discretos contactos a través de los canales diplomáticos adecuados. El resultado había sido un revuelo de cartas y llamadas de teléfono, tensos correos electrónicos con los consejeros del rey, hasta que las pruebas de ADN establecieron que lo que la madre de Kadir había afirmado era, efectivamente, cierto. Todo se había llevado a cabo sin que el rey Giorgio y él hablaran nunca personalmente ni se vieran. Finalmente, el Rey se había puesto en contacto con él y le había ofrecido el trono de Niroli.

Tras iniciar las negociaciones necesarias para que su hermano se hiciera cargo del gobierno de Hadiya, había hecho saber al rey Giorgio que le preocupaba cómo se tomarían los habitantes de la pequeña isla que él fuera a ser su soberano. El rey Giorgio respondió sugiriéndole un matrimonio concertado con una nirolesa, una mujer a la que los habitantes de Niroli estarían encantados de tener como reina. A Kadir le pareció bien que la elegida fuera la nieta de uno de los viticultores más conocidos de la isla. Lo que esa mujer aportaría al matrimonio era mucho más valioso que la sangre azul.

Antes de dirigirse a Niroli, había decidido pasar por Venecia para ocuparse de una cuenta bancaria que su madre tenía allí, de ahí su decisión de pasar la noche en el spa con el fin de tratarse una vieja lesión de polo en un hotel que sabía que frecuentaban famosos deportistas.

A la mañana siguiente, iba a marcharse a Niroli en avión privado. El Rey le había dejado muy claro que no quería que sus súbditos supieran lo que estaba ocurriendo hasta que él mismo lo presentara como su heredero y anunciara su matrimonio con Natalia Carini. Sin embargo, Kadir había decidido llegar antes de lo previsto para ver cómo reaccionaba su padre. Por lo que había oído del rey Giorgio, era un gobernante autocrático que se negaba a delegar o a permitir que su pequeño país cambiara. Kadir tenía la intención de hacerle saber que si él iba a gobernar la isla, tenía intención de hacerlo en solitario y en sus propias condiciones.

Volvió a mirar hacia la puerta. ¿Adonde se habría ido aquella mujer? ¿A la cama de otro hombre? Apretó con fuerza el amuleto, lanzó una exclamación de enojo y tomó su ordenador portátil. Tenía cosas más importantes que hacer que pensar en una masajista promiscua a la que no volvería a ver…

Mientras atravesaba la plaza, Natalia no se percató de las miradas de admiración que despertaba entre los paseantes. La bruma

del día anterior se había transformado en una leve llovizna que caía como diminutos diamantes sobre su cabello oscuro, haciendo las suaves ondas se transformaran en rebeldes rizos. No había salido con la esperanza de ver a León Pérez y, desde luego, no se había humillado a sí misma consultando el libro de registro para ver si él se había marchado aquella mañana. No, estaba cruzando la plaza porque necesitaba un poco de aire fresco para poder asimilar lo ocurrido la noche anterior. Lo único positivo de todo aquello, si se podía llamar así, era que él había utilizado un preservativo, así que no tenía por qué temer consecuencias de la intimidad que habían compartido.

Al otro lado de la plaza vio una cafetería. Acababa de entrar en ella cuando su teléfono móvil empezó a sonar.

—El Rey desea que regrese a Niroli inmediatamente —dijo la voz del consejero de más edad del Rey.

—¿Inmediatamente? ¿Por qué?

—No puedo contar nada más.

—Tengo una reserva en un vuelo de pasado mañana y no sé si podré…

—Se ha organizado un vuelo privado para ti. Lo único que tienes que hacer es presentarte en el mostrador de salidas especiales del aeropuerto.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que está pasando?, —preguntó Natalia, pero ya era tarde. El Consejero Jefe del Rey había dado por terminada la conversación.

Cuando salió al exterior, comprobó que seguía lloviendo. Niroli tenía un clima muy cálido durante todo el año, muy parecido al de las islas Canarias. La lluvia y los cielos grises la entristecían profundamente.

¿A qué se debía que la hubieran llamado para que regresara a Niroli antes de lo previsto? ¿Acaso había cambiado de opinión el heredero sobre su matrimonio? ¿Qué sentiría ella al respecto si así fuera?

Un par de horas después, Natalia subía a un avión privado que debía trasladarla de regreso a Niroli.

—¿Qué desea beber? —preguntó una azafata—. ¿Tal vez una copa de champán?

Natalia sintió cómo el moderno avión empezaba a deslizarse por la pista. Una fuerte sensación de pánico se apoderó de ella, pero la controló rápidamente. Ya estaba. Estaba de camino, no sólo de vuelta

a su hogar sino también al futuro que la esperaba a su futuro esposo.

—No, no quiero champán, gracias —le respondió a la azafata—. Sólo agua, por favor.

Cuatro

—Esto es ridículo —replicó Natalia al conductor del imponente coche que había estado esperándola en la misma pista del aeropuerto en el momento en el que su avión aterrizó—. No quiero ir a palacio, quiero que me lleve a mi casa.

—Lo siento, pero mis órdenes son llevarla a palacio —respondió el chófer sin expresión alguna en la voz.

Natalia miró a través del cristal ahumado de la ventanilla, presa de un frustrado silencio. Aquello era una locura. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Por qué no había ido a buscarla un emisario de palacio para explicarle qué era lo que ocurría?

El cielo se había ido oscureciendo poco a poco a medida que iba cayendo la noche. Mientras tanto, el coche oficial avanzaba por la carretera que unía la capital con el aeropuerto. Delante de ellos, Natalia podía ver las luces de la ciudad, coronada por la silueta del Palacio Real.

El chófer tomó un desvío inesperado y rodeó la ciudad. Luego se internó por una carretera muy estrecha que conducía a la parte trasera del castillo.

Natalia decidió con cierta tristeza que, a pesar de que se requería su presencia de un modo tan imperativo como para enviar un avión privado a recogerla, su persona seguía siendo tan poco importante como para hacer que entrara a palacio por la puerta de atrás, como si se tratara de un proveedor. Al otro lado de la estrecha puerta, había un patio sin iluminar. El lugar resultaba inhóspito.

El chófer detuvo el coche y salió para abrirle la puerta. A pesar de la profunda irritación que sentía, consiguió dedicarle una cálida sonrisa. Después de todo, él sólo obedecía órdenes.

El misterio era un rasgo muy típico del modo en el que el rey Giorgio dirigía su corte. Los que lo conocían, admitían que era una persona maquiavélica. Al viejo Rey le gustaba jugar con la gente y siempre lo había hecho. A pesar de todo, Natalia sentía cierta simpatía por él. Tal vez fuera arrogante y orgulloso, pero también era muy anciano y ella sospechaba que había empezado a sentir un gran temor por lo que pudiera ocurrirle a su adorado reino si él moría sin sucesor. A pesar de sus defectos, que sin duda eran muchos, nadie podría dudar nunca del apasionado amor que sentía por su país, un amor que Natalia compartía con él. Su Majestad era consciente de ello, y un día la había sorprendido diciéndole que le recordaba un poco a su primera

esposa, Sophia, y que poseía su misma elegancia y espíritu. Natalia se había sentido profundamente halagada por aquellas palabras. Sabía muy bien la extraordinaria opinión que los habitantes de Niroli guardaban de la primera esposa del Rey. Sospechaba que era en parte por el parecido que ella pudiera tener con la reina Sophia por lo que el Rey la había elegido para casarse con su heredero.

Se abrió una puerta y un hombre se dirigió hacia ella. Por la escasez de luz, no se dio cuenta de que era el Primer Ministro del Rey hasta que éste estuvo muy cerca de ella.

—A qué viene tanta urgencia y secretismo ¿Qué es lo que está pasando? —preguntó ella.

—Venga por aquí. Se lo explicare todo mientras la acompaño a su apartamento.

—¿Mi qué? —replicó Natalia, deteniéndose en seco.

—Dado que estamos a punto de anunciar su compromiso con el sucesor del rey Giorgio, lo más adecuado es que tenga usted su propio apartamento dentro de las dependencias de palacio.

—Pero yo tengo mi casa…

—Que ya no resulta adecuada. La condesa Ficino ha sido designada su dama de compañía. Ella será la responsable de la organización diaria de su agenda, de todos los asuntos que conciernan a su guardarropa y de sus deberes oficiales. También será la encargada de instruirla a usted en los usos del protocolo real. Es una pena que Su Alteza Real el príncipe Kadir haya decidido llegar antes de tiempo…

—¿Que el príncipe Kadir está aquí? Yo creía que…

—Exactamente. Sin embargo, parece que Su Alteza estaba tan ansioso por conocer a su padre y cumplir la promesa que le hizo a su madre en el lecho de muerte que decidió anticipar su llegada —respondió el Primer Ministro con desaprobación—. El Rey teme que no será posible mantener en secreto la presencia de su hijo durante mucho tiempo. Por ello, ha decidido adelantar la presentación oficial del heredero y el anuncio de su boda con el Príncipe. La oficina de prensa de palacio ya ha alertado a los medios de comunicación de que está a punto de anunciarse algo muy importante. Ésta es una de las razones por la que se ha decidido que usted viva en palacio. Ya se está decorando el patio principal de palacio para mañana, cuando el Rey anuncie en un discurso que el príncipe Kadir es su hijo y su heredero.

—¿Mañana?

El Primer Ministro se detuvo para indicarle que tomara un

pasillo adornado con sombríos retratos de los reyes de Niroli. Al fondo, una escalera de mármol conducía al piso superior y, en lo alto, la esperaba la condesa.

Natalia tenía muchas preguntas en la cabeza, pero sabía que no había razón para esperar respuesta de las dos personas que la flanqueaban. Estaban demasiado embebidos por las tradiciones de la corte como para responder a preguntas como el aspecto de su futuro esposo y la clase de carácter que podía tener. De todos modos, parecía que no iba a tener que esperar mucho para descubrirlo personalmente.

—Se presentará usted en la Cámara Real mañana por la mañana a las once en punto. Será usted testigo de cómo el Rey presenta oficialmente al príncipe Kadir al pueblo de Niroli desde el salón que hay al lado del balcón. Luego esperará usted quince minutos antes de reunirse con ellos. Allí conocerá usted al príncipe Kadir y los dos recibirán la bendición de Su Majestad por su compromiso e inminente matrimonio —explicó la condesa mientras recorrían un pasillo. Por fin, se detuvo frente a las puertas del que parecía que iba a ser el apartamento de Natalia.

Cuando las abrió, Natalia sintió que el alma se le caía a los pies al ver la anticuada decoración del salón al que habían entrado. Dentro había tres mujeres con las cabezas inclinadas. Cada una de ellas realizó una reverencia mientras la condesa se las presentaba como sus doncellas personales. Natalia estaba acostumbrada a tener empleados, así que saludó a cada una de las chicas afectuosamente y les preguntó su nombre de pila. Notó inmediatamente que la condesa no aprobaba aquella informalidad, pero hizo caso omiso. Ya iba siendo hora de que el aire fresco de la vida moderna barriera de un soplo algunas de las restricciones de la vida cortesana.

—Es tarde y, por supuesto, usted deseará dormir para estar lista para mañana, pero, en primer lugar, es mi deber decirle que el Rey le ha proporcionado a usted un guardarropa nuevo acorde con su nuevo papel. Les he dado instrucciones a sus doncellas sobre qué atuendo debe ponerse mañana para el anuncio de su compromiso oficial. Además, yo vendré para acompañarla a la Cámara Real y asegurarme de que todo está en orden. Debo advertirle que, mientras estén en el balcón, el Rey tiene intención de entregarle algunas joyas que pertenecieron a la reina Sophia. Por supuesto, usted las lucirá durante la recepción oficial que seguirá al anuncio del compromiso, pero tendrá que devolvérmelas después para que se puedan guardar en la caja fuerte.

Un nuevo guardarropa, joyas reales… Debería haber anticipado

algo así, pero no lo había hecho. Todo parecía anticuado y absurdo. Había visto algunas de las joyas con las que se adornaba la segunda esposa del Rey y se echó a temblar, horrorizada al pensar que tendría que cargar con algo similar. Aquello iba contra todo lo que ella pensaba sobre su deber de ayudar a los menos afortunados. Su sueño era que, con el tiempo, podría tener bastante influencia sobre su esposo como para persuadirlo de que compartiera una parte de la fabulosa fortuna de la familia real de Niroli no sólo con sus súbditos, sino también con todos los necesitados del mundo. Le gustaría crear una fundación para proporcionar cuidados sanitarios a todos los que lo necesitaran. Ese tipo de cosas sería lo que compensaría su sacrificio de convertirse en reina, y no joyas cuajadas de diamantes.

—Ahora, me marcharé para que pueda empezar a prepararse para mañana.

La condesa lo había dicho como si fueran a llevarla a la guillotina. En cierto modo, así era. Su matrimonio con el príncipe Kadir marcaría un antes y un después, entre la vida que había conocido hasta entonces y la que la esperaba.

—Si hay algo que desee —añadió la condesa—, algo de comer, un libro..., pídaselo a las doncellas para que se lo proporcionen.

Natalia asintió y esperó a que la condesa se marchara. Por el momento, y dado que aún seguía siendo tan sólo Natalia Carini, mantendría su independencia.

Las tres jóvenes doncellas parecieron muy aliviadas de poder marcharse, casi tanto como Natalia se sintió al verlas salir.

Al quedarse sola en el apartamento, se preguntó quién habría utilizado aquellas habitaciones en último lugar. Aunque los hermosos muebles relucían bajo las enormes arañas, el salón seguía teniendo un aire de abandono y melancolía. Pesadas cortinas de seda cubrían las ventanas. La misma tela se había utilizado para tapizar sillas y sofás. El color de la tela era lo único que contaba con el agrado de Natalia, un verde azulado de tonos marinos, muy parecido al de sus propios ojos.

Por lo demás, una alfombra replicaba el intrincado diseño de la escayola del techo. Sobre la chimenea colgaba un enorme espejo La estancia contaba con dos puertas. Una de ellas conducía al pasillo mientras que la otra debía llevarla a su dormitorio.

Por muy hermoso que éste pudiera ser, simplemente no reflejaba la personalidad de Natalia. A ella le gustaba el diseño moderno, ligero, acompañado de fibras naturales. Se preocupaba de elegir productos ecológicos y siempre que podía se aseguraba de que no se había

explotado a los trabajadores que los habían realizado. La cama era de estilo rococó y estaba cubierta con una colcha de la misma seda del salón. Una puerta conducía a un enorme cuarto de baño con una imponente bañera con patas de garra y otra llevaba al vestidor, que también estaba conectado con el cuarto de baño.

Alguien había abierto y deshecho la maleta que ella había llevado desde Venecia. En los armarios del vestidor estaban colgadas las prendas que el Rey había elegido para ella en su nueva vida. Con una horrible sensación en la boca del estómago abrió la primera puerta. Al ver una larga fila de trajes de noche y de trajes de cóctel, volvió a cerrarla. Aquel estilo de ropa no iba con ella. Pensó en su ropa, suave, suelta y de colores naturales, que eran los que realmente le favorecían.

Sabía que no podía ofender al Rey negándose a ponerse lo que él creía un gran regalo. Aquellas prendas, tan caras, tan rígidas, tan formales, reflejaban todo lo que ella quería cambiar en la institución monárquica. En su opinión, el verdadero respeto por la Corona debía responder al modo en el que los miembros de la Familia Real vivían su vida y se preocupaban de sus súbditos, en vez de verse temidos y admirados por el poder de su riqueza y de su posición social.

Cinco

—Hijo mío… —murmuró el rey Giorgio emocionado mientras extendía una mano sobre la de Kadir y sacudía asombrado la cabeza—. Ni siquiera ahora me puedo creer que esto sea cierto… Es un milagro. Tu madre no tenía derecho a ocultarme tu existencia. Claro que las mujeres son así, criaturas encantadoras cuando quieren, pero no se puede confiar en que piensen y se comporten con lógica. En mi opinión, un hombre que permite que una mujer gobierne su vida no tiene excusa, pero ya veo, Kadir, que tú no eres esa clase de hombre…

Kadir pensó que las emociones del Rey amenazaban con abrumarlo. Por fin el anciano parpadeó y sacudió la cabeza.

—Pensar que todo este tiempo, cuando había empezado a creer que jamás encontraría a nadie que llevara mi sangre y que fuera adecuado para gobernar Niroli, tú deberías haber estado a mi lado. Eres el mejor y el más adecuado de todos. Hijo mío, hijo mío… —repitió, agarrando con fuerza el brazo de Kadir—. Tu madre nos hizo a los dos un flaco servicio al no revelar antes su secreto.

Kadir tenía que admitir que él era de la misma opinión. En eso, como en muchas otras cosas, estaba empezando a descubrir que su padre y él eran muy parecidos.

—Tu madre te habría privado de un gran futuro si no hubiera reconocido quién era tu verdadero padre.

—Hay quien considera que convertirse en soberano de Hadiya es un gran futuro —replico el.

—Hadiya —dijo el Rey con un cierto desprecio—. ¿Cómo va a compararse gobernar unos pocos kilómetros cuadrados de desierto con gobernar Niroli?

—Lo que proporciona a Hadiya su riqueza es lo que hay debajo de ese desierto —replicó Kadir secamente—. Además, hay muchas naciones occidentales que sacrificarían sus hermosos paisajes por las arenas de Hadiya… y su petróleo.

Kadir sabía que al Rey no le estaba gustando lo que le decía, pero no estaba dispuesto a arredrarse frente a su recién encontrado padre.

—Aquí en Niroli, cuando ciñas la corona, heredarás mucho más que riqueza —repuso el viejo rey—. Heredarás tu verdadero linaje. Nuestros súbditos ya se están congregando en la plaza según me ha dicho el Primer Ministro. Te darán la bienvenida, porque yo, su Rey,

te la doy a ti. Del mismo modo te reconocerán como su futuro Rey. Además, cuando sepan que te vas a casar con Natalia Carini, con mucho más entusiasmo. Yo la he escogido personalmente como tu futura esposa. Proviene de una familia muy respetada en la isla, Natalia vive y respira para Niroli. Ella te enseñará todo lo que tienes que saber sobre las costumbres de tu pueblo. Está muy unida a ellos y los comprende perfectamente.

La imagen que el Rey estaba pintando de su futura esposa no era exactamente la que pudiera despertar el deseo de un hombre. Sin embargo, no importaba que la deseara o no mientras fuera capaz de engendrar un hijo con ella. Ésas eran las reglas del juego. Sabía que no le importaba que no encontrara atractiva a Natalia Carini. Su matrimonio era un instrumento más para la continuidad de la dinastía, aunque le preocupaba que su padre no hubiera hecho ningún intento por presentarlos antes del anuncio oficial de su compromiso.

—No sé cuánto tiempo me queda y, por esa razón, he decidido que tu matrimonio con Natalia se celebre dentro de diez días. Ya está todo organizado.

Kadir frunció el ceño.

—¿No le parecerá algo sospechoso a la gente que nos casemos tan rápidamente?

—Si con eso te refieres a que puedan pensar que la has dejado embarazada, no es nada malo. Conozco a mi gente. Nada puede hacer que te acojan como su futuro Rey con más ganas que la perspectiva de que vayas a tener un hijo con una nirolesa.

Primero el matrimonio y luego los hijos. Kadir volvió a fruncir el ceño.

—Aún me quedan ciertos asuntos de los que ocuparme en Hadiya, deberes que tienen que ver con el traspaso de poderes a mi hermano menor y que requerirán mi presencia en Hadiya.

—Eso se puede solucionar fácilmente. En cuanto Natalia y tú estéis casados, podréis ir de luna de miel a Hadiya.

La conversación se vio interrumpida por la llegada del Primer Ministro.

—Majestad —dijo dirigiéndose al Rey—, es la hora. La gente ya abarrota la plaza y el príncipe Kadir aún tiene que cambiarse.

—¿De verdad espera que me ponga eso? —preguntó Natalia, observando con repugnancia el corsé de raso adornado con pedrería. Parecía más un instrumento de tortura que una prenda de vestir.

—El Rey desea que lo lleve. Es una copia del vestido que su primera esposa llevaba el día que se anunció su compromiso —replicó secamente la condesa—. Cree que cuando la gente la vea a usted así vestida, recordarán el amor que profesaban a la reina Sophia y que transferirán a usted ese amor.

Natalia escuchó aquella explicación con desaprobación, aunque debía admitir que se trataba de una maniobra muy acertada e inteligente.

El corpiño del vestido era tan apretado que casi no podía ni respirar. A continuación, le pusieron la estrecha falda. Ya había tenido que soportar una sesión de una hora con la peluquera, que le había recogido el cabello muy elegantemente en lo alto de la cabeza. Desgraciadamente, cuando Natalia se miró en el espejo no se reconoció.

De repente, alguien llamó a la puerta del apartamento. Cuando ésta se abrió, Natalia vio que la esperaba una pequeña escolta de la guardia de palacio.

Había llegado la hora de marcharse. En el momento en el que atravesara aquellas puertas, dejaría atrás a Natalia Carini para siempre. Cuando regresara a su apartamento, sería la prometida del príncipe Kadir de Niroli.

Kadir oía el murmullo de excitación en el exterior de palacio. Aquella sala en la que se encontraban, con el balcón que daba a la plaza, era, según su padre, el lugar en el que tradicionalmente los reyes de Niroli se dirigían a sus súbditos para darles buenas y malas noticias.

Las puertas del balcón estaban adornadas con la bandera de Niroli, el escudo de armas de la familia de su padre y también el de su madre. De repente, aquellas puertas se abrieron en medio de un estruendo de trompetas. Al salir al balcón, Kadir vio que se arrojaban a la plaza guirnaldas de flores y confeti mientras la orquesta tocaba el himno nacional. Todos los presentes manifestaban con gritos y aplausos su alegría.

El rey Giorgio dio un paso al frente y levantó las manos para pedir que los presentes guardaran silencio.

—Querido pueblo, os presento a mi hijo —anunció.

Natalia podía oír el fervor frenético de la multitud desde las sombras de la sala mientras esperaba a que la llamaran para ir a reunirse con el Rey y con su futuro esposo. Entre los que ocupaban la plaza, estaban su abuelo y otros miembros de su extensa familia. A

pesar de las viejas rencillas entre los dos hombres, tanto el rey Giorgio como su abuelo estaban unidos por el amor que sentían hacia Niroli.

A través de las puertas abiertas podía escuchar la voz de Rey, muy temblorosa en aquellos momentos. Natalia no sabía si era por la edad o por la emoción, pero sus palabras despertaron un rugido de aprobación entre todos los presentes.

—Siempre debemos escuchar que hay un propósito para todas las cosas —decía el Rey—. Cuando uno tras otro, vi cómo mis herederos perdían o renunciaban al trono, caí en la desesperación, por vosotros, mis súbditos, y por mi país, sin saber que el destino ya había elegido al que debía sucederme: el hijo que no sabía que tenía. Una relación fugaz dio lugar hace muchos años a su concepción, algo que se me ocultó hasta que su madre se lo confesó a él en su lecho de muerte. El príncipe Kadir ha renunciado a su derecho a gobernar Hadiya para aceptar la llamada de la sangre, mi sangre, vuestra sangre, pueblo de Niroli. Va a necesitar vuestra ayuda para gobernar tal y como os merecéis. Con esa finalidad, es un placer informaros también de que mi hijo, y vuestro futuro rey, el príncipe Kadir, contraerá matrimonio dentro de diez días con Natalia Carini, hija de Niroli.

Cuando los rugidos de aprobación se elevaron hacia el cielo, Natalia sintió que la condesa la empujaba suavemente. Automáticamente, dio un paso al frente y luego otro. El corazón le latía desbocadamente.

La brillante luz del sol, tras la penumbra del salón, la cegó momentáneamente al salir al balcón. El Rey estaba en el centro. Ella realizó una pequeña reverencia ante él. A sus pies, la multitud allí congregada no dejaba de vitorear su nombre.

—¡Natalia! ¡Natalia! ¡Tú eres la verdadera princesa de Niroli!

—Hija de Niroli —dijo el Rey—, dame la mano para que pueda unirla simbólicamente delante de nuestro pueblo a la mano y la persona de nuestro futuro rey, mi hijo el príncipe Kadir.

El Rey estaba tratando de tomar la mano de Natalia. Entonces, por primera vez, ella miró por encima del Rey y se fijó en su futuro esposo.

El mundo empezó a dar vueltas a su alrededor. «¡Es él, el hombre de Venecia!». Seguramente tenía que haber un error. No podía ser cierto…

La incredulidad se había apoderado de ella, arrebatándole el aire de los pulmones y oscureciendo la brillante luz del sol. Vagamente,

fue consciente de que las exclamaciones de júbilo se transformaban en un murmullo confuso de ansiedad cuando todos la vieron tambalearse y tropezar.

Natalia sólo podía fijarse en el hombre que iba a ser su esposo. A pesar del pesado uniforme de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de Niroli, resultaba evidente que era el mismo hombre con el que había mantenido relaciones sexuales en Venecia.

Una mano la agarró con fuerza por el codo para evitar que cayera. Un aroma masculino que recordaba perfectamente asaltó sus sentidos. La mirada de desprecio que él le estaba dedicando era suficiente para que el estómago le diera un vuelco.

—Mantén la compostura —le susurró al oído mientras fingía mostrar preocupación, hacia ella.

De algún modo, Natalia consiguió volverse a mirar a la multitud y sonreír mientras el Rey colocaba su gélida mano sobre la de su hijo y heredero, Kadir de Niroli, futuro rey y futuro esposo de Natalia.

—Pueblo mío —anunció emocionado el Rey—, os entrego a mi hijo y a su prometida, vuestros futuros reyes. Que sus vidas transcurran en gozoso servicio a nuestro país y que sean bendecidos con el don de los hijos, para que éstos transmitan nuestras tradiciones al futuro. Os pido que les entreguéis vuestra lealtad y vuestro amor, igual que ellos os entregan los suyos a vosotros. Pueblo mío, ¿aceptáis al príncipe Kadir como vuestro futuro rey y a la que se convertirá en su esposa, Natalia, como vuestra reina?

—¡Sí! —rugió la multitud como si se tratara de una única voz.

La aclamación resonó en toda la plaza como si se quisiera transmitir el mensaje hasta el último rincón de la isla. Natalia se sentía abrumada por la íntima conexión que sentía con la multitud que se había congregado en la plaza. Después de todo, era una de ellos. Había nacido entre ellos y crecido a su lado. Se prometió que, en lo sucesivo, se dedicaría a su servicio y al de su país.

Todos los presentes estaban locos de alegría, pero Natalia tardaba en asimilar la magnitud de lo que acababa de ocurrir. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo era posible que el hombre al que se había entregado en Venecia fuera a ser su futuro esposo?

Al mirarlo, vio que se acercaba a ella. Instintivamente retrocedió, pero Kadir le agarró una mano y con sus ojos verdes le lanzó una airada mirada de advertencia. Entonces la fría boca de él rozó la suya como si así quisiera sellar la prisión en la que ella, sin

oposición alguna, se había dejado encerrar.

—Una cosa más… —decía el Rey—. Como prueba del placer que nos causa que Natalia vaya a convertirse en la esposa de mi hijo, deseo hacerle entrega de este regalo públicamente.

La condesa y el Primer Ministro se acercaron con un joyero y lo abrieron delante del Rey. Los rayos del sol se reflejaron en los diamantes que había en su interior con tanta potencia que a Natalia le dolieron los ojos al mirarlo.

—Estos diamantes fueron mi regalo a mi adorada esposa, la reina Sophia —explicó el Rey emocionado—. Desde su muerte, han estado guardados, ya que me resultaba imposible vérselos a nadie. Hasta ahora. Creo que es adecuado y justo que los luzca la prometida de mi hijo, Natalia.

Obedientemente, ella inclinó la cabeza y se echó a temblar al sentir el frío y el peso del collar de diamantes contra su piel.

—Kadir —añadió el Rey, indicándole a su hijo el enorme anillo de diamantes que acompañaba a las pulseras y a la tiara.

Al tomar el anillo, Kadir volvió a mirarla. En sus ojos verdes había tal desprecio y rechazo que Natalia lo experimentó como si fuera algo físico.

A pesar de todo, ella extendió la mano. Sus dedos, largos y esbeltos, tenían un aspecto inusualmente delicado contra la palma de la mano de Kadir. Temblaba tanto que él tuvo que agarrársela con fuerza, trasmitiéndole el rechazo que le provocaba el contacto físico con ella. Natalia sintió que el rostro le ardía. Deseó tener el valor de darse la vuelta y marcharse, pero ya era demasiado tarde Kadir le había colocado el anillo y estaba enseñando la mano de su prometida a todos los presentes.

El rugido de aprobación fue ensordecedor. El Rey tenía un aspecto triunfante, pero Natalia no se atrevía a mirar a Kadir. ¿Cómo se sentiría él? Sentía una fuerte opresión en el corazón al pensar en lo que se le venía encima. Sin embargo, ya era demasiado tarde para lamentarse. No tenía explicación alguna para lo ocurrido, ni medio alguno para que resultara más fácil digerirlo. A menos que le dijera la verdad. ¿Qué verdad? Que se había sentido demasiado abrumada por el deseo como para que le importara ninguna otra cosa. Seguramente, en tanto que futuro esposo, le gustaría escuchar aquella noticia.

Seis

¿Cuándo iba a terminar todo aquello? Cuando la condesa le había explicado que habría una recepción tras el anuncio en el balcón, Natalia no se había imaginado que tendría que permanecer al lado de su futuro esposo durante tanto tiempo. Tenía la cabeza a punto de estallar y casi no se podía mover por el vestido que llevaba y el peso de las joyas que el Rey acababa de regalarle. Si hubieran sido dos desconocidos, como se suponía que eran, no habría sido tan malo…

No había necesidad de que Kadir le dijera lo que pensaba de ella. Todo había quedado muy claro con las miradas de hostilidad que le había lanzado durante la recepción. ¿Qué derecho tenía él a juzgarla, qué podía reprocharle? ¿Qué era lo que hubiera hecho ella que no hubiera hecho también él? Desgraciadamente, sabía que en una situación como aquella, no se podían aplicar los derechos de igualdad. En un matrimonio como el suyo, existía una gran diferencia entre las reglas de moralidad que se aplicaban a hombres y mujeres.

Históricamente, los hombres, con poder y posición se casaban con mujeres vírgenes para garantizar que los niños que nacerían posiblemente nueve meses después de la consumación del matrimonio fueran de ellos. La importancia del primogénito… A pesar de los cambios que habían tenido lugar en el mundo en los últimos años, las viejas creencias seguían demasiado arraigadas en algunos hombres como para que pudieran desaparecer o incluso suavizarse un poco. En la cultura de la que provenía Kadir, significaba mucho más que en la mayoría. Su orgullo exigiría que la mujer con la que contrajera matrimonio y con la que engendrara hijos fuera suya exclusivamente. Natalia estaba por completo segura de ese detalle. Su error no era tanto lo que había hecho, sino que no había pensado más detenidamente en las expectativas y el modo de pensar del hombre que sería el próximo rey de Niroli, de dejarse llevar por un arrebato de lealtad emocional hacia su país.

Se acababa de dar cuenta de que el suyo sería un prosaico matrimonio de conveniencia entre dos personas que comprenden las creencias y objetivos del otro. Aunque no hubiera ocurrido lo de Venecia, ella jamás habría sido la clase de mujer que Kadir desearía como esposa. Frunció los labios con desprecio al pensar en un hombre al cual en aquellos momentos consideraba un ser débil en todos los sentidos que más le importaban. Se trataba de un ser demasiado apegado a las creencias tradicionales, tanto que consideraba que era una humillación tomar como esposa a una mujer que había sido «utilizada» por otro hombre.

Ella, por su parte, estaba orgullosa de lo que era, de todo lo que había aprendido a lo largo de su vida, tomando sus propias decisiones y aprendiendo de ellas. Hasta lo ocurrido en Venecia, jamás había mantenido una relación de la que se hubiera lamentado o de la que se hubiera sentido avergonzada. Era una mujer madura y moralmente era el único juez que creía que necesitaba, perfectamente capaz de controlar su propio comportamiento sexual, que sabía instintivamente lo que era bueno para ella y lo que no lo era. Siempre había creído que negar su sexualidad era tan pecaminoso como ser promiscua. ¿Cómo iba a ser esto último cuando llevaba tantos años de abstinencia? La única vez que había transgredido las estrictas reglas de moralidad que ella misma se había impuesto había sido la noche en la que se produjo el breve encuentro con Kadir. Sin embargo, ¿cómo iba a hacérselo comprender y creer, tal y como debía hacerlo, por el bien de su matrimonio y de Niroli? Allí estaban, al lado el uno del otro, saludando a los invitados que habían llegado para conocerlos, unidos por la mano del Rey y por el pesado anillo que ella lucía, por las expectativas del pueblo de Niroli y, no obstante, divididos ya por la sospecha, el engaño, la desconfianza y actitudes hacia la vida que eran mundos aparte.

Kadir se sentía aprisionado por el rígido cuello de la guerrera que llevaba puesta. La prenda le resultaba extraña y agobiante comparada de la flexibilidad y amplitud de las túnicas árabes que solía vestir en los actos oficiales en Hadiya. Sobre todo, se sentía vestido para tomar parte en una farsa, representando un papel impuesto a su persona por las expectativas de los demás, más que estar viviendo una parte muy importante de su vida.

Las indagaciones que había hecho sobre Niroli después de la devastadora confesión de su madre le habían revelado una isla con potencial suficiente para desempeñar un papel de vital importancia a nivel mundial. Geográficamente, su posición era única. El mundo estaba cambiando. Los antiguos poderes daban paso a los nuevos. Hombres con perspectiva podían conseguir que el diminuto país renaciera de nuevo. Había aprendido mucho estudiando la historia de su propio país y de Oriente Medio en general, y quería que su esfera de influencia en el futuro llegara mucho más allá de las fronteras de Niroli. Para ello, necesitaba una esposa que comprendiera aquello perfectamente, una esposa que, tal y como era su deber, le proporcionara hijos de los que él pudiera estar seguro de que eran suyos, no una mujer que se entregaba a cualquier hombre que despertara su deseo, una mujer que podía despertar su lujuria con tanta facilidad.

Kadir sintió que la ira volvía a apoderarse de él al revivir el momento en el que su futura esposa había salido al balcón para presentarse. Su futura esposa era una prostituta, peor aún… Se entregaba por nada más que por su propio placer. Una prostituta al menos ponía un precio a su cuerpo. Cada vez que pensaba en la forma como se había olvidado de su matrimonio para entregarse a un desconocido sentía deseos de abalanzarse sobre ella y arrancarle los diamantes de cuello y mano, la ropa y presentarla ante todos como lo que era realmente.

¿Cuántas veces se habría escapado de Niroli para tener un acceso más fácil a los hombres, tal y como había hecho con él? ¿Cuánto tiempo tenía planeado esperar después de su matrimonio para volver a hacerlo?

Por supuesto, era impensable que su padre, el Rey, supiera la verdad sobre ella. Si lo hubiera sabido, jamás la habría considerado como posible esposa para su futuro heredero. Lo último que deseaba era casarse con ella, pero las potenciales complicaciones si se negaba a hacerlo eran demasiado grandes. Allí era un desconocido, un extranjero que debía demostrar quién era y ganarse la aceptación de los isleños. Si rechazaba a una de los suyos, todos lo considerarían un insulto, por muy justificada que estuviera su decisión. No, tendría que casarse con ella si quería Niroli. Y Kadir sabía perfectamente que así era.

Por fin, los últimos invitados empezaron a dirigirse hacia la puerta, observó Natalia. Kadir estaba charlando animadamente con su padre, pero hacía como si ella no existiera. ¿Deliberadamente? ¿Acaso tenía que preguntárselo? Durante el tiempo que había durado la recepción, había podido pensar en la realidad de su futuro y lo imposible que iba a resultarle vivirlo.

En aquel momento, vio que la condesa se dirigía hacia ella, sin duda para sugerirle que había llegado el momento de que se retirara.

La etiqueta de la corte de Niroli permanecía anclada en las costumbres de principios del siglo XIX, cuando los hombres tenían que esperar a que las mujeres se hubieran retirado para poder hablar y comportarse a sus anchas. A juzgar por los que quedaban en aquellos momentos en el grandioso salón de recepciones, la conversación iba a girar en torno a la futura fuerza política de Niroli y a la Familia Real.

La condesa había llegado al lado de Natalia y estaba esperando.

—¿Qué debo hacer con esto? —preguntó Natalia a la condesa, mientras se tocaba suavemente el collar de diamantes.

—El Rey ha dejado muy claro que desea que le pertenezca —respondió la condesa—. Representa un buen comienzo para la colección de joyas que necesitará como esposa del príncipe Kadir. Por supuesto, una vez que él sea rey, tendrá acceso a las joyas de la Corona de Niroli y me atrevo a decir que cuando la lleve a Hadiya le regalará alguna de las joyas que pertenecieron a su difunta madre. Por supuesto, usted también recibirá joyas como regalo de los dirigentes de otros países por su matrimonio, pero, por el momento, si está usted lista para retirarse…

Natalia asintió con la cabeza y esperó a que la condesa la acompañara hasta el lugar en el que se encontraba el Rey para que ella pudiera cumplir con la formalidad cortesana de pedirle su permiso para poder retirarse.

Acababa de concedérselo y Natalia se disponía a marcharse cuando Kadir interrumpió la conversación con su padre para decir secamente:

—Me gustaría tener unos minutos para poder charlar en privado con mi futura esposa.

—Alteza, se ha establecido en el horario de mañana que usted y la señorita Natalia dispongan de una hora de paseo público —dijo el Primer Ministro.

Kadir negó con la cabeza.

—Hay asuntos de los que deseo hablar en privado con mi prometida. ¿Podría acompañarla a su apartamento si mi padre me da el permiso que necesito?

El rey Giorgio se echó a reír y agarró a Kadir por el brazo.

—Te pareces a mí, no hay duda de que ere mi hijo. En tu lugar, a mí también me gustaría estar a solas con mi futura esposa.

—Majestad, doña Natalia aún lleva puestas las joyas de la reina Sophia… —intervino la condesa.

—No creo que mi hijo vaya a robárselas —replicó secamente el Rey— Tienes mi permiso para acompañar a Natalia a su apartamento, Kadir.

El Rey había malinterpretado la razón del comentario de la condesa sobre las joyas, pero él no tenía que llevar el pesado collar ni sentirse oprimido por el ceñido corsé. Por las miradas que todos estaban intercambiando, parecía que pensaban que Kadir planeaba dejarse llevar por un encuentro íntimo con su prometida, aunque, por supuesto, Natalia sabía que no era así. Colocó las yemas de los dedos

sobre el brazo que Kadir había extendido y permitió que él la acompañara hasta la salida.

Natalia estaba empezando a acostumbrarse al hecho de que su nueva vida implicaba verse casi siempre rodeada de otras personas. Dos guardias uniformados se pusieron firmes cuando salieron por la puerta y un criado con librea se aplastó contra la pared para cederles el paso.

—Mis doncellas estarán esperando en mi apartamento para ayudarme a desvestirme —dijo a Kadir sin volver la cabeza para mirarlo—. Por lo tanto, si quieres hablar conmigo de algo en privado, será mejor que lo hagas ahora.

—¿Acaso no es evidente lo que quiero decirte? ¿No te parece que quiero que me des una explicación de lo ocurrido?

—Mi comportamiento de antes de que nos conociéramos hoy como pareja no tiene efecto alguno sobre nuestro matrimonio —le espetó ella, esperando sonar más segura de sí misma de lo que se sentía—. No tienes derecho alguno a pedirme una explicación por lo ocurrido ni yo tengo la intención de dártela. Soy dueña de mi propia vida.

—Hablas con desparpajo sobre tu deplorable actitud. Seguramente, eso indica que has contado muchas mentiras a lo largo de los años para ocultar tu falta de moralidad. Si hubiera sabido que estabas…

—Lo que soy ahora es lo que siempre he sido, abierta y sincera. Mi cuerpo es mío y puedo entregarlo como me venga en gana Mi único error, tal y como yo lo veo, no fue mi deseo sino mi falta de juicio a la hora de elegir a mi pareja —le espetó ella.

—Por supuesto te habrías comportado de un modo diferente si hubieras sabido quién era yo.

—Eso no es lo que he dicho y ciertamente no es lo que siento. Mi falta de juicio fue no darme cuenta de lo poco que me mereces. Quieres que me sienta avergonzada, que te permita culparme por un delito imaginario contra ti porque tú consideras que lo he cometido. Mí delito, si es que lo hay, es contra mí misma por no haber reconocido que una mujer con mi independencia y mi modo de ver la vida no puede tener relación con un hombre como tú.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Tú, que te has comportado como ninguna mujer con moralidad se habría comportado nunca.

—¿Ninguna mujer con moralidad? ¿Y qué sabes tú de esa clase de mujeres? Nada. Lo único que tú quieres de una mujer es su

obediencia y sumisión. La moralidad de una mujer es un pacto que realiza consigo misma y depende exclusivamente de ella. Sólo ella sabe dónde están los límites. En el pasado mi sexualidad dependía de mí misma y de los que yo eligiera para compartirla. Nuestro compromiso marca un punto de inflexión en mi vida. A partir de ahora, mi «moralidad» me obliga a considerar mis propios deseos junto con las restricciones que me impone el papel público que muy pronto voy a desempeñar como esposa del futuro rey de Niroli. En ese papel, yo tengo una serie de deberes hacia el pueblo de Niroli y hacia su Corona. He sido yo quien ha elegido aceptar esos deberes y esas restricciones.

—Si estás tratando de decirme que lo que vi en Venecia fue una aventura final, una experiencia sexual destinada a satisfacer tu apetito durante el resto de nuestro matrimonio, déjame que te diga que no me lo creo. Aunque así fuera, para mí no hay excusa. Una mujer que se comporta como tú lo hiciste jamás puede resultar satisfactoria como madre y esposa.

Aquello era demasiado.

—¡Qué típico que tengas que ser tú el que me juzgue a mí sexualmente! La capacidad de una mujer para experimentar deseo sexual no tiene nada que ver con su capacidad para ser buena madre o esposa. Nada. Si tú fueras la mitad del hombre de lo que te crees, lo sabrías sin que yo te lo dijera. El Rey me dijo que querías gobernar Niroli porque creías que tu conciencia no te permitiría hacerlo con el pueblo de Hadiya. Me dijo que querías implantar un estilo de gobierno más moderno y actual de lo que allí sería posible. Me dijo que estabas dispuesto a aprender de mí lo que es Niroli, pero, evidentemente, nada de eso es cierto. Sin embargo, tienes el valor para presentarte delante de mí y acusarme de engaño.

—¿Te atreves a acusarme…?

—Me atrevo a hacer lo que tenga que hacer por mi país. Ésa es la única razón por la que me voy a casar contigo —dijo Natalia en tono desafiante.

—¿La única razón? —replicó él mirándola con desprecio—. ¿Y qué me dices del traje de alta costura y los diamantes que llevas puestos?

—¿Acaso crees que los quiero? No significan nada para mí. No, eso no es cierto. Lo que representan estas cosas para mí es el modo en el que los pobres deben trabajar casi por nada para que los ricos puedan adornarse. Dices que yo te he engañado. Bien. Yo podría hacerte la misma acusación. Tú no eres el hombre con el que yo creía

que iba a casarme, el que creía merecedor de ser el padre de mis hijos.

—¿Te atreves a decirme eso? —rugió él, agarrándola con fuerza del brazo y atrayéndola violentamente hacia sí—. Antes de que nuestro matrimonio se consume, te pediré que me des pruebas de que no estás embarazada de otro hombre.

—Eso sería imposible, dado que el último hombre, el único hombre con el que he estado en mucho tiempo, con el que he tenido intimidad, has sido tú.

—¿Esperas que me lo crea?

—¿Por qué no cuando es la verdad? Se te da muy bien pedirme explicaciones por mi comportamiento, pero tú eres igual de culpable —le recordó.

Natalia se dio cuenta de lo poco que le había gustado aquel comentario a Kadir se sentía cansada y emocionalmente muy vulnerable. Una parte de ella anhelaba poder tomarle la mano y decirle lo mucho que deseaba poder ser sincera con él, poder decirle que había sido él quien la había empujado a comportarse de un modo tan poco característico en ella. ¿Podría hacerlo?, ¿podría correr ese riesgo y suplicarle que les diera a los dos la oportunidad de volver a empezar, de poder decirle abiertamente lo físicamente deseable que le parecía? Estaban a punto de convertirse en marido y mujer. La esperanza se apoderó de ella. Seguramente merecía la pena que se guardara su orgullo y se lo dijera, que se sincerara con él…

—Soy un hombre. Hace ya varias semanas desde la última vez que estuve con mi amante…

Tenía una amante. Natalia se sintió como si le hubieran echado un jarro de agua fría por la cabeza. Tenía una amante. Por supuesto, ¿cómo no se le había ocurrido antes?

—¿De verdad? —replicó, tratando de disimular su contrariedad —. Bueno, pues estoy segura de que estará encantada de saber que has pasado ninguna frustración sexual mientras has estado alejado de ella.

Kadir lanzó una maldición en voz baja. ¿Por qué tenía que sentirse molesto porque ella dijera algo sobre Zahra cuando la relación entre ambos ya había terminado? Kadir se había impuesto su propio código moral y éste no incluía tener una amante cuando estaba recién casado. Al menos, había tenido la intención de establecer una relación sexual adecuada con su esposa, aunque reconocía abiertamente que lo más probable era que no hubiera pasión ni deseo verdadero entre ellos.

El destino debía de estar riéndose de él por la broma que le había gastado. No había manera de que pudiera establecer una relación sexual estable y cómoda con Natalia. En cuanto a lo de la pasión y el deseo…, no sentía ninguna de las dos cosas hacia ella. Lógicamente, lo más probable era que se hubiera visto empujado a poseerla de aquel modo porque llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer. Eso era todo, nada más. Nada personal, nada que significara que pudiera desear a Natalia.

El intenso e insoportable dolor que Natalia sentía en su interior no podía ser porque Kadir le hubiera dicho que tenía una amante. Imposible…, y mucho menos después de saber la opinión que tenía de ella. No podía aceptar ni soportar un matrimonio en el que ella deseara a un hombre que sólo sentía desprecio por ella. No podía correr el riesgo de que aquello ocurriera. Era mejor terminarlo para siempre, así ella podría rehacer su vida, aunque fuera lejos de Niroli si era necesario.

—Mira, ¿qué te parece si nos salvo a ambos de una situación que ninguno de los dos queremos? —preguntó a Kadir—. He cambiado de opinión. No tengo intención de casarme contigo. Se lo diré a la condesa mañana por la mañana y le pediré que informe a…

—¡No! —exclamó Kadir con una vehemencia que le sorprendió incluso a él mismo—. No, no harás tal cosa. Te casarás conmigo y harás lo que yo diga.

No era porque la deseara, eso nunca. Lo hacía por Niroli y por el futuro. Por eso Natalia tenía que convertirse en su esposa. El rey Giorgio se había quedado ya sin muchos herederos y él no iba a darle motivos para desheredarlo a él también.

—Estamos en Niroli, no en Hadiya —afirmó ella—. Tal vez te hayan proclamado príncipe heredero de Niroli, pero aquí no rige el poder absoluto. Niroli es una democracia, tenemos leyes que protegen los derechos de las personas. El matrimonio forzado no ocurre en este país.

—Te casarás conmigo —repitió él, como si Natalia no hubiera hablado—. Si no lo haces, le diré a todo el mundo que soy yo el que te repudia por tu comportamiento.

Natalia estaba atrapada. Tal vez no le importara lo que él pudiera contar al mundo, pero no podía permitir que su abuelo sufriera. Se sentiría desilusionado y herido; y no sólo eso, la humillación para el anciano sería pública.

—Te casarás conmigo y, desde ahora hasta el día en que concibas a mi hijo, no te perderé de vista. Me aseguraré de que te

vigilan día y noche para que no puedas retozar con otro y luego terminar colocándome tu bastardo a mí. Dado que es necesario que yo tenga herederos, lo mejor que puedes esperar es que te quedes embarazada lo antes no posible… una vez que dé por terminado nuestro mes de abstinencia. Tengo que estar seguro de que no llevas ya en tus entrañas el bastardo de otro hombre.

La soltó tan repentinamente que Natalia se tambaleó y terminó chocándose contra la pared del pasillo. Sentía un fuerte hormigueo en el brazo por el que él la había sujetado, la circulación sanguínea comenzaba a recuperarse.

Siete

Natalia contempló con desolación su habitación. Aquel día, algo más tarde, Kadir realizaría su declaración formal de fidelidad a Niroli y al Rey y, por su parte, el Monarca lo nombraría Príncipe Heredero. A la mañana siguiente, ella se casaría con Kadir en la catedral de Niroli y, dos días después, se marcharían a Hadiya para pasar su luna de miel.

Aquella noche, como todas desde el día en el que se había anunciado su compromiso, nueve días atrás, dos guardias se apostarían en las dos salidas posibles de su apartamento. Era una formalidad de cuya necesidad Kadir había logrado convencer a la condesa. Durante el día, jamás estaba a solas. La condesa, una de las doncellas o incluso el propio Kadir estaban a su lado. La condesa le había explicado que a Kadir le preocupaba que su nueva posición fuera una carga demasiado pesada para ella y, en consecuencia, le había pedido que siempre hubiera alguien a su lado para ayudarla. Las doncellas parecían creer que sin ellas no podía ponerse los complicados modelos de alta costura que Kadir le había pedido que vistiera, en vez de las prendas más sencillas que ella prefería. Lo peor de todo era cuando Kadir entrelazaba su brazo con el de ella como si se tratara de un tierno y solícito prometido, y le pedía que lo acompañara a los jardines de palacio para dar un paseo y que ella pudiera hablarle de la historia de Niroli.

Una parte de ella, la más débil, la que más despreciaba ella, ansiaba poder quedarse embarazada inmediatamente para poder escapar de aquel agobiante control. Sin embargo otra, la más fuerte, odiaba la idea de traer un niño indefenso al mundo en aquellas circunstancias y ansiaba poder encontrar un modo de escapar a aquel matrimonio.

A su regreso de la luna de miel, los dos compartirían los apartamentos reales que, tradicionalmente, ocupaba el príncipe heredero. Kadir y ella iban a ir a inspeccionarlos junto con el interventor de la Casa del Rey.

¿Era aquello lo que había aceptado a cambio de su libertad? Un matrimonio basado en la sospecha y la desconfianza con un hombre que la despreciaba tanto o más de lo que ella lo despreciaba a él. Los ideales que la habían empujado a acceder a aquel matrimonio habían pasado a convertirse en una nadería. Las promesas que se había hecho a sí misma de servir a su esposo y a su pueblo se habían convertido en algo completamente vacío.

—¿Cuándo fueron redecoradas estas habitaciones por última vez?

A Natalia le sorprendió mucho que Kadir formulara esa pregunta. No parecía propio de él preocuparse de algo tan trivial.

—Se decoraron por última vez cuando vino a ocuparlas el fallecido hijo del Rey y su familia.

Natalia se preguntó si aquello explicaba la tristeza que parecía reinar en aquellas salas vacías. El heredero del Rey, el hijo de la reina Sophia, había muerto en trágicas circunstancias y, antes de su muerte, había tenido que sufrir el trauma del secuestro de uno de sus dos hijos gemelos.

Uno de ellos, el que había permanecido con sus padres, el príncipe Marco, era feliz en aquellos momentos, casado con su esposa inglesa, pero admitía que su infancia había sido sombría y difícil y que, durante su vida adulta, se había sentido alienado por el peso de sus obligaciones. Por eso había renunciado al trono. Natalia no quería que sus hijos sufrieran el mismo destino. El peso de las responsabilidades como príncipes podía ser muy pesado si no se veía aligerado por el amor y la cercanía de la familia. Ella quería que sus hijos crecieran libres y felices.

La habitación en la que se encontraban en aquellos momentos tenía ventanas que daban a un patio interior privado, por un lado, y al mar por el otro. Natalia se volvió al interventor y, por primera vez, se dirigió a él directamente.

—¿No podríamos tener habitaciones con vistas a la ciudad?

El interventor frunció el ceño.

—Claro que las hay, pero, tradicionalmente, los miembros de la Familia Real han preferido tener vistas que les proporcionaran intimidad.

—¿Qué es lo que tienes en mente? —preguntó Kadir.

—Un día, nuestros hijos serán los encargados de llevar a Niroli hacia el futuro —respondió Natalia—. ¿Cómo van a poder hacerlo si miran hacia otro lado para no ver a nuestro pueblo? ¿Cómo van a comprender y a apreciar lo que significa Niroli si jamás ven cómo vive la gente? De niña, yo recorría la ciudad libremente, explorándola. Conozco la ciudad hasta el punto de que podría recorrer sus calles con los ojos tapados. En mi opinión, amar un país es algo que un niño aprende de sus padres. Comprenderlo y conocerlo es algo que sólo

pueden aprender por experiencia propia.

Decidió que había dicho demasiado. Seguramente, había ofendido con sus palabras a Kadir.

—Por supuesto, es Su Alteza quien tiene que elegir el lugar en el que van a vivir —dijo al interventor con aire cansado—. Yo me dejaré llevar por lo que elija.

—Creo que mi futura esposa tiene razón. Yo mismo sé muy poco de mi nuevo país. Un hombre que mira mucho hacia el interior aprende mucho de sí mismo pero muy poco de otros. Un rey debe aprender todo lo que pueda sobre los demás y sobre sí mismo. Si hay habitaciones disponibles con vistas hacia la ciudad…

Natalia se quedó completamente atónita. Kadir estaba de acuerdo con ella, la apoyaba. Se trataba de una semilla, de algo muy frágil pero valioso a la vez, y se había abierto en su corazón dando lugar a la aparición de la esperanza. Se volvió para mirar a Kadir, pero, él había girado la cabeza hacia otro lado.

—También es mi deseo que mi esposa y yo compartamos la misma cama en vez de ocupar habitaciones separadas —dijo él al interventor—. Después de todo, nuestro deber es proporcionar a Niroli la siguiente generación de herederos.

—El estado del matrimonio cuenta con la aprobación del Señor y es la base de la vida familiar en la que nacen los hijos…

Natalia se tensó bajo el peso del vestido de novia y del velo. El cubre vestido de encaje de Valenciennes había sido realizado para el vestido de novia de la reina Sophia. El tiempo no había mermado en nada su belleza y aparecía magnífico sobre el vestido dorado que ella llevaba debajo.

Siempre había tenido la intención de no casarse de blanco. Era una mujer, no una muchacha, una mujer orgullosa de su trayectoria. Si Kadir no era lo suficientemente hombre como para aceptarlo, si había sentido la necesidad de girarse para mirarla con cinismo cuando ella se reunió a su lado frente al altar era problema de él. Natalia sentía que su conciencia estaba completamente tranquila.

¿Lo estaba? Si se hubiera quedado embarazada en Venecia… ¿Cómo iba a ser eso posible si Kadir había utilizado un preservativo?

Kadir iba ataviado con un uniforme blanco con jarreteras doradas que, en vez de parecer ridículo, adquiría en él su verdadera dimensión histórica. Antiguamente, el rey y sus herederos debían salir al campo de batalla para conducir a sus ejércitos a la victoria Natalia podía imaginarse fácilmente a Kadir en ese papel, aunque esperaba

que ellos sus hijos pudieran desempeñar un papel relevante a la hora de mantener la paz en e mundo. ¿Por qué le gustaba imaginárselo en el papel de guerrero? Tal vez porque el instinto le decía que él podía protegerla y, más importante aún, proteger a sus hijos… Natalia se obligó a mirar hacia delante.

—Os declaro marido y mujer.

Natalia se quedó atónita al descubrir que se veía obligada a parpadear para que no se le cayeran las lágrimas cuando las notas del Ave María llenaron la catedral y Kadir se llevó su mano a los labios.

Ya estaba, se había convertido en su esposa. El compromiso de Natalia con su país y con el futuro de éste debía anteponerse a todo lo demás.

Natalia ya era su esposa. La mujer a la que su intelecto le pedía que despreciara, pero a la que su cuerpo deseaba en las horas oscuras y vacías de la noche.

¿De dónde había salido esa idea? Sí, podía haber habido una noche, tal vez dos, en las que, como cualquier otro hombre, se hubiera despertado ansiando la compañía de una mujer, pero eso no significaba que deseara a Natalia Carini. Se recordó que ya no era Natalia Carini, sino la princesa Natalia. Su esposa, su compañera en aquella nueva vida, una vida que seguramente había elegido para evitar reconocer la difícil relación que tenía con el que, hasta hacía muy poco, había creído su verdadero padre.

¿Cuántos años tenía cuando se dio cuenta de que el hombre al que había creído su padre no lo quería y que nada de lo que hiciera obtenía nunca el reconocimiento que su padre tan afectuosamente le daba a su hermano pequeño? ¿Ocho años, seis? En cualquier caso, era lo suficientemente mayor como para comprender que lo estaban rechazando y, al mismo tiempo, demasiado joven para no sufrir por ello.

Aún recordaba y sentía la ansiedad de su madre mientras permanecía en las sombras del patio donde jugaban los dos niños. En el momento en el que su padre entraba en el patio, su madre llamaba a una doncella par que se lo llevara a él, dejando a sus padres a solas con su hermano pequeño.

Sus protestas siempre habían recibido una explicación muy racional. Él era el mayor y tenía deberes que hacer, mientras que su hermano era solo un bebé. Kadir se esforzaba todo lo que podía para recibir la atención y la aprobación de su padre mientras que su madre

se esforzaba todo lo que podía por mantenerlos separados.

—Lo hice por tu bien —le contó—. Para protegerte porque temía que él te mirara y viera claramente que no eras su hijo.

Por supuesto, todo eran mentiras. Su madre lo había hecho para protegerlo, pero también para ocultar su vergüenza y protegerse a sí misma. Kadir no había tardado en comprender que eso era lo que hacían las mujeres. Mentían para protegerse y, además, fingían que sus motivos eran altruistas. Un hombre no debía dejar que las mujeres lo engañaran y él, desde luego, no tenía intención de permitir que Natalia arruinara la posición que había adquirido allí, en Niroli. Por fin comprendía por qué su padre, tan a menudo e injustamente, había cuestionado su capacidad para gobernar Hadiya. Su madre afirmaba que su esposo jamás había sabido que él no era su hijo, pero Kadir no estaba convencido. Tal vez el jeque no hubiera tenido nunca pruebas de que no lo había engendrado, pero estaba seguro de que había albergado sospechas. Eso jamás le iba a ocurrir a él. Ningún niño que creciera con su apellido tendría nunca motivos para dudar de su amor o para estar totalmente seguro de que él lo había engendrado.

Iban a pasar la noche de bodas en su apartamento. A la mañana siguiente, se marcharían a Hadiya de luna de miel. Natalia estaba de pie, quieta y callada, en medio de su enorme vestidor, mientras sus doncellas le quitaban el vestido de novia. Fueran cuales fueran las circunstancias, era normal que sintiera una cierta aprensión sobre lo que le esperaba aquella noche. Tal vez tuviera edad suficiente como para no mostrarse sentimental sobre las relaciones sexuales, pero estaría mintiendo si trataba de fingir que no había una parte de ella que ansiaba experimentar la cercanía e intimidad de una relación sexual presidida por el amor, en la que las dos partes estaban totalmente comprometidas la una con la otra, y que le dolía saber que jamás iba a disfrutar de algo así.

A pesar de que no se consideraba ni una soñadora ni una idealista, había terminado por comprender que ni Kadir ni ella se unirían en lo que había creído que sería su compromiso conjunto: Niroli.

Cuando las doncellas terminaron, les dio las gracias y les pidió que se marcharan. Se sentía desilusionada y enojada consigo misma… y con Kadir.

En un extremo del vestidor estaba su cuarto de baño privado. Al otro lado del dormitorio, se encontraban el vestidor y el cuarto de baño privado de Kadir. No quería pensar en lo que éste estaría

haciendo para prepararse para la que iba a ser su primera noche juntos. ¿Seguía decidido a esperar un mes después de lo de Venecia, antes de consumar su matrimonio?

Decidió no hacerse ilusiones. Sabía que él había hablado en serio cuando le dijo que la vigilaría día y noche hasta que se quedara embarazada. ¡Qué amargo e irónico resultaba considerando los largos años de celibato de Natalia! Un celibato roto sólo por el abrumador deseo por un hombre: Kadir.

Desde el principio les había dejado muy claro a sus doncellas que le gustaba bañarse sola. Por eso, se sorprendió mucho cuando entró en su cuarto de baño y vio el champán enfriándose en una cubitera. ¿Sería para calmarle los nervios? ¿De quién había sido la idea?

Se duchó en vez de darse un baño, se secó y, tras ponerse un albornoz, se dispuso a entrar en el dormitorio.

Alguien había abierto la cama y había encendido las lámparas de la mesa de noche. Otra botella de champán se enfriaba junto a la cama.

Natalia observó el lecho vacío y respiró profundamente. Retiró las sábanas para meterse en la cama y esperar a su esposo.

Dos horas más tarde, seguía esperando. Oyó ruido en el vestidor de Kadir, las voces de el y de su ayuda de cámara. Luego, silencio. Tras aquellos momentos de tensión tuvo que reconocer la innegable verdad: Kadir no tenía intención de pasar la noche de bodas con ella. Tendría que pasarla sola.

Si hubiera tenido diecinueve años, aquel comportamiento podría haber hecho que se sintiera rechazada, pero no era así. No tenía intención de que Kadir jugara con ella y ganara. Se negaba a sentir dolor por aquel desprecio.

Ocho

Natalia creía que estaba acostumbrada al calor, pero el de Niroli no era nada comparado con el aire abrasador que los recibió a su llegada a Hadiya La sensación era la misma que la de estar frente a la puerta abierta de un horno.

Allí al menos, en los apartamentos privados que se le habían asignado a Natalia en el ala de las mujeres del Palacio Real de Hadiya, la arquitectura aprovechaba al máximo cualquier brisa, en especial en el hermoso patio.

Esa mañana se había despertado con el aroma de las rosas que procedía de ese patio mientras sus oídos se llenaban del suave tintineo del agua de las fuentes y del aleteo de las palomas. Todos los aspectos de aquel apartamento estaban diseñados para llenar los sentidos, incluso el café que estaba disfrutando en aquellos momentos a la vez admiraba todo lo que la rodeaba y reflexionaba sobre lo que había ocurrido desde su llegada a Hadiya la noche anterior.

Si era sincera consigo misma, tenía que reconocer que le había sorprendido lo poco europeas que eran las costumbres del pequeño país. Por supuesto, no había podido asistir a la recepción oficial que se había celebrado para dar la bienvenida a Kadir como príncipe heredero de Niroli. Ella había tenido que conformarse con observarlo todo a través de la celosía que separaba la zona de las mujeres de la fiesta que su hermano había organizado en honor de Kadir.

También le parecía extraño que los súbditos de Hadiya tuvieran, en teoría, libertad de asistir a la celebración y hacerle preguntas a su dirigente. La joven a la que se había adjudicado la tarea de ser la guía de Natalia en cuestiones de protocolo le había explicado que, desde hacía unos años, todos los que querían acercarse al jeque debían someterse previamente a un cacheo. No obstante, se trataba de un proceso potencialmente muy democrático y hacía que el gobernante resultara cercano y accesible a sus súbditos. Tal vez pudieran hacer algo similar en Niroli…

Natalia sonrió con tristeza. Dudaba que hubiera muchas novias que llevaran sólo dos días casadas y que se pasaran el tiempo pensando en asuntos de política nacional, en especial cuando estaban casadas con un hombre tan atractivo físicamente como Kadir. Y, desde luego, no creía que hubiera muchas novias que se pasaran las noches durmiendo y solas.

Ciertamente, no formaba parte del protocolo de Hadiya que las

parejas durmieran separadas. Basima, su guía, le había dicho muy discretamente que se consideraba perfectamente adecuado que el marido visitara a la mujer en las habitaciones que se hubieran asignado para ella.

—Es deseo del jeque que ocupe usted el apartamento de su madre —le explicaron a su llegada. Al principio, Natalia había creído que había sido deseo de Kadir, pero muy pronto comprendió que le decía que el hermano de Kadir, el nuevo jeque, había sido el que había pedido que se le prepararan esas habitaciones.

¿Y qué pensar de Zahra Rafiq, la mujer altiva y arrogante que le habían presentado como la viuda de un importante ciudadano de Hadiya? ¡Qué maravilloso era el instinto femenino! Natalia había sentido una profunda antipatía hacia ella antes incluso de que Basima le dijera, muy poco sutilmente, que había sido la amante de Kadir. ¿Que «había sido»? Zahra había dejado muy claro que quería que la relación continuara, pero ella vivía allí en Hadiya y, tal y como Kadir le había dicho a Natalia, consideraba que su futuro como rey de Niroli era lo más importante para él, por encima de todo y de todos.

¿Habría pasado Kadir la noche anterior con Zahra? Natalia sintió que le temblaba la mano y se vio obligada a dejar el frasco de perfume que había comprado en Venecia y que, dejándose llevar por un impulso, había decidido llevarse a Hadiya.

Había observado a Zahra mientras ésta husmeaba por su habitación. De algún modo, no le había sorprendido ver cómo el hermoso cristal perdía su brillo en el momento en el que Zahra lo tomó entre sus dedos. No era de extrañar que Zahra lo hubiera vuelto a dejar en su sitio llena de desprecio. En cambio, a Natalia le encantaba cómo el cristal brillaba entre sus dedos, desprendiendo una calidez que parecía curar las heridas de su corazón.

Lógicamente hablando, ¿por qué tenía que molestarle que Kadir tuviera una amante y que esa amante fuera Zahra? Sin embargo, los sentimientos de una persona no siempre están sujetos a la lógica. ¿Se sentía celosa? ¿Desde cuándo los sentimientos habían pasado a formar parte de su matrimonio? No formaban parte ni debían hacerlo. Que se sintiera atraída físicamente por Kadir no significaba que los sentimientos estuvieran implicados. Decidió que iba a olvidar que había tenido estos pensamientos y que se iba a centrar en su nuevo papel como consorte del príncipe heredero de Niroli.

Aquella mañana, iba a recorrer la nueva Escuela Técnica Femenina de Hadiya, otro paso hacia la modernización del país que había sido impulsado por la madre de Kadir. Estaba preparándose

cuando, de repente, la puerta de su habitación se abrió y entró Zahra. La hermosa mujer, con el cabello teñido de rubio, tenía un aspecto frío y calculador aunque seguramente los hombres la consideraran un ser tremendamente femenino y deseable.

—Le he dicho a Basima que yo te acompañaré en tu visita esta mañana —anunció—. Hay ciertos asuntos que deseo discutir contigo y que pueden serte beneficiosos en tu matrimonio con Kadir.

Natalia le dedicó una mirada pensativa. Entones se recordó la decisión que acababa de tomar.

—Lo dudo —dijo tranquilamente—. La experiencia que una amante pueda tener de un hombre raramente tiene parecido con la que la esposa posee de él. El papel de una esposa, después de todo, va más allá de pasar unas horas en su cama dándole placer.

Por el brillo acerado que se reflejó en los ojos de Zahra, Natalia comprendió que sus comentarios habían dado en el blanco.

—Kadir tiene razón. No eres la clase de mujer con la que se habría casado si se hubiera quedado aquí —replicó Zahra con una falsa dulce sonrisa—, pero, por supuesto, todos sabemos que la única razón por la que te has visto elevada a tal posición es por la locura de juventud de la madre de Kadir. Si no hubiera revelado la verdad de la paternidad de Kadir, nada de esto habría sucedido y se habría casado con alguien más apropiado para él.

—No me sorprende que la princesa Amira decidiera que era necesario guardar su secreto, dada la falta de comprensión que seguramente habría encontrado. Sin embargo, si con lo de más adecuado te refieres a ti misma…

—Soy demasiado modesta incluso para soñar con tal honor —dijo Zahra, sonando cualquier cosa menos modesta—. A mí me basta con que Kadir sea lo suficientemente generoso como para concederme su deseo de vez en cuando. Para mí, la felicidad de Kadir es mucho más importante que la mía propia y por eso me estoy obligando a dejar de lado mis sentimientos naturales en un esfuerzo para ayudarte a convertirte en la clase de esposa que Kadir necesita.

Natalia admitió que Zahra era muy inteligente. Quería luchar y ciertamente sabía cómo provocar pelea. Con unas pocas palabras había conseguido inflamar la ira de Natalia.

—Mira —replicó ella, secamente—, no perdamos el tiempo. ¿Qué te parece si soy sincera? Kadir ha elegido aceptar una oferta que le ha hecho el rey de Niroli, mi país, no el de Kadir ni por supuesto el tuyo, para convertirse en el futuro rey, un papel al que sólo tiene

derecho por su madre, a la que tú pareces despreciar tanto. El rey Giorgio me ha elegido a mí para que sea la esposa de Kadir porque, aunque yo no sé nada de las costumbres de Hadiya, conozco los corazones y las mentes de la gente de Niroli. Sé lo que les importa, lo que piensan y lo que sienten, lo que buscan en su nuevo rey y lo que no, porque yo soy una de ellos. Por eso el rey Giorgio me pidió que renunciara a mi libertad personal de mujer soltera para convertirme en la esposa del futuro rey de Niroli. Por amor a mi país, considero que es mi deber y por eso he accedido. Debo asegurarme de que Kadir conozca las necesidades y las creencias del pueblo que lo ha adoptado.

Natalia decidió que no iba a permitir que Zahra ni nadie, y mucho menos Kadir, pensara que era una idiota dócil y obediente que estaba deslumbrada por el falso brillo de la corte, alguien tan carente de sustancia y tan superficial que podía ser sobornada por la amante de su esposo. Natalia tenía una agenda propia para su futuro como reina y ciertamente no se había casado con Kadir por el título.

—No hace falta que me digas que Kadir no se ha casado contigo por elección propia —la interrumpió Zahra, furiosa—. ¿De verdad crees que no sé por qué Kadir no vino a tu dormitorio anoche?

En aquella ocasión fue Natalia quien se quedó sin aliento.

—Hablas muy sabiamente sobre los elementos prácticos de tu matrimonio concertado —prosiguió—, pero a mí no me engañas. Puedo mirar en tu corazón y ver lo que ocultas en él. Deseas a Kadir como hombre.

Aquellas palabras dolieron a Natalia como si fueran golpes físicos. No eran ciertas. No podían serlo, no iba a consentir que lo fueran. Kadir no significaba nada para ella, a pesar de lo ocurrido en Venecia y de las insinuaciones de Zahra.

—¿De verdad creíste que no me daría cuenta? —prosiguió Zahra, provocándola—Kadir y yo nos hemos reído al respecto. Por supuesto, él debe cumplir su deber, pero es a mí a quien da su verdadera pasión. Seré yo quien estará a su lado cuando termine por gobernar Niroli y Hadiya. Mi destino, no el tuyo, es estar con Kadir. Kadir es mío y no lo dejaré escapar ni dejaré que nada ni nadie se interponga entre nosotros. Es mejor que lo tengas en cuenta. Nuestro destino es estar juntos —repitió—, y nada se puede interponer en ese destino.

Natalia se quedo muy sorprendida con aquellas palabras, sobre todo con la afirmación de que terminaría reinando sobre Niroli y Hadiya. Zahra debía saber que Kadir había perdido todos sus derechos

al trono de Hadiya. Seguramente sólo había empleado esas palabras para amedrentarla y asustarla. Bien. Iba a tener que aprender, y Kadir también, que nadie podía amedrentarla fácilmente.

—Eres más que tonta si crees que Kadir no ha visto como yo que, por mucho que disimules, lo único que anhelas es poder entregarle tu corazón. ¡Qué previsible eres al enamorarte de él como lo has hecho! Le dije que ocurriría así. Sin embargo, él no quiere tu amor, no quiere nada de ti. ¿Por qué iba a quererlo cuando me tiene a mí, cuando siempre me tendrá a mí? Yo soy a la que ama y jamás me dejará… Jamás —añadió. Entonces se acercó un poco más a Natalia e, inesperadamente, la agarró con fuerza por el brazo antes de que ésta pudiera alejarse de ella—. ¿Lo comprendes?

—Lo que comprendo es que si no me preparo pronto, llegaré tarde a mi compromiso —replicó Natalia, tan tranquilamente como le fue posible.

Zahra había dicho una sarta de tonterías. Aunque ella fuera lo suficientemente estúpida como para enamorarse de Kadir, era una mujer madura, no una jovencita que vive de ensoñación. Incluso si creyera en el amor romántico, y no estaba segura de que así fuera, le parecía que una pareja necesitaba mucho más que enamorarse para construir una vida juntos. Necesitaban compartir creencias, intereses, compromiso y dedicación. Necesitaban la pasión que acompañaba al deseo sexual mutuo. Todo eso era lo que sentaba las bases de una relación a largo plazo. El deseo sexual no duraba y, con toda seguridad, era lo menos importante de todas esas «necesidades».

—Quiero hablar contigo.

—Bien, pues yo no quiero —le espetó Natalia mientras Kadir la seguía a sus habitaciones.

—Hoy te has puesto en evidencia con tu desinterés e indiferencia —replicó él tras despedir a las doncellas y cuando los dos se hubieron quedado solos.

Se había hecho de noche. Acababan de llegar del último acto del día, la apertura de un centro comercial, al que, además de ellos, habían acudido también el hermano de Kadir y la esposa de éste. Las puertas de cristal del patio seguían abiertas, por lo que Natalia fue a colocarse delante de ellas para aspirar el aroma de las rosas. El coche en el que se habían trasladado apestaba al fuerte perfume árabe que era el favorito de Zahra. Natalia lo olía en Kadir en esos momentos.

—¿Y qué iba yo a decir? —le desafió ella—. Tu amante se ha encargado de abortar todos mis intentos por hablar.

Natalia no iba a dejar que resultara evidente lo humillada que se había sentido por el modo en el que Zahra la había dejado en un segundo plano, ni lo herida que estaba por el hecho de no haber tenido la oportunidad de utilizar las pocas palabras árabes que tantas molestias se había tomado en aprender para poder saludar en el idioma del país. Dejar que Kadir se diera cuenta reforzaría la acusación de Zahra de que era muy vulnerable a él, y no era cierto. En ese aspecto, Zahra se podía quedar con Kadir. Sin embargo, en su papel de consorte, no iba a consentir que Zahra siguiera humillándola.

—¿Por qué metes a Zahra? —preguntó un enojado Kadir—. Ella no tiene nada que ver con esto.

Sin embargo, él también se había quedado asombrado ante el hecho de que, desde su regreso a Hadiya con su esposa, Zahra insistía en comportarse como si siguieran siendo amantes. Tenía intención de hablar al respecto con ella y recordarle que su relación había terminado.

—Tiene todo que ver. Tal vez a ti te parezca que designando a tu amante como mi acompañante oficial es sólo a mí a quien insultas, pero te equivocas. Lo que haces es insultar al trono de Niroli también, porque elevas a tu amante a una posición superior a la mía, la de tu esposa. Esto no es lo que el rey Giorgio tenía en mente cuando accedió a que yo te acompañara.

—¿Te atreves a decirme lo que tengo que hacer? ¿Te atreves a cuestionar mis decisiones en asuntos de protocolo y diplomacia? —replicó Kadir, prácticamente hirviendo de ira—. Como si Zahra fuera mi amante…

—¿Que es eso de «fuera»? No hay ninguna duda al respecto. Ella misma me ha dicho que eso es lo que es precisamente para ti. Tu amante puede creer que tiene el derecho de informarme sobre sus habilidades en el asunto de cómo actuar más correctamente como tu consorte, sobre cómo causarte mejor impresión a ti y al pueblo de Hadiya. Sin embargo, tú no vas a ser rey de Hadiya, sino rey de Niroli y parece que ella corre peligro de cometer el mismo error que tú, que es el de creer que Niroli es parte de Hadiya simplemente porque tú así lo deseas. Tu palabra no es ley, Kadir y me parece que ya lo has descubierto aquí, pero, como no puedes aceptarlo, culpas a tu madre de tu propia incapacidad para convertirte en el dirigente que Hadiya necesita. Si no tienes cuidado, vas a cometer el mismo error en Niroli. Cuanto más conozco sobre tu madre, más me gustaría haberla conocido. Debió de ser una mujer muy valiente y debió sentirse muy triste y desilusionada de que tú, su hijo, carezcas de visión y estés tan lleno de amargura que no seas capaz de ver la maravillosa persona

que ella fue.

—Tú…

Kadir la estaba mirando como si deseara estrangularla, pero a Natalia no le importaba. Si él no tenía la decencia de proteger su matrimonio y a su esposa del veneno de su amante, tendría que aceptar las consecuencias.

—Odias esta situación, ¿verdad? —lo interrumpió antes de que él pudiera terminar—. Odias estar casado conmigo. Bien, pues sólo tú eres el culpable.

—¿Acaso soy yo el culpable de tu inmoralidad?

—Que tú prefieras pensar que soy una inmoral no quiere decir que lo sea. Tu error radica en haber insistido en casarte conmigo cuando ya habías decidido que no soy lo suficientemente buena para ser tu esposa. Estás enfadado conmigo, pero, en realidad, tu ira debería dirigirse contra ti mismo.

—Típico de una mujer utilizar las palabras con la misma falsedad con que utiliza el cuerpo.

—No existe engaño alguno, aparte de en tu imaginación.

—¿Has olvidado del modo en el que tú, una mujer a, punto de casarse, te entregaste a mí?

—El deseo físico que experimenté hacia ti no tenía nada que ver con mi compromiso hacia este matrimonio. Como mujer soltera, que entonces lo era, tenía el derecho de hacer con mi cuerpo lo que deseara y, además…

Natalia se interrumpió antes de admitir que él había sido el único hombre al que se había entregado en mucho tiempo.

—Como tu futuro esposo, yo tenía el derecho de esperar que acudieras a nuestra cama de matrimonio libre de pruebas que demostraran que otro hombre te había poseído. No voy a dejar que me engañes del mismo modo en el que mi madre…

—¡No hay otro hombre! Siempre vuelves a lo que hizo tu madre —replicó Natalia—. No puedes centrarte en el futuro y vivirlo porque no te olvidas del pasado. Tu madre tenía dieciocho años. Hablas de mi supuesta inmoralidad, lo que me parece una hipocresía cuando tú mismo tienes una amante. Por cierto —añadió, mordazmente—, la próxima vez que te apetezca hablar de mis fracasos como esposa con tu amante, te sugiero que, al menos, le digas que ya te has acostado conmigo.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿De qué estás hablando? ¡Dímelo!

—¡Claro que te lo diré! Zahra se moría de ganas de decirme que sabía que yo había estado anoche sola en la cama. Tú no tienes derecho a hablarme de moralidad. Y no, no me puse a su nivel cuando se estaba divirtiendo tanto mientras me contaba lo maravillosa que crees que ella es en la cama diciéndole que, para mí, su idea de diversión no es nada que merezca tirar cohetes.

—Debes de haberla malinterpretado. Yo no estuve anoche con Zahra.

—Claro. No esperarás que me lo crea, *¿verdad*?

—Anoche estuve en el desierto. Mi hermano me pidió que fuéramos juntos a visitar la tumba de nuestra madre. Su último deseo fue que la enterráramos con sus padres. Pasamos allí la noche juntos, rezando.

—Sin embargo, no puedes negar que esa mujer es tu amante…

—Pareces más una esposa tradicional y celosa que una mujer que sabe perfectamente que está tomando parte en un matrimonio de conveniencia.

—Te aseguro que mis preocupaciones son iguales que las tuyas. Aunque sólo sea por higiene, debes comprender que no puedes esperar que comparta tu cama cuando te estás acostando con otra mujer.

Al ver el modo en el que Kadir abría los ojos, Natalia comprendió que lo había pillado desprevenido, pero él se recuperó muy rápidamente.

—¡Como si te hubiera pedido que compartieras mi cama!

—Bien, porque aunque Zahra pueda considerarte un buen amante…

—¿Tú no?

—¡Claro que no! —exclamó ella—. Sin embargo, la experiencia que yo pueda tener de ti como amante no se puede ni comparar a la de Zahra, ¿verdad?

¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba diciendo?

—Si eso es una petición para que remedie esa disparidad…

—No lo es… —susurró, comprendiendo demasiado tarde el terreno tan peligroso que estaba pisando.

—Por supuesto, una mujer como tú no puede pasar mucho tiempo sin echar de menos tener un hombre entre las piernas.

—¿Una mujer como yo? ¡Qué dices! Tú no sabes nada de las mujeres como yo. Zahra es tu imagen de lo que debe ser una mujer. Todo en ella es falso, desde su cabello teñido hasta su fingida sumisión, pasando sin duda por orgasmos también fingidos —le espetó. Se detuvo en seco al notar que algo en el silencio de Kadir indicaba que había ido demasiado lejos en sus comentarios—. Mantente alejado de mí —protestó llena de aprensión—. No me toques…

—Soy tu esposo. Tengo derecho…

—Mantente alejado de mí —repitió Natalia—. Tú… apestas a su perfume. Me hace sentir náuseas.

—¿Acaso sientes celos?

—¡Claro que no! ¿Por qué iba yo a sentir celos de una relación que no deseo, ni desearé nunca, aunque te pusieras de rodillas y me lo ofrecieras? Soy tu esposa y mi deber es tener relaciones sexuales contigo.

—¿Tu deber? Como en Venecia, quieres decir…

Estaba acorralándola como un halcón a su presa. Natalia sabía que había ido demasiado lejos. ¿Por qué razón? ¿Porque Zahra había hecho mella en ella con sus palabras?

—Veamos lo bien que se te da separar el deber del deseo, ¿de acuerdo? —musitó Kadir suavemente.

Ninguna mujer lo había excitado hasta alcanzar aquel nivel de pasión y furia. En aquel momento, lo único que conseguiría calmar sus heridas serían las lágrimas de arrepentimiento y vergüenza cuando ella le suplicara que la perdonara. ¿También cuando le suplicara que la poseyera?

—Vas a retirar todos y cada uno de esos insultos antes de que termine la noche —dijo con voz amenazadora mientras extendía las manos para agarrarla.

Nueve

Natalia permaneció inmóvil sobre la ancha cama. El corazón latía con fuerza en su pecho desnudo. No trataría de resistirse. Físicamente él era mucho más fuerte que ella y lo único que deseaba de Kadir en aquellos instantes era que la dejara en paz, aunque para ello tuviera que permitirle en primer lugar que saciara en ella su apetito.

Kadir sentía cómo el corazón latía aceleradamente contra las costillas. Bajo la tenue luz, la piel de Natalia era del color de la miel. Verla así despertaba en él un torbellino de imágenes de la última y única vez que la había visto desnuda, imágenes que ni siquiera era consciente de que su mente guardara.

Natalia había desafiado su masculinidad de un modo que no podía dejar sin contestar. Ésa era la única razón por la que estaba haciendo aquello. La única, no había ninguna otra. Natalia no significaba nada para él.

Las manos de Kadir recoman su cuerpo sin piedad, buscando dejar al descubierto sus debilidades. Natalia estaba segura de ello.

Las caricias eran ligeras y suaves, demasiado expertas. Le acarició la garganta y luego el esternón, la curva de la cintura, la suave inclinación del vientre… y luego volvió a empezar. Ella deseaba desesperadamente tomar aire, pero no se atrevía a hacerlo por si él interpretaba aquel gesto como una señal de debilidad. Sus dedos la acariciaron detrás de la oreja. Entonces un temblor le recorrió todo el cuerpo. Ella se dijo que había sido debido al aire fresco de la noche que entraba por la ventana, nada más. El hombre que se cernía sobre su carne no significaba nada, nada en absoluto. Menos que nada. Fácilmente podía fingir que no sentía nada. Muy fácilmente… ¿O no? Notaba la boca de Kadir contra la piel, la punta de la lengua deslizándose hábilmente sobre los delicados lóbulos de las orejas. ¿Por qué tenía que hacerle aquello? ¿Cómo sabía…?

Todo su cuerpo se vio sacudido como si hubiera sufrido una descarga eléctrica. Trató de controlar su pulso, pero falló en el intento. Levantó las manos para apartarlo, pero él se las agarró y las obligó a colocarse de nuevo encima de la cama, inmovilizándoselas por las muñecas mientras la boca quedaba libre para atormentar su carne, sobre la que se deslizaba y trazaba lentas e insospechadas trayectorias de insoportable estimulación erótica, de un lado al otro de su cuerpo, y luego al contrario. Con cada movimiento, la tensión entre sus piernas se hacía cada vez mayor.

Cuando la lengua encontró por fin el tenso centro del pezón, ella gritó como quien estuviera sufriendo una agonía mortal y le suplicó que se detuviera.

—¿Estás segura? ¿No preferirías que hiciera esto? —susurró, torturándole el pezón con los labios. Entonces le soltó las muñecas para poder agarrarle los pechos y luego tirar rítmicamente de la carne haciendo que todo el cuerpo de Natalia se moviera al mismo ritmo.

Los ojos de Natalia se llenaron de lágrimas de incredulidad y de desesperación. ¿Cómo podía haber permitido que aquello ocurriera tan fácilmente? No era una mujer que se dejara llevar por las necesidades de su cuerpo, claro que jamás se había sentido de aquella manera antes.

¿De verdad era cierto que nadie la había hecho sentirse así? ¡No! No podía pensar eso.

Si era cierto, ni podía ni lo admitiría nunca, ni querría volver a reconocerlo en toda su vida. ¡Nunca!

Kadir debería estar celebrando su victoria. Su habilidad amatoria había conseguido que Natalia se plegara físicamente ante él y se entregara a voluntad. Había sentido cómo iba perdiendo el autocontrol y se veía obligada a someterse al deseo que sentía hacia él. Sin embargo, Kadir no estaba celebrando nada. No podía hacerlo, pues con cada caricia, con cada toque, con cada beso, notaba que él también iba perdiendo el autocontrol. Ya no estaba controlando el deseo sexual de Natalia, sino que se estaba controlando a el. Sabía que debía detenerse, retirarse dejar incompleto el castigo por la ofensa que ella había cometido, aunque ello significara tener que prescindir del sabor total de la rendición en los labios mientras ella le suplicaba que la poseyera y él… Él no podía controlarse.

Natalia jamás debía saber lo que sentía. Debía detenerse antes de que fuera demasiado tarde. Sí, sólo una caricia más, un beso más…

Natalia se aferró a él y le clavó con fuerza las uñas en los hombros al tiempo que se arqueaba como si se le estuviera ofreciendo en sensual sacrificio.

El olor de Natalia viviría dentro de él para siempre, y también el sabor de su sexo cuando él le apartó los henchidos labios para extraer de ellos el pulso que habitaba dentro del húmedo calor de su cuerpo. Como si tuviera vida propia, aquella dura punta de carne latía y vibraba, y el cuerpo de Natalia se abría ansioso para recibir las caricias de sus dedos. Él podía hacerlo. Podía detenerse y alejarse de

ella tras haberle hecho saber el precio que tenía que pagar por su insolencia, podía hacerlo, pero los febriles movimientos del cuerpo de Natalia eran mucho más de lo que podía soportar. El ansia que había creído que podía controlar se había convertido en una llamada primitiva, masculina, desenfrenada que ya no podía silenciar ni ignorar.

¿Había sido así antes? Si la respuesta era afirmativa, no lo recordaba. Natalia sentía cómo el clítoris latía con sacudidas orgásmicas de húmeda urgencia. Jamás había deseado de aquella manera ni volvería a hacerlo nunca. La estaba matando, destruyendo, transportándola a un lugar oscuro del que ella se temía que no regresaría nunca. Oyó un profundo gemido. ¿Había sido ella?

No. Había sido Kadir, con una voz primitiva, de pura necesidad. Se había colocado encima de ella para penetrarla hasta el fondo con un solo movimiento. El placer que le recorría el cuerpo iba alcanzando poco a poco un cierto ritmo, escalando, subiendo, arrastrándola con él…

La respiración de Kadir era una dura letanía de órdenes contra la oreja de Natalia. El cuerpo de ésta se tensó con fuerza alrededor de su miembro en una serie de agudas contracciones. De repente, sintió que él comenzaba a retirarse e, instintivamente, se aferró a su sexo hasta que volvió a sentir el cálido y húmedo pulso de Kadir dentro de ella.

Demasiado tarde… Kadir lo había dejado demasiado. Sin embargo, al mirar los ojos de Natalia, no vio en ellos señal alguna de triunfo.

Diez

No se podía negar que Natalia tenía un modo de ser al que la gente respondía inmediatamente. Kadir tuvo que admitirlo mientras la observaba desde lejos. Estaba dando las gracias a unos tímidos escolares que se habían reunido en la plaza, frente al palacio de Niroli, para darles la bienvenida. También lo había visto en Hadiya, cuando hablaba a las mujeres, comunicándose con ellas a pesar de que prácticamente no hablaba el idioma. De algún modo, había conseguido transmitirles algo y hacerlas reír, igual que ocurría en aquellos momentos con los niños. Su madre tenía el mismo don. Su madre…

Kadir apartó aquellos pensamientos como si le hubieran quemado físicamente.

No había dormido con ella las dos últimas noches que pasaron en Hadiya. No estaba seguro de si para castigarla o para demostrarse que era capaz de controlar su deseo por ella y no al revés.

—Hijo mío… ¡Te he echado tanto de menos! Me alegro mucho de que estés de vuelta.

El saludo del rey Giorgio fue muy emotivo cuando le dio la bienvenida a Kadir durante la recepción celebrada con motivo de su regreso a Niroli. ¿Había sido imaginación suya o el apretón de manos de su padre no había sido tan fuerte como de costumbre? Kadir sintió una inesperada emoción al contemplar al anciano. El único vínculo que existía entre ellos era el de la sangre. No tenían un pasado compartido ni una historia común. Sin embargo, las palabras de su padre le tocaron en un lugar muy profundo de su corazón.

—Tenemos muchos años que recuperar —le decía el Rey—. Espero que Dios me conceda el tiempo suficiente. Lo que más deseo en estos momentos, Kadir, es poder tomar a tu hijo entre mis brazos. La siguiente generación. El futuro rey de Niroli, nacido aquí de mi sangre y de la sangre de la isla a través de Natalia.

El Rey buscó a Natalia con la mirada. Ésta seguía aún hablando con los niños.

—Los reyes no siempre pueden casarse con quien desean, pero en Natalia tienes una esposa perfecta. Cuando la miro, veo a Sophia, mi primera esposa, y a tu madre. Natalia tiene cualidades de ambas.

Uno de los niños más pequeños de los que rodeaban a Natalia sufrió un empujón accidental por parte de otros y empezó a perder el

equilibrio. Kadir se dio cuenta de que Natalia se había percatado de lo que estaba ocurriendo y extendía los brazos para tomar al niño en brazos y darle un buen abrazo mientras intercambiaba unas palabras con la madre del pequeño. Inmediatamente, las lágrimas del pequeño se convirtieron en sonrisa. Para Kadir resultaba completamente evidente que el pequeño estaba encantado en brazos de Natalia. Ésta había sido capaz de controlar un pequeño incidente que podría haber dado lugar a una situación difícil. Sin embargo, no eran las habilidades de Natalia como futura reina las que le estaban provocando una extraña sensación en el corazón. Era como si algo se estuviera rompiendo en el interior de su cuerpo. El dolor físico se veía acompañado de una cierta sensación de melancolía, un sentimiento de pérdida y de soledad, de airado antagonismo y de una profunda sensación de anhelo.

No tenía necesidad de preguntarse lo que le estaba ocurriendo. Sabía demasiado bien que el escudo con el que había protegido sus sentimientos hasta entonces se había resquebrajado. ¿Por Natalia? ¿Porque ella le estaba haciendo ver y sentir cosas sobre sí mismo que no podía silenciar? No deseaba aquello. No lo necesitaba y, de alguna manera, iba a encontrar el modo de no permitir que ocurriera.

—Durante vuestra estancia en Hadiya, el Primer Ministro ha estado preparándolo todo para tu ascensión formal al trono —oyó que decía el Rey—. Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar.

Aunque se negaba a mirarlo, Natalia notó el momento en el que Kadir se marchó de la plaza con su padre. Casi podía sentir el espacio vacío que él había dejado, lo mismo que notaba el espacio vacío en su cama por las noches. ¿Habría compartido la cama de Zahra en Hadiya cuando la dejaba a ella sola en la suya? La violencia de sus propios celos le llenó la garganta de bilis. ¿Qué le estaba ocurriendo? Así no se suponía que debían ser las cosas. Se suponía que Kadir y ella tenían una relación tranquila, adulta, de negocios, basada en el respeto mutuo y con el deseo de alcanzar sus objetivos comunes. Se suponía que su matrimonio les permitía a ambos retener el derecho a sus propias emociones y, en realidad, a su propia libertad sexual mientras fueran discretos, siempre que lo desearan. ¿Cómo había podido ocurrir aquello? ¿Cómo se había podido transformar en una mujer celosa sólo con pensar que Kadir pudiera estar mirando con deseo a otra mujer? ¿Sería cierta la acusación de Zahra? ¿Se habría enamorado de él? Si era así, no era de extrañar que se estuviera sintiendo tan enferma y mareada.

—Los fondos que recibimos de la fundación benéfica del

príncipe Marco y de su esposa nos permite proporcionar el mejor cuidado neonatal y atraer a nuestro hospital expertos en el campo.

El joven administrador sonreía con orgullo mientras enseñaba a Kadir y a Natalia la nueva ala de maternidad del hospital de Niroli, que en aquellos momentos se encontraban visitando.

Mientras escuchaban al administrador Natalia se atrevió a mirar a Kadir. Se preguntaba cómo reaccionaría ante la mención del nieto mayor del Rey, al que aún no había conocido y que debía de haber sido el sucesor. No veía hostilidad alguna en el rostro de Kadir, que, más bien, escuchaba la explicación con profundo interés. Sin poder evitarlo, ahogó un pequeño bostezo. No se aburría, pero, por alguna razón, se sentía inusualmente cansada.

—Gracias a la donación del príncipe Marco, hemos podido adquirir dos de los ecógrafos más avanzados del mundo. Estas máquinas son capaces de tomar imágenes del feto en tres dimensiones, lo que nos posibilita a los médicos poder realizar un diagnóstico precoz de muchas enfermedades.

De mala gana Natalia debía admitir que Kadir estaba desempeñando su nuevo papel con más sensibilidad y diplomacia de lo que ella había esperado. Nunca mencionaba Hadiya ni realizaba comparaciones entre los dos países. Su profesionalidad era tal que incluso los miembros de la vieja guardia, los que más reparos habían puesto a su nombramiento, sentían un profundo respeto hacia él. —Cada vez se parece más al rey Giorgio —oyó Natalia que decía en una ocasión uno de los consejeros—. Es un hombre íntegro, que no teme decir lo que piensa. Recuerda mis palabras: será un magnífico rey para Niroli.

—La gente joven dice que habrá un antes y un después, que dejaremos atrás el pasado cuando el nuevo rey acceda al trono. El rey Giorgio ha sido un buen monarca, pero es el de nuestros abuelos y bisabuelos. Se está haciendo viejo y ya no se mueve entre la gente como lo hace el príncipe Kadir, hablando con todo el mundo y preguntando cómo están —comentaba una de sus doncellas a Natalia muy animadamente mientras la ayudaba quitarse el aparatoso vestido que se había puesto para la recepción de aquella noche en la que Kadir había conocido a los ciudadanos más influyentes de Niroli y a algunos de los residentes extranjeros de la pequeña isla, junto con representantes diplomáticos de otros países.

Kadir no necesitaba ayuda para comunicarse con ellos ni para utilizar sutilmente sus habilidades diplomáticas con el fin de

convencerlos del futuro privilegiado que esperaba a Niroli y animarlos a que invirtieran en la isla. Sin poder evitarlo, Natalia experimentó una cierta pena al sentir que su papel iba disminuyendo en proporción directa al aumento de la popularidad de Kadir. Después de todo, parecía que éste no iba a necesitar su ayuda tanto como había creído, dado que era perfectamente capaz de ganarse el amor y el respeto de la gente por sí mismo.

—La gente no hace más que decir la suerte que tenemos de contar con un príncipe tan guapo —comentó la doncella—. Se dice que van a tener hijos muy guapos.

Tal vez el príncipe fuera guapo, pero lo que Natalia anhelaba era un matrimonio de verdad. A pesar del ajetreo constante de su ida se sentía inquieta, insatisfecha. Dio las gracias a su doncella y le pidió que se marchara. ¿Sería tal vez porque envidiaba a Kadir por los desafíos que le esperaban? ¿Podría ser su compañera en ellos, en todos los sentidos?

Podría haberlo sido si él no la hubiera juzgado del modo en el que lo hacía. Podrían haber compartido muchas cosas, haber trabajado codo con codo… Natalia parpadeó para no llorar y se dirigió hacia su cuarto de baño.

Aquella noche, tal y como había hecho desde su regreso a Niroli, Kadir saldría de su vestidor para compartir la enorme cama con ella, pero sin tocarla. No lo haría hasta que le dijera si la intimidad que habían compartido la había dejado embarazada. Natalia se colocó una mano sobre el vientre. Había sospechado por primera vez la verdad la mañana de su regreso de Hadiya, pero había tenido que esperar hasta poder llegar a casa de su abuelo y consultar con el médico de la familia, que además era amigo íntimo, y que había jurado guardar el secreto, para confirmar sus sospechas.

La línea delatora de la prueba de embarazo que el médico le había dado confirmaba lo que ya sospechaba: que estaba embarazada de Kadir. Las fechas confirmaban también que aquel bebé, niño o niña, no había sido concebido en Hadiya, después de haber contraído matrimonio, sino en Venecia. ¿Cómo, si Kadir había utilizado preservativo? No había explicación posible más que el preservativo había fallado. Recordaba haber leído en algún sitio que los profilácticos no son seguros al cien por cien.

Sumida en sus pensamientos, había permanecido en el cuarto de baño más de lo habitual y Kadir ya estaba en la cama cuando ella regresó al dormitorio.

Kadir dormía desnudo. Natalia trató de no mirarlo para no ver el

modo en el que la luz de la lámpara de la mesilla de noche se reflejaba en los fuertes hombros y en el torso. Estaba apoyado contra las almohadas, leyendo un documento.

Observó cómo Natalia se acercaba a la cama. Ella llevaba puesta una fina bata de seda que, a pesar de que ocultaba sus curvas femeninas, le evocaba imágenes de naturaleza altamente sensual e íntima.

—Tengo que darte las gracias por el papel que has desempeñado en el éxito de la recepción de esta noche —dijo Kadir mientras ella se sentaba en el borde de la cama de espaldas a él y se quitaba discretamente la bata antes de meterse en la cama.

—Sólo estaba cumpliendo mi deber.

Inmediatamente, él tensó la boca y dejó a un lado los papeles que había estado leyendo.

—Te ruego que no adoptes el papel de mártir, Natalia —le espetó—. No te pega en absoluto. Eres una mujer muy inteligente y tu papel en el futuro de Niroli será muy importante.

Natalia lo miró fijamente. La había dejado completamente atónita que él le hubiera dedicado un cumplido.

Kadir era un hombre orgulloso. No le resultaba fácil admitir que había cometido un error de juicio, pero también era muy justo y honrado. Al ver cómo Natalia se relacionaba con sus invitados en la recepción de aquella noche, se había dado cuenta de lo valiosa que iba a ser para él y para el futuro de Niroli.

Mientras hablaba con los invitados, la había estado observando. Cuando estaba con los hombres, su lenguaje corporal jamás había dejado de ser completamente profesional. No había flirteado ni había utilizado la evidente sensualidad de su cuerpo ni su belleza para captar atención. Su única arma había sido su inteligencia y, por ello, se había ganado el respeto de todo el mundo. Todos los invitados habían quedado encantados con ella, de eso no había duda.

La miró, tendida a su lado sobre la cama, y sintió de nuevo el dolor sordo que la llamada del deseo provocaba en su cuerpo. Estaban casados, su futuro estaba unido, él la deseaba y sabía que podía excitarla para que ella también despertara al deseo. Tal vez aquellas eran las cosas en las que debía centrarse, en vez de hacerlo en su pasado sexual…

Natalia extendió la mano para apagar su lámpara y se tensó un

poco cuando Kadir hizo lo mismo.

—No dejes de leer tus papeles por mí —dijo ella

—Pueden esperar. En estos momentos, tengo deberes mucho más agradables de los que ocuparme —replicó Kadir con voz sugerente. Cuando se acercó a ella de un modo muy insinuante, Natalia se sintió muy sorprendida—. Tal vez debería estar agradecido de que el destino me haya dado una esposa cuya pasión sé despertar con tanta facilidad.

El problema era que ya no sólo despertaba en ella pasión física, se dijo Natalia.

—Natalia…

Le sorprendió comprobar que Kadir iba a besarla. Después de todo, los besos no habían formado parte de su relación. La dulzura de los besos apasionados pertenecía a los amantes y ellos dos ni lo eran ni lo serían nunca. Sin embargo, resultaba fácil perderse en los labios de Kadir, rodearlo con sus brazos y fingir que aquél era un nuevo comienzo para ambos, una oportunidad de volver a empezar… Resultaba tan fácil y tan alocado que, a pesar de todo, no pudo dejar de hacerlo. Se deshizo entre sus brazos cuando la intimidad del beso pasó de ser una dulce exploración a convertirse en una fiera posesión que le aceleró los latidos del corazón,

—Natalia, esposa mía —susurró Kadir suavemente contra sus labios mientras le enredaba los dedos en el cabello y la inmovilizaba debajo de él—. Mi esposa, mi reina…

La besó lentamente, haciendo que ella se echara a temblar de anhelo por lo que estaba a punto de ocurrir. Kadir le besó las comisuras de los labios y luego dibujó su trazo con la punta de la lengua.

—Tu perfume está grabado en mis sentidos como si fuera el perfume de la vida. Lo respiro con cada aliento hasta que me siento completamente lleno de ti. Esta noche no eres un recuerdo, sino una realidad…

La lengua atravesó la frágil barrera de los labios, tomando posesión deliberadamente de la dulzura interior que se ocultaba al otro lado de ellos, acariciándole la lengua hasta que logró seducirla y hacerle suplicar que prosiguiera aquella intimidad.

Natalia sentía que la cabeza le daba vueltas. Jamás había conocido intimidad como aquella, besos como aquél… Las sensaciones eran únicas, abrumadoras: la hacían sentir que pertenecía a Kadir para siempre.

—Había muchos en la recepción de hoy que hicieron público su deseo de que nos apresuráramos a llenar el palacio de niños y a proporcionar a Niroli un nuevo heredero, pero ninguno de ellos se mostró tan persuasivo como mi padre —dijo Kadir—. El otro día me recordó que tal vez no le quede mucho tiempo…

Natalia se enfrió al escuchar esas palabras y comprender por qué había iniciado aquella intimidad. Por supuesto, sólo quería hacerle el amor para cumplir su deber. Había sido una necia al pensar que los motivos podrían ser diferentes…

¿Por qué trataba de engañarse? Había reaccionado ante él, le había dado la bienvenida a sus brazos como una mujer lo hacía con el hombre que amaba. ¿Habría tenido Zahra razón después de todo? ¿Podría haber visto lo que la propia Natalia no había querido ver?

—¿Qué pasa? —quiso saber Kadir—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —respondió en tono desenfadado. No podría soportar que él averiguara la verdad y se diera cuenta de lo estúpida que había sido—. Estoy segura de que el rey Giorgio admirará la dedicación que muestra hacia tus deberes.

Natalia se estaba burlando de él. ¿Acaso se había dado cuenta de que, cuando él la tocaba, el único deber que estaba cumpliendo era el de demostrarle lo mucho que la deseaba?

De repente, comprendió que no sabía exactamente lo que quería. Tenía cuarenta años y no se podía decir que fuera un muchacho. Hacía mucho tiempo que contemplaba con cinismo el amor y las relaciones sentimentales entre hombre y mujer. Entonces ¿por qué estaba experimentando sentimientos contradictorios que parecían empujarlo en dos direcciones completamente opuestas? No era necesario que mostrara intimidad emocional con Natalia y, por lo tanto, no era necesario que sintiera lo que estaba sintiendo en aquellos momentos. Tal vez no, pero debía guardar absoluta lealtad y fidelidad hacia su esposa. Debía de ser capaz de confiar en su estatura moral, conociendo las presiones a las que le sometía su posición. Sería un necio si no fuera capaz de renocer que una mujer que se le había entrenado tan fácilmente no tenía la estatura moral necesaria, por mucho que él quisiera convencerse de lo contrario. No era por su propio bien por lo que debía recordar aquello, sino por el de su papel como futuro rey de Niroli.

Si sabía que no podía confiar en Natalia, también sabía que debía tener cuidado con ella para que no acarreara la desgracia para la Corona llevando un hijo bastardo a palacio. Tratar de convencerse de que podría haberse equivocado sobre ella era la peor mentira que

podía creer un hombre de su posición y, por lo tanto, no debía hacerlo. No debía permitir que Natalia pensara que sentía debilidad por ella. Lleno de ira, aplastó los sentimientos de ternura innecesaria que había empezado a experimentar.

—Te aseguro que nadie sería más feliz de abandonar esa dedicación que yo mismo —le espetó a Natalia con dureza—. Estoy seguro de que no creerás que yo siento deseo personal sincero de poseerte.

Aquellas palabras le dolieron. En la agonía de su dolor emocional, Natalia no paró a pensar en las consecuencias de lo que iba a decir hasta que lo hubo dicho.

—Bien. En ese caso, debes saber que tu deber está cumplido.

Se produjo un ominoso silencio. Entonces Kadir encendió su lámpara para poder mirarla a los ojos.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que estoy embarazada.

—Eso es una buena noticia, sin duda —dijo con mucha formalidad—, pero ¿no es demasiado pronto para que estés segura…?

Natalia podría haberle mentido. Sabía que el hijo que llevaba en sus entrañas era de Kadir. El hecho de que un bebé naciera dos semanas antes de lo que se pensaba no era motivo de comentario alguno y no tendría por qué poner en peligro lo que sabía que estaría poniendo si le decía a Kadir la verdad.

Sin embargo, ¿cómo podía mentirle después de comprender por fin lo que sentía hacia él? Sabía que Kadir confiaba muy poco en las mujeres por lo ocurrido con su madre.

Además, aun sabiendo que era una locura aquella clase de sueño, no sabía lo que el futuro podía depararles y no quería que los cimientos de una posible relación se vieran basados en una deliberada mentira.

Como si el silencio de Natalia le hubiera alertado de la verdad, Kadir frunció el ceño.

—¿Cuándo fue concebido ese bebé?

Natalia respiró hondo.

—En Venecia.

De repente, Kadir se levantó de la cama.

—¡Kadir!

—Eso es imposible. Utilizamos anticonceptivos, como tú muy bien sabes.

—Lo sé, pero los preservativos no son infalibles. Algunas veces fallan.

—Qué conveniente para ti, pero yo no acepto esa explicación, sobre todo tras tener experiencia de primera mano de tu promiscuidad. ¿Qué ocurrió, Natalia? ¿Permitiste que uno de tus amantes se dejara llevar un poco y luego decidiste que era mejor que te acostaras conmigo por si te habías quedado embarazada? ¿Me buscaste deliberadamente en Venecia, sabiendo perfectamente quién era yo? Después de todo, llevo muchos años utilizando el nombre supuesto de León Pérez.

—Eso es ridículo. No tenía ni idea d quién eras y, ciertamente, no ha habido otro hombre. Yo no…

—¿Tú no qué? No me irás a decir ahora que no mantienes relaciones sexuales con desconocidos, ¿verdad?

Natalia tuvo que guardar silencio. No se podía defender de esa acusación.

—Nada de lo que puedas decirme me va a convencer de que el niño que llevas en tus entrañas es hijo mío —dijo Kadir fríamente. Natalia observó cómo él tomaba su frasco de perfume entre las manos. El cristal comenzó a relucir brillantemente contra la palma de su mano. ¿Kadir podía hacer que el cristal brillara por la pureza de su corazón y de su bondad? Debía de haber un error—. No voy a permitir que me hagas cargar con ese niño —añadió, tras dejar de nuevo —el frasco de perfume sobre la cómoda.

Kadir ni siquiera podía soportar tener que mirar a Natalia. Los sentimientos, las esperanzas que había comenzado a albergar, la necesidad de olvidar el pasado y permitirse creer que allí en Niroli, podía dejar a un lado los fantasmas de su infancia y construir un verdadero futuro con Natalia y con los hijos que ella iba a darle…

Su propia boca le sabía amarga después de haber probado con ella la dulzura del beso de Natalia… ¿Qué dulzura? La que ocultaba el sabor del veneno. ¿De verdad creía ella que él era tan vulnerable como para aceptar el bastardo de otro hombre?

De repente, se dio cuenta de que una parte de su ser habría deseado que ella le hubiera mentido y que… que le hubiera permitido creer que el niño que estaba esperando era suyo.

Natalia esperó a que Kadir se hubiera marchado para encerrarse en su vestidor antes de atreverse a dar rienda suelta a sus lágrimas.

Once

Natalia no iba a permitir que todos vieran cómo se sentía. «Eso jamás», pensó mientras observaba a Zahra, que se agarraba con fuerza al brazo de Kadir y reía y flirteaba.

¿Se creía alguien que Zahra había ido a Niroli porqué estaba interesada en utilizar parte de la fortuna que le había dejado su difunto y anciano esposo para financiar un hotel spa en un oasis del desierto, a poca distancia de la capital de Hadiya, y que había acudido allí para comprobar con sus propios ojos el secreto del éxito del de Niroli? ¿O acaso todo el mundo veía que se trataba de un descarado plan por parte de Kadir para atraer a Niroli a su amante? ¿De verdad sólo habían pasado tres meses desde que la idea de que su esposo pudiera tener una amante le había parecido perfectamente asumible? Qué ingenua había sido.

El rey Giorgio la estaba llamando para que se acercara a su lado. Se obligó a sonreír tan serenamente como pudo y atravesó el salón. Antes de tomar asiento donde le había indicado el Monarca, Natalia hizo una suave reverencia.

—Me alegra que Kadir tenga intención de mantener buenas relaciones con Hadiya. Las dos naciones tienen mucho que ofrecerse la una a la otra.

—Es natural que el príncipe Kadir sienta un profundo apego por el país que lo vio nacer, Majestad —respondió ella, tranquilamente.

—Es cierto, pero el hogar de Kadir se encuentra en Niroli y nuestras costumbres deben ser las de él. Según tengo entendido, conociste a Zahra Rafiq durante la visita que realizaste a Hadiya por tu luna de miel. ¿Es cierto?

—Sí.

Para su asombro, el Rey extendió la mano y le tomó la suya para apretársela suavemente.

—Eres una buena chica, Natalia. Veo en tus ojos y escucho en tu voz el orgullo que sientes. Es natural y, sin embargo… A lo largo de mi vida yo he cometido bastantes errores, errores de juicio que mi orgullo no me permitía admitir en su momento. Kadir es un hombre muy orgulloso. ¿Cómo no iba a serlo siendo mi hijo? Como futuro rey de Niroli, él será todo lo que yo quiera que sea pero incluso a mi edad hay sorpresas y descubrimientos inesperados. Por ejemplo, jamás habría creído que podría tomarle cariño de un modo tan inmediato y

tan completo. Es como si él hubiera ocupado una parte de mi corazón desde el principio. Por ese amor que le tengo, te digo a ti ahora que no quiero que él sufra la infelicidad que el orgullo me ha provocado en algunas ocasiones. He visto cómo lo miras cuando crees que nadie te está observando y también he visto el modo en el que Kadir te mira a ti…

—Señor, no debe temer que ninguno de los dos lo defraude —aseguró ella—. Los dos estamos muy comprometidos con nuestro deber hacia Niroli. Yo… por supuesto, no puedo hablar sobre los sentimientos más íntimos de Kadir, pero sé que él no permitirá que esos sentimientos se interpongan entre él y su deber —dijo sin atreverse a decir que aquellos sentimientos iban dirigidos hacia Zahra.

A través de sus palabras, resultaba evidente que el Rey se había dado cuenta también de lo mucho que a Kadir le habría gustado convertir a Zahra en su esposa. Aquello era mucho más de lo que Natalia podía soportar. Inclinó la cabeza y suplicó:

—Señor, si me da su permiso para retirarme…

—Tu esposa se marcha —dijo Zahra a Kadir con evidente satisfacción. Le sonrió provocativamente y le acarició la manga de la chaqueta con los dedos.

—Zahra, no deberías haber venido aquí, a Niroli —respondió Kadir secamente.

—¿Cómo puedes decir eso cuando veo con mis propios ojos lo mucho que me necesitas? —replicó ella.

Después de que Zahra acudiera a Niroli con la excusa de realizar una inversión, le había dicho a Kadir que quería seguir siendo su amiga, aunque entendía que su relación amorosa había terminado por completo. Kadir le había permitido que se quedara hasta que terminara los asuntos que la habían llevado a Niroli.

—Sé que debería encontrar otro hombre Kadir, pero ¿cómo voy a hacerlo cuando tú eres el único que deseo? Yo jamás podré ser tu reina, eso ya lo sé, pero mi corazón no puede dejar de esperar que tal vez puedas encontrar un pequeño lugar en tu vida para mí, aunque sólo sea el de una discreta amiga con la que, de vez en cuando, puedas pasar unas cuantas horas relajándote.

—Esta conversación es una tontería, Zahra, y lo sabes. Soy un hombre casado. Mi deber es regir este país y convertirme en un ejemplo para mi pueblo.

—Pero tú me necesitas a mí. Estamos destinados a estar juntos, Kadir. Lo estaríamos si no fuera por la entrometida de tu madre. Sólo me apartaste de tu lado cuando ella te reveló sus mentiras de juventud…

—¡Basta! No consentiré que hables así de mi madre. Te olvidas de que ella fue tu reina.

—Tu madre traicionó a su esposo. No era una mujer adecuada para ser reina.

—¡Basta!

—Ella afirmó que el jeque era tu padre cuando no era cierto… —dijo Zahra sin prestarle atención.

—Te olvidas de que ella sólo tenía dieciocho años cuando tomó la decisión de ocultarle a su esposo que estaba embarazada…

¿Qué estaba haciendo él defendiendo a su madre de aquella manera y repitiendo las mismas palabras apasionadas que Natalia había utilizado? Kadir no lo sabía. Lo único que había comprendido era que las críticas de Zahra hacia su madre habían despertado en él un profundo deseo de proteger la memoria de ésta.

—Kadir, ¿por qué nos estamos peleando cuando podríamos estar haciendo algo mucho más placentero?

Aquella era la Zahra que él conocía, una mujer provocadora y sensual, que sabía muy bien cómo agradar a un hombre en la cama, pero que lo dejaba frío emocionalmente…

Kadir apartó aquellos pensamientos. A pesar de lo que su relación pudiera haber sido en el pasado, ya no había lugar para ella ni en su presente ni en su futuro. Se lo había dejado muy claro a Zahra desde el momento en el que decidió que quería aceptar la oferta de su padre para convertirse en heredero al trono de Niroli.

—No deberías haber venido aquí —repitió él, firmemente—. Debes regresar a Hadiya creo que ya lo sabes.

Ella apartó la mirada para que Kadir no pudiera ver la ira que se reflejaba en sus ojos e inclinó la cabeza antes de decir sumisamente:

—Por supuesto. Como tú desees, Kadir.

Tras apartarse de Zahra, Kadir no pudo evitar preguntarse por qué Natalia habría salido tan precipitadamente de la sala. La había visto hablando con el Rey. ¿Le habría hecho su padre algún comentario que la hubiera molestado?

—No puedes engañarme —decía Zahra, que se había acercado

de nuevo a él—. Sé que es a mí a quien deseas. Deja que sea yo la que te dé tu primer hijo, no ella, esa imbécil con la que te has casado. Déjame que sea yo la que te dé tu primer hijo, ven a mi habitación esta noche y podremos…

—Zahra, estás diciendo tonterías y lo sabes —le espetó Kadir—. Además, ya es demasiado tarde —añadió, a pesar de que estaba convencido de que el hijo que Natalia estaba esperando no podía ser suyo.

Después de todo, había utilizado preservativo. Era demasiado que ella sugiriera que el preservativo podía ser defectuoso.

¿Como ella? ¿Como los sentimientos que tenía hacia Natalia y que no quería admitir? Sacudió la cabeza para dejar de pensar en su esposa y centrarse en Zahra. ¿Qué era lo que le pasaba? Sabía que él no quería retomar su antigua relación, por lo que mucho menos querría que ella le diera un hijo. Esperaba que haciéndole saber que Natalia ya estaba embarazada, la ayudaría a comprender mejor la realidad y a recuperar la cordura.

La puerta del vestidor de Kadir estaba abierta, pero éste no se hallaba en su interior. Tampoco se encontraba en sus habitaciones privadas. ¿Dónde estaba? Eran las tres de la mañana, ¿dónde iba a estar si no en la cama de su amante? No era de extrañar que se hubiera mostrado tan insistente a la hora de decir que Zahra no debía quedarse en palacio, sino que debía utilizar una pequeña casita durante la duración de su visita ¿Su visita o su residencia permanente?

De repente, la puerta exterior del dormitorio se abrió. Entre las sombras, Natalia vio que Kadir estaba observando la cama donde ella estaba tumbada.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso has decidido que, después de todo, podría no ser buena idea que pasaras esta noche con tu amante?

¿Por qué había dicho eso? Se había prometido que no se humillaría bajando a ese nivel, pero estaba empezando a sentir que sus sentimientos eran mucho más fuertes que su lógica.

—¿Qué se supone exactamente que significa eso?

—Sabes exactamente lo que significa, Kadir. Zahra es tu amante. Ella me lo dejó muy claro en Hadiya. La has invitado á que venga a Niroli y esta noche le has dejado muy claro a todo el mundo la clase de relación que tienes con ella.

—Yo no la invité a que viniera a Niroli —dijo él. Se había acercado a la cama, había tomado asiento sobre el colchón, de

espaldas a Natalia. Para verlo mejor, ella encendió la lámpara de su mesilla de noche.

—¿No esperarás que me crea eso, ¿verdad?

—Pues sí, lo espero. Al contrario que tú, yo no miento ni utilizo subterfugios.

—¡Al contrario que yo! Tú me criticas sin piedad, como si supieras todo lo que hay que saber sobre mí, Kadir, aunque la verdad es que no sabes nada porque, de ser así, entenderías que, efectivamente, disfruto de mi sexualidad, pero eso no significa que abuse de ella. De hecho, podría interesarte saber que antes de lo que ocurrió en Venecia, llevaba cinco años sin mantener relaciones con ningún hombre, y por elección propia. Por supuesto, tú no te lo vas a creer, porque prefieres seguir pensando lo peor de mí y así, de paso, refuerzas la idea de lo mala que fue tu madre ya que si no… Si no tendrías que reconocer que tal vez te equivocaste a la hora de juzgarla. Y eso significaría que ella murió anhelado tu perdón y viendo cómo tú se lo negabas…

—No…

Lo atormentado de aquella negación hizo que Natalia volviera a la realidad. Por descontenta que estuviera, eso no le derecho a hacerle daño. Además, la verdad era que en realidad lo amaba demasiada como para querer herirlo.

¡Amarlo! Ese pensamiento atenazaba su vulnerable corazón. Deseaba tan desesperadamente que no fuera así…

—No… Te equivocas. A pesar de lo que yo pudiera pensar en privado, no podía dejar que ella muriera pensando que… Por supuesto que le dije que comprendía. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era mi madre…

Natalia sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Yo… Lo siento. No debería haber dicho algo así.

—No, no deberías haberlo dicho. Igual que no deberías haberme acusado de que Zahra sea mi amante. Lo fue en una época, pero todo terminó con la muerte de mi madre. La decisión de Zahra de venir a Niroli no tiene nada que ver conmigo y le he dejado muy claro que aquí no hay lugar para ella, ni en mi vida ni en mi cama.

¿Podría ser eso cierto?

—Si no has estado con ella, ¿de dónde vienes a estas horas?

—He estado conduciendo… y luego paseando —respondió. Entonces cambió rápidamente de tema—. Me has dicho que antes de

lo de Venecia hacía mucho tiempo que no habías tenido relaciones con un hombre. No soy un necio, Natalia. He visto lo que una mujer es capaz de hacer para proteger al niño que lleva en sus entrañas. Mi madre me dijo que no había sido por amor al rey Giorgio la razón por la que le había dejado creer a su esposo que era mi padre, sino por amor a mí. Me dijo que, cuando una mujer concibe un hijo, el sentimiento de protección de esa vida es su principal objetivo. En muchos aspectos, tú me recuerdas a mi madre. Compartes la misma preocupación por los otros y la misma fuerza de voluntad y espíritu.

—Y por eso crees que yo sería capaz de mentir sobre quién es el padre de mi hijo. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Sé que me estás mintiendo.

—Eso no es cierto. Te estoy diciendo la verdad. El hijo que estoy esperando es tuyo. Tal vez no debería haberte dicho que estoy embarazada. Tal vez debería haberte ocultado la verdad y haberte hecho creer que este niño había sido concebido después de que estuviéramos casados, pero no quería que nuestra relación futura se viera construida sobre una mentira. Este hijo es tuyo —afirmo colocándose la mano sobre el vientre—. Si no te lo crees, Kadir, siempre podemos recurrir a los análisis de ADN, aunque estos no se pueden hacer hasta que el niño haya nacido.

—¿Crees que soy un estúpido? Utilizamos un método anticonceptivo. Ese niño no puede ser mío. Sólo veo una manera en la que podamos resolver esta situación.

—¿Y es?

—Se debe redactar un documento, que tú firmarás, en el que se afirma que este niño no es mío y que, por lo tanto, no puede ser mi heredero ni ocupar el trono de Niroli tras mi muerte.

Natalia lo observó completamente boquiabierta.

—¿Cómo puedes sugerirme algo así? ¿De verdad crees que yo podría hacer algo así? ¿De verdad crees que yo podría hacerle algo así a nuestro hijo?

—Tu hijo —la corrigió Kadir—. Ese niño no es mío, Natalia, y jamás lo aceptaré como tal. Por lo tanto, o aceptas firmar este documento del que te he hablado o tendré que acudir al Rey para decirle que el matrimonio tendrá que anularse y explicarle por qué.

—No puedes hacer eso… —susurró Natalia.

—Y no quiero hacerlo. Tengo que pensar en los sentimientos de mi padre. Después de todo, él te eligió personalmente. Es un hombre

muy orgulloso y saber lo que en realidad eres lo humillaría profundamente. Además, aparte de tu falta de moralidad en el terreno sexual, me ha sorprendido en el breve tiempo que llevamos casados lo dotada que estás en otros aspectos para ser la reina de Niroli y lo mucho que la isla se beneficiaría de tenerte en ese papel. Juntos, podemos trabajar para darle a este país todo lo que se merece, pero no voy a consentir que ese bastardo afirme que yo soy su padre. Harás bien en mantenerlo apartado de mí, porque ese bebé me recordará para siempre todas las razones por las que he aprendido a dudar y a desconfiar de las de tu sexo. La elección es tuya —añadió mientras se levantaba de la cama.

Sabía lo mucho que Natalia significaba para él y lo mucho que la quería a su lado pero no podía superar la ira que le provocaba que ella siguiera tratando de imponerle, un niño que él sabía que no podía ser suyo

—¿Y si me niego? Kadir, por favor, estás hablando de tu hijo. El preservativo podía estar pasado de fecha. Le haremos las pruebas de ADN al bebé, pero te prometo que este hijo es tuyo…

—Te repito, Natalia, que no comprendo cómo ese niño puede ser mío. Esta noche dormiré en el vestidor.

Cuando Kadir se hubo marchado, Natalia se reclinó sobre las almohadas. Él le estaba ofreciendo muchas cosas que deseaba, pero el precio era demasiado alto. No podía dejar que le negara a su hijo su derecho a tener un padre, pero no podía obligar a Kadir a querer a su hijo lo mismo que no podía obligarlo a que la quisiera a ella.

Deseó no haber ido a Venecia, no haberlo conocido antes del día del anuncio del compromiso…

Se preguntó por qué Kadir no podía confiar en su palabra, por qué no podía aceptarlo ocurrido… Desgraciadamente, sabía la respuesta. La desconfianza que Kadir tenía n el sexo opuesto era inconmovible.

No iba a consentir que castigara a su hijo por lo que él hubiera podido sufrir en su infancia. Si rechazaba al bebé, ella encontraría el modo de encontrarle figuras paternas masculinas dentro de su propia familia. Amaría y protegería a aquel niño dijera Kadir lo que dijera, aunque eso significara cerrarle la puerta para siempre al amor que tanto había deseado ver crecer entre ellos.

Doce

Niroli estaba pasando por uno de sus pocos frecuentes períodos de mal tiempo, con fuertes vientos azotando las costas y provocando enormes olas. Los cielos grises habían reemplazado a los azules de casi siempre, por lo que la vista desde el salón de sus habitaciones privadas era deprimente. Sin embargo, no lo era tanto como su propio futuro y el del niño que llevaba en sus entrañas.

Había pensado pasar la mañana preparando una serie de notas para unas charlas que le habían invitado a pronunciar ante un grupo de embarazadas. Había pensado hablarles de las muchas oportunidades que esperaba que hubiera disponibles, no sólo para los niños que aún no habían nacido, sino también para ellas. Sin embargo, le resultaba imposible encontrar palabras de ánimo y esperanza. En lo único en lo que podía pensar era en su hijo y en el hecho de que no tendría oportunidad de sentir el cariño de su padre. Tal vez ésos deberían ser los temas que abordara en su discurso: la tristeza de los niños que crecen sin amor en el mundo.

Apartó el ordenador en el que había estado trabajando y se puso de pie. Aquel día no tenía compromisos oficiales, al contrario que Kadir, que debía ir a recorrer los viñedos de la isla, así que se había vestido con ropa informal.

De repente, oyó que la puerta del salón se abría y se volvió para ver de quién se trataba. Al ver que era Zahra, el alma se le cayó a los pies. Ella, la amante de su esposo, era la última persona que deseaba ver en aquellos instantes. Ex amante, si aceptaba lo que Kadir le había dicho.

—¿Es cierto que estás esperando un hijo de Kadir? —preguntó la intrusa sin preámbulos.

Natalia, a pesar de la sorpresa que le produjo la pregunta, llegó a la conclusión de que sólo había un modo de que Zahra se hubiera enterado de su embarazo: a través de Kadir. Era mentira que no había intimidad entre ellos. A Natalia no le parecía que fue la clase de conversación que uno tenía en su ex amante.

¿Cuándo se lo habría dicho? ¿La noche anterior, después de regresar a su lado?

—¿Es cierto? —insistió Zahra.

—Creo que lo que me preguntas es un asunto personal —replicó Natalia, algo intranquila. Zahra tenía un aspecto frenético, febril,

como el de una persona que no está en su sano juicio.

—Kadir no tiene secretos para mí, me lo cuenta todo. Todo, ¿comprendes? Sé que vas a tener un hijo suyo pero, que, por supuesto, él no lo quiere. ¿Cómo iba a quererlo? Veo que no dices nada —añadió, al ver que Natalia no contestaba—, pero yo sé que es cierto. Tu silencio te delata. Crees que porque Kadir te ha dejado embarazada es tuyo, pero no es así y jamás lo será. Tal vez te hayas quedado embarazada, pero aún tienes que dar a luz. Un rey necesita hijos, herederos, niños vivos…, algo que tú nunca tendrás.

Natalia sintió que algo iba mal. Las palabras de Zahra habían dejado de ser las de la amante celosa y vengativa para converger en una amenaza directa para ella. Empezó a tener miedo.

¿Dónde estaban sus doncellas y la condesa? La verdad era que estaba completamente sola. Trató de pensar, pero Zahra seguía hablando a gritos.

—¿De verdad crees que voy a permitir que me quites a Kadir? ¿De verdad crees que sólo porque le digas que estás embarazada te va a preferir a ti antes que a mí? Si es así, no eres más que una necia. Kadir no hará nada semejante porque yo no lo permitiré. Nunca. Yo soy la mujer a la que ama y desea, la que está destinada a permanecer a su lado. Kadir es mío. Nuestros hijos serán sus herederos, y no el tuyo. Kadir jamás será tuyo. Te mataré —anunció con frialdad, con un tono de voz que hizo que se le erizara el vello—. A ti y a tu hijo. Te rebanaré la garganta y te arrancaré al niño del vientre antes de permitir que me quites a Kadir.

Zahra se había vuelto loca. Loca y peligrosa. Natalia sintió miedo. Instintivamente, miró hacia la puerta, pero Zahra interpretó inmediatamente su mirada.

—No sirve de nada. No puedes escapar Natalia decidió que debía de hacer algo para tranquilizarla. No podía dejarse llevar por el pánico y empeorar una situación ya bastante peligrosa. Seguramente llegaría alguien muy pronto. Desesperadamente, trató de obligarse a pensar en algo para proteger a su hijo, de tranquilizarse para poder buscar una salida.

—No hay necesidad de todo esto, Zahra —dijo con voz tranquila y suave—. No quiero quitarte a Kadir.

—Estás mintiendo. Lo amas y lo quieres para ti. Lo he visto en tus ojos. Le has dicho que estás embarazada para tratar de mantenerlo a tu lado, pero no te va a servir de nada porque no vas a seguir embarazada mucho tiempo más.

Para horror de Natalia, Zahra se sacó una daga curva y afilada de la manga de la larga túnica que llevaba.

No había duda de que estaba completamente loca. No servía de nada hacerla razonar porque ya no iba a escuchar razonamiento alguno.

—Primero, su madre impidió que me casara con él —susurró mientras comenzaba a acercarse a Natalia—. Yo no le caía bien. No pensaba que yo fuera lo suficientemente buega para Kadir. Por su culpa, se ha visto obligado a casarse contigo, pero él no te quiere. Me quiere a mí y yo lo quiero a él. Desgraciadamente, tú te interpones entre nosotros y nuestra felicidad. Mi deber es matarte porque mi deber es hacer que Kadir sea feliz, y yo soy la única que puede darle esa felicidad.

Natalia sabía que tenía que tratar de escapar. Era mucho más alta que su oponente y más atlética, pero no sabía cómo utilizar un cuchillo ni defenderse de los movimientos que Zahra había empezado a hacer con el que llevaba en la mano.

Aunque consiguiera darse la vuelta y llegar hasta la puerta, ésta era pesada y no resultaba fácil de abrir. Zahra la agarraría y la mataría antes de que pudiera salir.

¿Qué podía hacer? Rezó en silencio para encontrar fuerzas y ayuda. Suplicó a Dios que le enviara ayuda muy pronto para ella y, sobre todo, para su bebé.

Los viñedos estaban en período de berberecho. Mientras observaba las inmaculadas hileras de viñas, escuchaba cómo Giovanni Carini, hablaba de sus vinos y sus cepas como si lo estuviera haciendo de sus hijos.

—Éstas son las nuevas viñas que nos regalo Rosa Fierezza —dijo Giovanni con orgullo—. Su fuerza hará que nuestros vinos sean aún mejores.

—Evidentemente, las aprecia como si fueran de Niroli.

—Es deber de cada hombre amar lo que es un regalo de amor tanto o más que lo que uno mismo ha creado —afirmó Giovanni.

De repente, sin saber por qué, Kadir recordó a su madre en sus últimas semanas de vida, frágil de cuerpo pero con una fuerza de espíritu inigualable mientras le suplicaba que estuviera orgulloso de su verdadero padre.

Su madre… Ella habría adorado a Natalia. ¿Y al niño que ella

llevaba en sus entrañas? Seguramente. Entonces, tan claramente como si hubiera estado a su lado, oyó la voz de su madre que le decía muy suavemente:

—No niegues a tu hijo, Kadir. No te alejes de este hermoso regalo sólo por miedo.

¿Era ésa la razón? ¿Se negaba a aceptar que él era el padre del hijo que Natalia estaba esperando sólo por miedo? Sabía perfectamente bien que los preservativos no eran infalibles, aunque le había dicho a Natalia lo contrario. Ella había demostrado ser sincera y poseedora de un fuerte código moral, así que ¿por qué iba a mentirle sobre su hijo? Además, quería creerla. Quería que Natalia fuera su esposa de verdad, suya total y completamente. Una vez más sintió el aguijonazo del miedo. El miedo de un hombre enamorado que teme no poder ganarse y mantener el amor de la mujer a la que adora porque, en el pasado, se sintió falta de cariño.

Kadir jamás se había imaginado que un hombre fuera capaz de mirar tan profundamente dentro de sí y cuestionar sus propias motivaciones. Sin embargo, cuando se estaba profundamente enamorado, el modo de analizar las cosas cambiaba.

¿Profundamente enamorado? ¿Él, de Natalia? ¿No era ésa la razón de todo lo que estaba ocurriendo? ¿No era lo suficientemente hombre como para aceptar la palabra de Natalia cuando afirmaba que el niño era de él ¿Y si se intercambiaran sus posturas? ¿Cómo se sentiría?

Kadir comprendió que necesitaba ver inmediatamente a Natalia para hablar con ella sinceramente, exponerle sus propias inseguridades y confesarle el amor que sentía hacia ella. Natalia le había dicho que él era el primer hombre con el que se había acostado desde hacía muchos años. ¿No le hacía eso morirse de ganas por tomarla entre sus brazos y confesarle lo que esa afirmación le hacía sentir?

Miró discretamente el reloj. La visita estaba a punto de terminar, pero aún tardaría varias horas en poder regresar a palacio.

De repente, un fuerte viento comenzó a soplar y el cielo resonó como si se partiera en dos. Luego comenzó a llover.

—La famosa tormenta Niroli —explicó Giovanni—. Viene de algún lugar del mar, afortunadamente con poca frecuencia, pero cuando viene…

El anciano no dejaba de observar sus valiosas viñas. Kadir comprendió que lo único que Carini deseaba era protegerlas.

—Alteza —dijo a Kadir uno de sus ayudantes—, creo que deberíamos regresar a palacio.

Kadir asintió. A pesar de los daños que podría provocar la tormenta en la isla, le estaba muy agradecido por darle la excusa que necesitaba para regresar al lado de Natalia.

Natalia… El deseo de estar a su lado había crecido hasta convertirse en algo insoportable. Por una vez en su vida, decidió seguir los impulsos de su corazón y no dejarse llevar por la lógica y la inteligencia.

La primera persona a la que Kadir vio al entrar a palacio fue la condesa.

—¿Mi esposa? ¿Está…?

—Está en sus habitaciones, Alteza. Ha pedido que no la molesten, pero si desea que le diga que…

—No. No hay necesidad. Iré yo mismo…

—No puedes escapar, lo sabes, ¿verdad? —dijo Zahra a Natalia —. Aunque gritaras y alguien te oyera, cuando llegaran aquí ya sería demasiado tarde.

—Zahra, tienes que pensar en lo que está haciendo y en cómo será tu futuro si sigues con tus planes —replicó Natalia, tratando desesperadamente de rebajar la tensión—. No podrás escapar. Irás la cárcel y, entonces ¿cómo podrás estar con Kadir?

—Kadir me protegerá… Está por encima de la ley y yo también lo estaré. Además, ¿por qué iba a sentir alguien tu muerte? Tú no eres nada. Cuando yo le haya dado a Kadir su primer hijo, nadie recordará tu existencia. Sin embargo, para que eso ocurra, primero tengo que destruiros a ti y al hijo que llevasen tus entrañas.

Natalia decidió que había llegado el momento de intentar escapar. Resultaba evidente que no iba a conseguir que Zahra razonara. Trató de calcular la distancia que tendría que correr. Si fingía que quería dirigirse a las puertas más alejadas, tal vez podría engañar a Zahra y conseguiría llegar a las principales.

Respiró profundamente y entonó una pequeña oración. Debía centrarse en las puertas, en llegar a ellas, abrirlas y escapar. De repente, la puerta principal de la suite se abrió, haciendo que las dos mujeres se dieran la vuelta para ver quién había llegado.

—Kadir… —susurró Natalia, sollozando de alivio al ver que su marido había llegado.

—¿Pero qué diablos…? ¡Zahra! —gritó él, tras observar la escena durante unos segundos y comprender lo que estaba a punto de ocurrir.

—Todo está bien, Kadir —afirmó Zahra sin apartar los ojos de Natalia—. Muy pronto esta mujer no se interpondrá entre nosotros porque la habré matado, a ella y al mocoso que lleva en sus entrañas.

—¡Guardias! ¡Guardias! —gritó Kadir hacia el pasillo.

Al escuchar aquella exclamación, Zahra se abalanzó sobre Natalia. Ésta se zafó de ella como pudo y se dirigió hacia la puerta. Natalia era rápida, pero Zahra también. Muy pronto, Natalia sintió la hoja del cuchillo rajándole la piel del hombro. Entonces, cuando ya creía que no tenía escapatoria, vio que Kadir se interponía entre ambas y recibía en el pecho la que iba a ser la puñalada final para terminar con la vida de Natalia. Lo último que ésta escuchó antes de desmayarse fue el suave gruñido de Kadir mientras caía encima de ella.

—Su Alteza, Zahra Rafiq fue interceptada cuando se dirigía hacia el aeropuerto. Se ha negado a someterse a un examen psiquiátrico aquí en Niroli. Según sus instrucciones, nos hemos puesto en contacto con las autoridades de Hadiya, que han autorizado que sea trasladada allí para que la vea un médico y pueda recibir tratamiento.

Kadir frunció los labios. Sabía que jamás dejaría de culparse por no haberse dado cuenta de la oscura verdad que Zahra ocultaba bajo su máscara de aparente cordura. Había intentado apiadarse de ella y convencerse de que el estado de Zahra se debía a una enfermedad mental sin diagnosticar, pero, por el momento, le estaba costando mucho aceptar lo ocurrido.

Tras darle las gracias al ministro de Justicia por la información, atendió a su ayuda de cámara.

—El rey Giorgio está muy ansioso por verlo, Alteza —anunció—. Las noticias del terrible ataque que la Princesa y usted han sufrido han llegado hasta sus oídos y lo tienen lleno de ansiedad.

—Le pido que le diga a mi padre que me encuentro bien y que iré a verlo tan pronto como haya hablado con el médico de la Princesa.

Kadir no tenía intención de abandonar el hospital ni para atender a su padre. Primero, quería hablar con Natalia y decirle lo que tenía que decir.

Sabía que, desde aquel momento hasta el día en el que muriera, jamás podría olvidar los sentimientos que se habían apoderado de él al abrir la puerta del apartamento y ver lo que estaba ocurriendo. Los ojos de Natalia habían reflejado el temor de una muerte inminente mientras que, con las manos, trataba de proteger al bebé, a su hijo. En aquel momento, Kadir había comprendido que el niño era también hijo suyo y que debía protegerlos a los dos.

Su último pensamiento antes de perder el conocimiento había sido que el amor que sentía por los dos era incondicional.

Por lo tanto, cuando llego al hospital, apenas consciente por la pérdida de sangre se encontró con la cruda verdad. Había un gran peligro de que Natalia pudiera perder a su hijo…

En la cama de hospital, Natalia miró con ansiedad a su médico.

—¿Cómo está mi esposo? —preguntó.

—El Príncipe está bien, aparte de una pequeña herida —aseguró el médico—. Está esperando fuera para verla a usted. Natalia asintió.

—¿Está… está usted… seguro… sobre el bebé? —susurró ella con los ojos llenos de lágrimas—. ¿No hay error posible?

—No, no lo hay —confirmó el médico. De repente, la puerta de la habitación se abrió. El médico realizó una leve inclinación de cabeza ante Kadir y se marchó de la sala.

—Gracias… por salvarme la vida.

Kadir tenía un aspecto cansado y triste. Se había puesto una camisa limpia y la herida que Zahra le había hecho estaba completamente vendada.

—Si te he salvado, no he hecho más que lo que debía, dado que fui yo quien os puso a los dos en peligro en primer lugar. No sabía que Zahra…, ella jamás dio señales de… Cuando le dije que no había motivo para que siguiera en Niroli y le recordé que tú eras mi esposa y que ibas a tener un hijo mío, yo jamás me imaginé…

Aquellas palabras afectaron profundamente a Natalia. Quiso extender una mano, tocar a Kadir, pero, ¿cómo iba a hacerlo cuando sabía lo que pensaba de aquel bebé? Seguramente había deseado que ella lo perdiera, aunque no estuviera dispuesto a confesarlo. ¿Cómo

iba a quererlo después de que él se hubiera negado a aceptar que el bebé era suyo?

—Tú no podías saberlo. Supongo que ni siquiera ella era consciente de que sufría una enfermedad mental. En realidad, es muy triste, pobre mujer. No hay razón para que te culpes de nada.

—Al contrario. Claro que la hay. Tú eres mi esposa y mi deber es protegerte. Tendría que haberme dado cuenta…

—¿Te han dicho ya… lo del bebé?

Kadir asintió.

—Supongo que tú pensarías que lo mejor era que lo perdiera, tal y como temían que iba a ocurrir.

—Natalia…

Antes de que pudiera seguir hablando, la puerta de la habitación se abrió. Apareció uno de los ayudantes de palacio.

—Su Alteza, el Rey está aquí. No creerá que usted se encuentre sano y salvo hasta que no lo vea con sus propios ojos…

—Debes ir a verlo —dijo Natalia—. Es un anciano, Kadir. Debe de haberse asustado mucho.

—Muy bien —afirmó Kadir—, pero regresaré tan pronto como pueda.

Poco después de que Kadir se hubiera marchado, el médico regresó a la habitación de Natalia con un sobre en la mano.

—Éstas son las copias de las ecografías que le hemos hecho al bebé —dijo, con una sonrisa—. Me preguntaba si querría usted tenerlas

Con los ojos llenos de lágrimas, Natalia aceptó el sobre.

—Como, gracias al nuevo ecógrafo, se aprecia claramente el sexo, le he preguntado al Príncipe si le gustaría verlas, pero él se ha negado.

—Lo esperaba…

—Dijo que usted debería ser la primera. Sin embargo, si no desea saber el sexo del bebe, tal vez no quiera hacerlo. En las imágenes se aprecia muy claramente…

—Me encantaría saberlo.

—Y a mí me alegra saber que al futuro rey de Niroli le parece tan bien tener un hijo como una hija Cuando le ofrecí saber el sexo del

bebé, me dijo que no importaba. Tal sólo que estuviera bien.

Natalia observó con incredulidad al médico.

—No me puedo creer que…

—Señora, el pueblo de Niroli sabe que su matrimonio ha sido cuestión de estado, pero, tras ver cómo el Príncipe ha pasado las últimas horas preocupándose por usted, nadie puede dudar que ahora es un hombre muy enamorado de su esposa. Usted fue su primera preocupación. Suplicó que la atendiéramos a usted primero y se ha pasado toda la noche a la puerta de la habitación. De hecho, en una ocasión una enfermera me dijo que había desobedecido mis instrucciones y se había metido en la habitación para estar a su lado mientras usted seguía inconsciente. Ahora quiero que me prometa que no va a preocuparse más por la salud del bebé. Le aseguro que todo está bien y que la crisis ha pasado.

Natalia asintió. Cuando el médico se hubo marchado, tomó el sobre y lo abrió lentamente para estudiar las imágenes de tres dimensiones que había en su interior. Al ver a su bebé, los ojos se le llenaron de lágrimas. El bebé que podría haber perdido, que tan fácilmente podría no haber concebido…

Natalia estaba dormida cuando Kadir regresó a la habitación. Se sentó en la silla que había al lado de la cama y la miró. El vientre aún estaba muy liso, pero, sin poder evitarlo, extendió la mano y la colocó sobre el cuerpo de Natalia. Recordó lo que había sentido a lo largo de toda la noche, temiendo que ella pudiera perder al bebé. Esos recuerdos permanecerían a su lado para siempre.

—He rezado por ti, pequeñín —murmuro—, y mis oraciones han tenido respuesta. Puedes estar seguro de que contarás con mi amor para siempre y que seré un verdadero padre para ti, al igual que tú eres un verdadero hijo para mí, el hijo de mi corazón. Tu madre y tú sois el mejor regalo y os daré mi amor a lo largo de vuestras vidas…

—Kadir… —susurró ella, con los ojos llenos de lágrimas tras escuchar aquellas hermosas palabras.

—Lo he dicho en serio —afirmó Kadir, tomando la mano de Natalia entre las suyas—. Te amo, Natalia Carini. Te amo a ti, osada y excitante mujer que me mostró el orgullo que sentía de su sexualidad y dejó en ridículo mi propia ceguera al tratar de negar el amor que sentía por ti. El miedo es algo terrible, sobre todo cuando el que lo siente se niega a aceptarlo y le da otros nombres. Natalia, esposa mía, mi amor, mi vida… Eres mi amor verdadero, aunque hasta ahora no haya querido reconocerlo. Cuando vi a Zahra con ese cuchillo en la mano y me di cuenta de lo que quería hacer, supe que no sólo tenía

que proteger tu vida, sino también la del niño. No debes temer que este niño quien acepto como hijo mío, tenga que sufrir lo que yo he sufrido. Será mi hijo, primogénito y como tal ya lo quiero…

—¿Tu hijo? —repitió Natalia con una ligera sonrisa en los labios. Se sentía tan feliz…—. Bueno, no quiero desilusionarte, Kadir, pero en realidad ha resultado que el hijo es una hija…

Para que no quedara ninguna duda al respecto, Natalia le mostró las fotografías de las ecografías.

—Una hija… —susurró él, maravillado, al ver las imágenes.

—Creo que deberíamos ponerle el nombre de tu madre —sugirió Natalia—. Pensé en ella cuando estaba a solas con Zahra y recé…

Kadir le tomó una mano entre las suyas.

—Yo también recé —confesó. Los dos se miraron en silencio durante unos instantes. Entonces, Kadir se inclinó sobre ella—. Oh, amor mío, querido amor mío. Si te hubiera perdido…

—Ni me perdiste ni me perderás —le aseguró Natalia mientras levantaba el rostro para que él pudiera besarla.

Una enfermera entró en la habitación para comprobar cómo se encontraba. Al ver la escena, se retiró inmediatamente. ¿Quién habría pensado que una pareja real podría comportarse de ese modo, abrazándose y besándose tan apasionadamente que no se habían dado cuenta de que alguien había entrado en la habitación?

—¿Sabes una cosa? Creo que se parece un poco a mi madre —dijo Kadir a Natalia más tarde, mientras examinaban juntos las ecografías por millonésima vez.

—No. Decididamente tiene tu nariz —le corrigió con firmeza Natalia.

Epílogo

—Los genes de los Fierezza son extraordinariamente vigorosos —oyó Natalia que decía Emily Fierezza, la esposa del príncipe Marco, a las mujeres que estaban reunidas en el patio. Se estaban preparando para dirigirse a la catedral, donde iba a celebrarse la coronación, de Kadir como nuevo rey de Niroli—. Ya he perdido la cuenta de cuántos bebés han llegado a la familia o están a punto de hacerlo. Espero que me digas si te cansas demasiado, ¿de acuerdo, Natalia? Kadir me ha hecho jurar que no te perderé de vista.

—A ti, a la condesa y a prácticamente todo el mundo —comentó Natalia, riendo, mientras entraba en su carruaje, uno de los muchos que iban a formar el cortejo que acompañaría a Kadir a la catedral, en la cual entraría como príncipe y saldría como rey de Niroli.

—Aún no he conseguido comprender el cambio del rey Giorgio. Jamás creí que lo vería tan contento y relajado. Marco dice que es como descubrir al abuelo que siempre soñó pero que nunca tuvo, y todo gracias a Kadir y a ti. Marco dice que, entre los dos, lo habéis hecho más humano.

—Yo no he hecho nada —protestó Natalia—. Creo que más bien se trata de que el rey Giorgio se ha dado cuenta de lo importante que es tener una familia a la que puede amar y de la que recibir cariño.

—Kadir será un rey maravilloso para Niroli, Natalia —afirmó Emily—. Todos estamos convencidos de ello.

Natalia sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Ya sabes lo mucho que significa para él el apoyo familiar…

—Marco y él tienen mucho en común. Los dos son decididos e independientes, verdaderos hombres Fierezza.

Natalia sonrió. Un dulce recuerdo había hecho que las comisuras de sus labios se curvaran en una suave sonrisa. Al principio Kadir había dicho que debían frenar su pasión para proteger al bebé, pero la noche anterior se habían dejado llevar. La había amado con una ternura infinita y una íntima sensualidad, de tal manera que el cuerpo aún le dolía por el placer que habían compartido. La piel aún recordaba el calor de los besos que él había depositado, los lugares que había visitado y revisitado hasta que ella no había podido evitar gritar de puro placer.

—Antes no te creía —había dicho él—, pero ahora, ¿cómo puedo negarlo cuando hasta mi respiración es testigo del amor que siento por

ti? Me siento tan afortunado, Natalia… —susurró, besándole suavemente la garganta y la mandíbula, haciendo que la deliberada lentitud le hiciera anhelar aún más sus besos—. Te tengo a ti, a nuestra hija, un padre que me quiere, un país que me ha aceptado por completo… Realmente me siento muy afortunado.

Cuando la besó, Natalia comprendió que nada en el mundo podría significar más para ella que aquel hombre y la hija que él le había dado.

Sólo pensar en lo ocurrido la noche anterior le hacía desearlo de nuevo…

—Princesa, ha llegado la hora —anunció la condesa, sacándola de su ensoñación. Entonces indicó a las doncellas que se colocaran para tomar la cola del vestido de coronación de Natalia.

Muchos de los presentes no habían vivido nunca una ocasión tan especial como aquélla. La gente se alineaba a lo largo de calles y plazas en todo el recorrido del cortejo hasta la catedral. Desde su carruaje, Natalia escuchaba los gritos de alegría y los vítores.

Ella sería simplemente una observadora en la abdicación del rey Giorgio en favor de su hijo Kadir, pero, más tarde, Kadir y ella tenían pensado renovar sus votos delante de todos los presentes.

La catedral estaba llena a rebosar. Sus altas torres se alzaban hacia el cielo azul y el murmullo emocionado de miles de gargantas llenaba su cavernoso interior.

Presidiendo la procesión real, el rey Giorgio entró en la catedral acompañado de Kadir, pero estaban demasiado lejos para que Natalia pudiera ver el rostro de su esposo.

Un coro de voces perfectas resonaba en el aire, componiendo unas notas maravillosas. Kadir llevaba puesto un regalo muy especial de Natalia, un perfume que ella le había preparado especialmente para aquel día. En él había combinado los ingredientes más raros y especiales, para reflejar la profundidad de su amor.

Kadir y el Rey habían llegado a los dos tronos que los esperaban. Natalia tomó asiento en los bancos junto al resto de la Familia Real. El arzobispo de Niroli comenzó el servicio. Las solemnes palabras del ritual resonaron entre las paredes de la catedral mientras los rostros de los presentes reflejaban el respeto que sentían hacia el Rey que les había servido durante tanto tiempo, y la esperanza que depositaban en su hijo, que iba a ocupar el trono vacante.

—Que Dios os bendiga con muchos años de vida, para que podáis disfrutar de los frutos de vuestro trabajo, rey Giorgio —dijo el arzobispo.

—E interferir en las vidas de sus nietos y bisnietos… —susurró Emily a Natalia con profundo afecto.

Las dos se habían hecho muy amigas desde que la generosidad de Marco, el marido de Emily, y la preocupación de ambos por el estado de salud de su hijo, les había empujado a donar los ecógrafos a la maternidad del hospital de Niroli.

—Estos últimos meses estaba muy cansado —aseguró Natalia—. Aunque es demasiado orgulloso para admitido, creo que habría caído en la desesperación si no hubiera encontrado un heredero.

Las dos guardaron silencio cuando el coro dejó de cantar y el rey Giorgio se levantó de su trono para tomar la corona y colocarla sobre la cabeza de Kadir. Todos los presentes contuvieron él aliento, y también los que estaban en el exterior del templo, que seguían la ceremonia en una pantalla gigante de televisión.

Las manos del viejo rey temblaron visiblemente, pero la corona no se cayó. A continuación, el arzobispo comenzó a entonar la oración de coronación y preguntó a Kadir las tres veces que eran preceptivas si aceptaba convertirse en rey de Niroli.

El último «sí, acepto» aún resonaba en el templo cuando el viejo rey agarró a su hijo por los hombros y, con voz ahogada por la emoción, susurró:

—Hijo mío…

Natalia sospechaba que no era la única a la que los ojos se le habían llenado, de lágrimas. Entonces Kadir contestó con idéntica informalidad y emoción:

—Padre…

Cuando padre e hijo se fundieron en un abrazo, los asistentes comenzaron a lanzar gritos aprobación dentro y fuera de la catedral, hasta que el antiguo edificio vibró con la alegría de los niroleses, que se disponían a recibir su futuro con los brazos abiertos.

—No podría hacer esto sin ti a mi lado, Natalia.

—Claro que podrías, pero me alegro de ser yo la afortunada y de poder compartir el futuro contigo, Kadir.

Estaban de pie en el balcón de palacio, ya envuelto en sombras,

a salvo de las miradas de los niroleses que continuaban celebrando aquel día tan importante en la Plaza Real.

—¿Pensaste que podríamos llegar a estar así, en este balcón, la primera vez que lo pisamos? —preguntó ella.

—No —reconoció Kadir—, pero entonces tenía muchas cosas que aprender. Tú me has enseñado muchas de ellas, y me las has enseñado bien.

—El pueblo de Niroli te adora.

—Eso espero, pero no pueden quererme ni la mitad de lo que yo te quiero a ti ni de lo que seguiré queriéndote a ti y a nuestros hijos, a ésta que está en camino y a los que espero que vengan tras ella muy pronto. Tú eres mi vida, Natalia.

—Y tú la mía, Kadir.

Fin